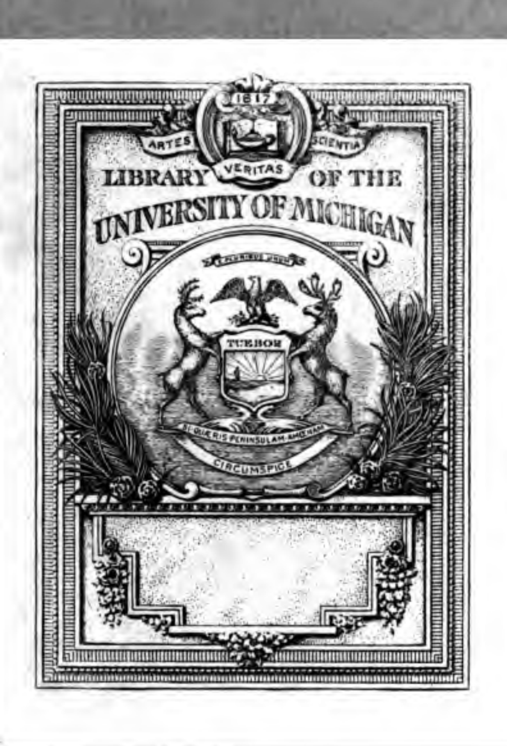

1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE



POESÍA

Juicios críticos de Clarín - Bonafoux - Valera - Unamuno - Azorín - Pereda - U. González Serrano - J. Ventura Traveset - Juan Maragall - Pedro Corominas - Pedro Díaz Cassou - Teodoro Llorente

VICENTE MEDINA

Obras escogidas



Año de MCMVIII

Edición [illegible]
[illegible] corregida
por el autor
y aumentada con
60 nuevas composiciones

Librería Bonet
(Cartagena (España))

Poesía

OBRAS DEL MISMO AUTOR

AIRES MURCIANOS.—*1.ª serie.*

AIRES MURCIANOS.—*Biblioteca Mignon, 1.ª edición.*

AIRES MURCIANOS.—*Biblioteca Mignon, 2.ª edición.*

EL RENTO.—*Drama en tres actos.*

¡LORENZO!... —*Drama en un acto.—Edición de 300 ejemplares, agotada.*

LA SOMBRA DEL HIJO.—*Drama en tres actos.*

ALMA DEL PUEBLO.—*Cantares.—Estrofas.—Sectarias.*

EL ALMA DEL MOLINO.—*Drama en un acto.*

LA CANCIÓN DE LA VIDA.—*Poesías.*

LA CANCIÓN DE LA MUERTE.—*Narraciones cortas, en prosa.*

LA CANCIÓN DE LA HUERTA.—*Nuevos aires murcianos. Edición de lujo con ilustraciones fotográficas del natural, por el mismo autor.*

EL RENTO.—*Novela de costumbres murcianas.*

PARA LA ADQUISICIÓN DE EJEMPLARES.

A las principales librerías.

Al autor: Muralla del Mar-53-1.º—Cartagena (España).

POESÍA

OBRAS ESCOGIDAS DE

VICENTE MEDINA

EDICIÓN NOTABLEMENTE
CORREGIDA POR EL AUTOR
Y AUMENTADA CON 60
NUEVAS COMPOSICIONES

CARTAGENA
MCMVIII

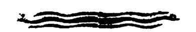
Lector:

Hemos recogido en este tomo los mejores versos del poeta.

El autor ha hecho una cuidadosa selección, incluyendo en este libro gran número de composiciones no editadas todavía, y reformando, abreviando y corrigiendo muchas otras, en el sentido de ingenua y suma sencillez, característica de toda su obra.

Y al frente de estos versos hemos puesto los juicios que han merecido á escritores ilustres.

Nos ha guiado el deseo de que se pueda facilmente abarcar la labor del poeta y su sanción crítica.



Juícios Críticos

Poesía

divino, reservado á tan pocos, de trasparentar el dolor real en poesía inspirada, breve, natural, sencilla; con la retórica eterna que sólo conocen los que saben demostrar la sinceridad absoluta de una manera evidente. El *si vis me fiere* de aquel Horacio á quien muchos creen un pedantón, pedagogo en verso; á quien llamaba tonto, ó cosa así, hace poco, no recuerdo qué ignorante muy *modernista* (!)...

***

Este tomo de *Aires murcianos* ¡es tan español! Tan universal también, pero ¡tan español! Así es el arte mejor; del mundo entero... y además de *su tierra.*

Vicente Medina, es un joven muy modesto, muy sensible, muy *natural*, que vive en Cartagena, creo, desempeñando varios destinos particulares poco lucrativos y muy prosáicos, que apenas le dán, todos juntos, el sueldo de un capitán. Además es muy poeta, pero ¿eso qué? Hoy ya no hay Mecenas para los poetas. En los países en que la vida intelectual es apreciada en lo que vale, los méritos del orden más sublime y menos *útil* (en el sentido vulgar de la palabra) pueden tener suficiente recompensa económica; y, en tal caso, es mejor deber el pan al público—es

decir, *deberlo* no, pues se le paga con el arte—que debérselo á un príncipe, á un magnate. Pero hay otros países en que el pueblo soberano es un señor sin necesidades estéticas de clase espiritual; y el poeta, en tales naciones, se queda sin el Mecenas de antaño y sin el público remunerador.

Hoy Cervantes no tendría su conde de Lemus... porque éste lo gastaría todo en becerradas...

***

Medina parece resignado con que su mérito poético, que es grande á mi ver, no se cotice.

No necesito decir que á mí los sencillos versos de Medina me hacen mucho más efecto que las contorsiones rítmicas de otros que no sienten ni padecen... más que su vanidad, ó un prurito escolástico; y escriben con *cincel*, como ellos dicen, ó lo ven todo azul. Entre estos señoritos los hay que han llegado á adquirir una rara habilidad que á mí... acaba por hacerme gracia. Consiste esa diablura en escribir de manera que sus poesías, originales sin duda, parecen traducciones de versos franceses, correctos gramaticalmente, pero con el sello del *galicismo* en el estilo.

Medina no pretende nada; no tiene escuela, no

tiene vanidad... Casi no tiene más que dolor. Casi siempre habla de las penas que les vienen á los humildes de su propia pobreza, por culpas del ancho mundo, tan difíciles de determinar, que parece que caen de las nubes todas las desgracias, y que el culpable no es nadie, ó es el viejo *fatum*.

No es Medina tendencioso; no cultiva el arte por la sociología; no es poeta socialista, ni anarquista, ni... *ácrata*, como se llaman ahora algunos. Por lo mismo, causan más impresión los *hechos*, los *documentos*, las *pruebas* que en sus versos se acumulan á favor de la causa de los desvalidos.

No abusa del bordón en lo sensible, como podría temerse, porque no se entrega á sensiblerías cursis, ni á los lugares comunes del *patos*. Su sensibilidad rica y variada, su hermosa inspiración y su maestría en el estilo, le dán recursos suficientes para huir de la monotonía; y aunque, en resumen, sus versos son una elegía continuada, la gracia, la viveza, la intuición, la novedad de imágenes y la fuerza de la expresión, le procuran toda la amenidad necesaria, para que haya ese contraste de la pena.

Yo no digo que todas las composiciones de Medi-

na sean de un mérito sobresaliente; pero sí que algunas de ellas pueden separarse como verdaderos modelos en su género. Muchos tomos cual *Aires murcianos* cansarían, es claro; pero ¡de cuántas cosas excelentes se puede decir lo mismo! Jorge Manrique es inmortal por una sola elegía. Si Aguilera no hubiese escrito más que *El dolor de los dolores*, merecería, como ahora, no la fama que tiene, sino mucha mayor fama... lo mismo que ahora también la merece.

La *Cansera* de Medina es, á mi ver, una de las más *reales* poesías de la lírica española en el siglo XIX. También creo que no todos son capaces de apreciar el porqué.



Bien lo sentía y comprendía aquel pobre, querido y malogrado Juan Ochoa, poco amigo de versos... corrientes, y que me decía conmovido:

—¡Pero, diga usted! ¿estoy yo elevado por la simpatía, ó esta *Cansera* es de veras admirable?

—Admirable, tan admirable... aunque todavía no lo hayan dicho las Antologías.

Pobre Ochoa... Él también, á pesar de su fé pro-

funda, sentía la *cansera*... del cuerpo y de la vida prosáica. ¿Quién no la siente un poco?...

Pero hay que seguir... no hay que echarse con la carga... ¡Qué diantre! Este mundo no parece muy divertido... Pero acaso es que tomamos un falso punto de vista... Probablemente, como demuestra Leibnitz, con argumentos que yo nunca he visto vencidos, este mundo, tal como es, es el mejor de los posibles...

Pero no por eso debemos engañarnos, á lo Pangloss; no, la gracia está en vivir sin protesta, á pesar de ver cara á cara, y como son, las tristezas de la vida. Por eso no es inmoral la poesía triste y sin *tesis*, como la de Medina. Hace sentir, hace compadecer, hace meditar... y eso ya edifica.

Por eso es también cosa excelente, moral, aquella *Canción triste*... del pobre viejo extranjero...

«D'aquel hombre extraño
que esta mañanica se arremaneció,»

Quien es capaz de inventar y expresar *La canción triste*, es tan poeta como el primero, á lo menos en esa canción. Podrá ser olvidado Medina, pero siempre será una joya del arte y del sentimiento aquel viejecito que llegó de tierras lejanas y que

«Tié la barba blanca,
los ojos azules y dulce la vos,
¡los ojos azules y hundíos, que miran
que dán compasión!»

«De tóico lo que habla,
ni una palabrica siquiá se entendió;
. . . .
Páece que habla mentando su tierra
y quereres c'allí se dejó...
páece que habla d'hijos y que habla de nietos
y de algo que al cielo se llevara Dios...
y se esjarra su pecho en quejíos
ca ves que se vuelve pa ande sale el sol...»
. . . .

Y aquella canción

«es verdá que nenguno la entiende
¡pero lloran tós!



Sí, todos lloramos. Y es posible que á Medina tampoco le entiendan todos, y es posible que no llegue á adquirir el renombre que merece; porque muchos juzgan por la cantidad, no tratándose de autores antiguos... pero no le importe eso á Medina. Lo principal es merecer, no alcanzar.

(De LA VIDA LITERARIA, *Madrid 20 Julio 1899)*

DE LUÍS BONAFOUX

LA MALVASEDA

Hoy ha venido á verme—¡cuánto honor para mí!—Vicente Medina. No ha venido en el tren, ni en automóvil, ni en ningún otro de los medios de locomoción que se conocen; ha venido en verso, como buen trovador que es, cantando... *la canción de la vida.*

La canción de la vida de Vicente Medina es un cantar muy triste y hondo, una canción de luto, un cantar de lágrimas, si las lágrimas pudiesen cantar. Con exquisita y rara sinceridad en tiempos de audaces trepadores y de empingorotados advenedizos que pretenden echar su bastardo origen al surco de

olvido, el poeta, este poeta tan sentimental y hermoso, tan profundamente triste, tan profundamente honrado, cuenta la vida de los suyos y su propia vida. No sólo para él tienen «su poesía» esos recuerdos en prosa que prologan sus últimos versos: recuerdos del padre leñador, camarero y vendedor de periódicos; recuerdos del mismo Medina, voceador de papeles, embetunador de botas,—¡y qué botas!... las de un procurador de los Tribunales!—acarreador de agua en cántaros, hortera, soldado..., ¡qué sé yo! Si algún escritor tiene derecho á maldecir, ese es Medina, y Medina llora; si algún hombre tiene derecho á odiar la existencia, ese es Medina, y Medina la canta...

La canta dulce y deleitosamente; más que la canta, la arrulla. Su vitriolo es la lágrima, lágrima que se hincha por sí sola, que se desborda del corazón y que, desbordada mansamente, va rociando el recuerdo de las madres, la caja linda, las acacias,—sus acacias, tan fragantes y mimosas—los amores y las penas de su alma, y la senda, hermosa sobre toda ponderación, *su* senda, que se la han borrado, que no es la misma,

¡qué ha de ser la misma, si adonde antes se iba
no se vá por ella!

Medina no se despinta, aunque le hayan despintado su senda. Hasta cuando canta, en sus *Sectarias*, en *Alma del pueblo*, los grandes ideales de la Humanidad, que, según el gran escritor argentino Alberto Ghiraldo, deben ser único tema del poeta contemporáneo, y fustiga las injusticias sociales, Medina los canta entre sollozos y los fustiga con hojas de malvaseda, que

...es sufrida, y en todo tiempo
me dá su olor,

¡Qué gran poeta es usted, Sr. Medina, y qué alma tan hermosa la suya!

Prácticos y delicados en todo, los ingleses *arrinconan*—con buena renta, por supuesto—á los poetas tan poetas como Ud., considerándoles cosa aparte, inútil para la vida... de la *City*. Los sueltan en bosques de amaranto, como se suelta una bandada de palomas mensajeras. Así vivió Tennyson, en calidad de florón de la Corona, deleitándola con sus trovas, y de ruiseñor de Londres.

Como usted no nació en Inglaterra, cuando publica un libro tiene que escribir:

«Para ayudarme á pagar la edición, escribiré una

cartita á treinta ó cuarenta amigos, rogándoles que acepten un ejemplar de la obrita y me envíen su importe de una peseta.»

Ahí va la mía, querido poeta; y siempre que su musa, «pobre enferma, del dolor enamorada», esté de parto, hágame usted el favor de recordar que siempre tendré yo una peseta para contribuir á pagarle un búcaro á su nueva malvaseda.

Porque si no la tuviese, se la quitaría para usted á cualquier animal de los muchos que me tropiezo diariamente...

(Del HERALDO DE MADRID, *9 Agosto 1902)*



DE D. JUAN VALERA

Muy estimado señor mío: Con mucho gusto he recibido y leído el librito titulado *La Canción de la Vida* por el cual, así como por la amabilísima dedicatoria que trae el ejemplar que me está dedicado, doy á Ud. las gracias más encarecidas.

Posible es que en alguno de mis artículos de crítica me atreva yo á dar cuenta y á emitir juicio sobre el libro mencionado; pero si, como debo, he de hablar á Ud. con toda franqueza, me veré apuradísimo, en extremo dudoso de mi criterio y sin saber si soy con Ud. justo ó injusto.

Bueno es que tenga Ud. en cuenta los principios de la escuela literaria que yo sigo: la importancia, exagerada acaso, que yo doy á la forma. Sin duda que sin fondo la forma es una cosa vana, hueca y poco estimable; pero también, sin forma, el más alto y hondo sentir; los pensamientos más profundos y delicados; las más poderosas y nítidas impresiones que hacen en nuestra alma la hermosura y la magnificencia del universo visible; las ultramundanas aspiraciones á lo absoluto, eterno y divino; el amor optimista de la vida real y el contrapuesto y fervoroso deseo de una ideal bienaventuranza que de nuestra terrenal miseria nos consuele, todo esto, sin la pulcritud, limpieza y elegancia de las formas, queda algo deslucido, confuso y borroso.

En el espíritu de Ud. hay, en mi opinión, toda la riqueza de conceptos, la sustancia toda, la *materia prima*, digámoslo así, con que se componen ó fabrican los buenos versos. Para hacer estos buenos versos, posee Ud. en abundancia el oro, las perlas, los diamantes y los rubíes, la luz que ha de resplandecer en dichas joyas y los aromas y las galas de las más lindas flores que hay en el jardín de las musas. Lo que falta,

á mi ver, es que Ud. trabaje bien todo esto: lo lime, lo pula, lo ordene y concierte como es debido, suprima lo que esté de sobra y deje solo lo indispensable con severidad sobria y concisa. Yo me atrevo á declarar que, logrado lo dicho, sería Ud. un egregio poeta. Ahora, tales como son las composiciones contenidas en *La Canción de la Vida*, á mí, más que obras acabadas, me parecen bosquejos, apuntes, rico material acumulado, para componer más tarde, con el esmero y primor que se requieren, unas admirables poesías.

Claro está que si yo me dirijo al público, alguna vez, tratando de los versos de Ud. seré muchísimo más indulgente que en esta carta.

Siempre, por último, así para *internós*, paladinamente he de tener yo en cuenta la manía de la novedad y de la moda que puede y suele hacer tropezar y hasta caer en extravagancias y amaneramientos á los ingenios más claros. Bueno es el afán, excelente y benéfico es el prurito de parecer y de ser originales; pero esto se consigue mejor siendo cada cual tal como es y como Dios lo ha hecho, sin salirse del trillado camino, que no extraviándose por trochas

y por atajos y tomando este ó aquel disfraz, que nos parezca bonito y conforme con el último figurín que viene de Francia ó de más lejos.

El atildamiento y el mayor cuidado para componer versos, nada tienen que ver con la afectación. Poetas esmeradísimos suelen ser y son naturales y expontáneos. Y por el contrario, lo afectado, lo falso y lo artificioso, se conciertan y se unen á menudo, sin la menor dificultad, con el más descuidado desaliño.

Espero que me perdone Ud. mis observaciones. Acaso estoy equivocado en todo cuanto digo. Yo no creo en la infalibilidad de nadie y menos en la mía. No presumo pues de Aristarco. Lo único de que presumo es de ser hombre de buena voluntad y con tal título digo á Ud. lealmente lo que pienso.

(De carta al autor.—Madrid 20 Agosto 1902).



DE D. MIGUEL DE UNAMUNO

Mí estímado amigo: No me ha agradado menos que sus composiciones poéticas, su carta sencilla y llena de sinceridad, tan en consonancia con lo que yo creo de su espíritu.

Conozco sus *Aires murcianos*, las poesías publicadas en el «Madrid Cómico» (sobre todo *Noche güena)* y *El Rento*. Se lo he dicho aquí á mis amigos: (todos los cuales le conocen, contando en esta vieja ciudad con un grupo de admiradores) hace mucho tiempo que no nos salía un verdadero poeta como Medina.

Cansera, *En la cieca*, *La enramá* (sobre todo el

final) son muy hermosas poesías. En cámbio *Á Murcia* y *A Cartagena* las encuentro inferiores al resto.

Creo que su aptitud de usted, más que para la poesía propiamente lírica, para la expresión de propios pensamientos y sentimientos, es para lo que los griegos llamaban *idilio* (no en el sentido moderno, sino en el helénico, bien conocido de mí que llevo siete años explicando griego y literatura griega) para el cuadro sobrio y sentido de algún suceso popular, para el cuadro de género ó de costumbres, que hoy decimos. *Cansera* y *Murria* son de profundísima intensidad y *En la cieca* es un cuadrito acabado.

Pienso escribir acerca de Ud. y sus poesías con alguna extensión, aunque no sé donde lo publicaré. Es un deber el de llamar la atención de nuestro público hacia lo que vale de veras.

He sabido por el amigo Martínez Ruíz que tiene Ud. presentado al Español un drama de costumbres murcianas, que si es como *El Rento*, espero obtenga el éxito que se merece. Y si triunfa Ud. en la escena, tendrá abierto el único camino que dá provecho en nuestras letras, el único lucrativo.

La poesía de Ud. me recuerda la de tres, de mis

más preciados autores de nuestra literatura contemporánea, que son mi paisano Trueba, el valenciano Wenceslao Querol y el salmantino Ruiz Aguilera. Es poesía de la que yo llamo *láctea*, suave, sencilla y nutritiva como la leche, como la leche sedante y campesina.

No desmaye Ud., que puede lograr con gloria y prestigio hasta provecho, y sobre todo es uno de los mayores bienes que pueden hacerse al prójimo el de aliviarle penas y moverle el corazón.

Una cosa encuentro en sus poesías cuyo manejo es delicadísimo y es los diminutivos en *ico* é *ica*. Dan gracia y delicadeza, pero á poco que uno se descuide hacen á la composición empalagosa. Debe procurar, á mi juicio, no abusar de ellos.

A mí que me dedico á la lingüística y sobre todo á la lingüística hispano-latina y de las lenguas neo-latinas (estudio que constituye mi especialidad técnica) me interesan mucho las hablas regionales. (Preparo un trabajo sobre el dialecto salmantino.) Por esto hallo, además del poético, otro interés en sus composiciones. Debe Ud. oir mucho á los huertanos y recoger todas sus frases, giros, voces y modos de decir, sin fiarse de

emoria sola. El gran escollo en que han tropeza-
uantos se han dedicado á cultivar esas hablas, ha
el de acabar creando un dialecto para sí, un vo-
ılario restringido.
racias por el ejemplar que de *Aires murcianos*
ıa dedicado. El que yo tenía lo envío á Berlín, á
migo que se dedica á nuestra lengua y nuestra
atura.

(De carta al autor.—Salamanca, 30, 1, 99).



DE D. JOSÉ M.ª DE PEREDA

Muy señor mío: Le soy á Ud. deudor de dos grandes favores, el regalo de su libro *Aires Murcianos* y el deleite que me ha proporcionado su lectura.

Algo de lo que aquél contiene me era ya conocido por haberse publicado en un periódico, creo que el *Madrid Cómico*. Me enamoraron entonces la sencillez y la ternura de aquella genial poesía *Cansera*, y hoy me complazco en reconocer que el poeta revelado en tan delicada obra de arte, no desmerece en las restantes de la colección.

El sentimiento de la noble, sana y conmovedora

poesía que hay en el fondo de la Naturaleza, es para pocos; y de las prendas que se necesitan para ser de ellos, ha querido dotarle á Ud. Dios pródigamente.

Este es un privilegio de los que obligan; y no debe Ud. olvidarlo por su propio bien y para su gloria, por la de la tierra en que nació y tan hermosos cantos le inspira, y para regocijo de cuantos se interesan por el legítimo explendor de las letras patrias, como este su admirador que cordialmente le felicita y b. s. m,

(De carta al autor.—Santander, Agosto 25-98)



DE J. MARTÍNEZ RUIZ
(AZORÍN)

UN POETA

Vicente Medina es un gran poeta. No hace mucho hablaba yo de su drama, *El rento,* honda tragedia, cuadro delicioso de costumbres murcianas, análisis sagaz de almas ingenuas. Hoy hablo de sus versos; porque Medina es un artista cabal, enamorado del arte, entusiasta de la Naturaleza, del campo, de los paisajes de su tierra.

Sabe llegar al alma. Pinte escenas de la vega ó fustigue en arranques pasionales la iniquidad social, Medina es siempre poeta delicado, genial, conmovedor.

Esa es la característica de su obra: la ternura, la in-

finita ternura de los hombres y de las cosas. Yo no sé si las cosas tienen alma, como pretenden los grandes artistas, Verlaine, Maeterlinck, Rodenbach; lo que sí sé es que hay instantes en la vida de todos los días, hay momentos en la prosa diaria en que es tal el estado de nuestro espíritu, que hablan ó cantan, gimen ó lloran las cosas que nos rodean; un paisaje, una pintura, una lámpara, una estatua.

Todavía recuerdo, y la recordaré mientras viva, la vibrante emoción, la emoción extraordinaria que la primera lectura de *La intrusa* me causara. Aquel ambiente de tristeza, de preocupación de la muerte que llega; aquel interior silencioso, aquellos personajes que hablan durante una hora de cosas insignificantes, en vulgar, en machacón diálogo, llega á producir en el lector la obsesión dolorosa, tenaz, insacudible, de la Intrusa que pasa por el jardín, que llama á la puerta, que atraviesa la escena, que entra en el cuarto de la enferma...

Ese es el drama de Maeterlinck, esa es la vigorosa obra del teatro *estático*.

Allí no «pasa nada»; no hay gritos, ni imprecaciones; no hay muertes, violencias, adulterios; pero

hay algo que habla con voz elocuente; hay algo que se apodera del espíritu y hace vibrar el alma con la vibración de lo desconocido, de lo trágico. Hablan las cosas: hablan las hojas de los árboles del jardín, la puerta que no quiere cerrarse, el rayo de luna que atraviesa las vidrieras multicolores, la lámpara que se apaga lentamente, el grito del niño que llora."

Sí, la Naturaleza tiene *alma;* tiene *alma* el campo solitario en noche estrellada de estío; esas inmensas noches silenciosas en que las montañas, las negras moles, se dibujan en la lejanía, y brillan parpadeando en lo alto las estrellas, y percíbense los mil ruídos de insectos, de aves nocherniegas, del viento que agita los árboles, que hace cantar los pinos; tiene alma la casa abandonada en pleno campo, cerradas las puertas, desmoronándose las paredes, batiente una ventana que el aire hace gemir con tristeza infinita en las horas de vendaval; tiene alma el mueble antiguo, pesado sillón de cuero, lienzo negruzco, velón historiado; tiene alma cuanto nos rodea, cuanto *vive* á nuestro lado y asiste á nuestras tragedias íntimas, á nuestros dolores microscópicos, á nuestras expansiones de placer, á nuestras alegrías de una hora.

Tienen alma las cosas, y los grandes artistas saben verla y trasladarla á sus versos ó á su prosa.

Medina es un artista, y llega como los entendimien-os escogidos al fondo de ese mundo de emociones gnoradas. A mí me es simpático, profundamente simpático, este provinciano obscuro, desconocido en la gran ciudad, que en el fondo de una provincia, desde su tierra amada, construye su obra literaria, dramas pasionales ó versos delicados, con la serenidad de un fray Luis de León, cuidadoso de su huerto.

Y no éste, todos; todos son para mí espíritus superiores, los que lejos del tráfago mundanal, apartados de la vanidad mezquina de la comedia intelectual, laboran apaciblemente por entusiasmo al arte.

Admiro á Leopardi sobre todos los poetas; admiro el genio peregrino: «terso come il Petrarca, venuto come il Caro, arguto come Luciano, profondo come Giordano Bruno, perspicuo come Galileo Galilei»; que á los veintitantos años, retirado en Recanati, ya había conocido los secretos de la ciencia y llevaba en sí el tedio *inefable*, la melancolía exquisita del que todo lo ha visto, del que ha agotado el supremo goce, el goce de *conocer*.

Nada más estético, más esencialmente artístico, que esta melancolía, esta ansia de vivir del que muere; este anhelo hácia algo soñado, hácia el ideal que no parece, desequilibrio entre la vida de la realidad y la vida á placer forjada.

Precisamente por esto las poesías de Vicente Medina que más me agradan son aquellas que tal estado de espíritu sugieren. Por ejemplo, *Murria* y *Cansera*.

Cansera es una diminuta obra maestra; una verdadera joya. El huertano, matiego apasionado de su pedazo de tierra, acorralado en su casa por las desgracias, por la mala cosecha, por la sequía, por el hijo que se han llevado á la guerra, se niega á salir de ella; no, no quiere salir; siente aquella alma ruda el cansancio insuperable, el tedio de quien toda la vida ha luchado reciamente y no recoge al final más que dolores.

¿Para qué salir? ¿Para qué ir á ver la tierra, antes fértil, los viñedos lozanos antes, la huerta un día frondosa? ¿Para qué recorrer la senda por la que él tantas veces ha pasado á través de los campos?

«Por esa sendica se marchó aquel hijo
que murió en la guerra...

por esa sendica se fué la alegría...
¡por esa sendica vinieron las penas!...
No te canses, que no me remuevo;
anda tú, si quieres, y *éjame* que duerma,
¡á ver si es *pa* siempre!... ¡si no me *espertara!*...
¡tengo una *cansera!*...»

(EL PROGRESO, *de Madrid, del 5 de Marzo de 1898.*)



DE URBANO GONZÁLEZ SERRANO

Vicente Medina es una poeta de veras, de los que saben sentir y expresar la eterna poesía de las cosas. Un medio ambiente tan hermoso como el de la huerta de Murcia, reflejado por un alma de artista como la de Medina, que conserva cuidadosamente todo el aspecto local, todos los modismos peculiares del lenguaje, toda la plasticidad de una expresión viva y las hondas (á veces feroces) pasiones que rujen y explotan en el alma ingenua de los huertanos, convierte las páginas del libro en páginas de oro.

La factura sencilla, á veces monótona; los recursos

ales, de espontaneidad primitiva, de la más sana
usta en la poesía popular, están tomados (y con
e escultural sentidos y expresados) de un medio
ropical, el de la huerta, con una vegetación fe-
ı y espléndida y de individuos con pasiones vol-
as en medio de su aparente sencillez. El contraste
, casi siempre dramático, se desarrolla y resuelve,
casiones violentamente se corta) dando la pre-
cia al primero de los factores, ante el cual el se-
ɔ se rompe—de tan buena cepa es,—pero no se
. Tal es el drama vivo é intenso que se desen-
e en estas hermosas é incomparables poesías de
murcianos. En todas ellas, en la titulada *A otras*
s, se expresa con toda claridad:

¿Ande hay ná como este suelo
cuajao de bendiciones,
en el que por cá granico
mil granicos arrecoges?
Las tierras no son las malas...
¡La maldá la tién los hombres!...
Los de arriba porque llevan
acoraos á los probes...
los de abajo porque aguantan
que los otros los acoren.

n en las menos movidas de estas poesías, late un

drama intenso, vivo, hondamente sentido, y desen vuelto con un arte maravilloso, que jamás degene en la *sensiblería* enferma, que endémicamente atac á los poetas pasionales del día. Sirva de ejemplo elo cuente *Cansera*, cuyas esculturales estrofas parece escritas con pluma movida por un hervor de vid que raya en la sublimidad de la resignación estóic No es posible citar una entre otras de las pocas y sa brosas líneas de *Cansera*; hay que recomendar mu de veras la lectura de toda ella á quien guste en art de lo óptimo y de lo breve. Entre los *poemas menor* clasificaría un retórico al uso tal composición, y, si embargo, *Cansera* resulta un poema de los mayore y Vicente Medina, su autor, un poeta que sabe com paginar la sublimidad con la sencillez.

(De la REVISTA NUEVA, *5 Agosto 1899.)*



De Juan Maragall

Muy estimado amigo y señor: ¡Cómo le agradez- el ejemplar que me ha dedicado de su *Canción de huerta!* ¡Cómo me ha removido este libro! Es otra ; aquella emoción de vida de los *Aires murcia- r.* En eso está Ud. en lo fuerte, porque está en lo 'o. ¡Cómo se vé y se siente esa tierra murciana, esa ıa murciana! ¡qué trágico país! Tan hermoso y dul- ¿qué fatalidad pesa sobre él? tanta energía como be contener latente ¿por qué tan abatido y resignado? ıy versos de su canción que parecen de fuego, así edan grabados para siempre:

«pero tié en el mirar de sus ojos
negros una fuerza!...

. . . .

No me quiere náide!

Esta poesía *Náide*, del principio al fin, es de lo más fuerte que se ha producido en España:

Es una amargura desconsolaíca
que llevo en la sombra, que llevo en el aire!

Cada verso es un martillazo al corazón.

Y aquella *Nubecica* que huele á vida y que es quizás la única en que á través del dolor no hay más dolor. Y *Rosica...* y la final que arranca lágrimas.

Amigo Medina, es usted el señor de la trágica musa murciana, es usted el rey de su región, y el buen rey se debe al pueblo. Ellos tal vez no saben nada, pero Ud. se debe á ellos y á sus cantares. No les sea nunca infiel, amigo Medina. Yo creo que Ud. es hoy *el murciano:* ya ve Ud. su carga y su dignidad: el alma de un pueblo...

(De carta al autor.—Barcelona 16 Abril 1905.)

DE TEODORO LLORENTE

Hace algunos meses está sobre mi mesa-escritorio un libro, que leo y vuelvo á leer con exquisita delectación: titúlase *La canción de la huerta*, y cada vez que en su lectura me extasío, recuerdo la conversación que tuve, ahora hace un año, con su autor, el original y simpático poeta Vicente Medina.

Desde que surgió en nuestros horizontes literarios su figura gallarda, atrájome con atracción irresistible. Estaba yo cansado de la poesía decadentista de nuestro tiempo, artificiosa y huera casi siempre, flor de estufa, cuando no flor de trapo ó de papel, ingeniosa

á veces, pero casi nunca natural, sin calor de vida, sin alma ni sentimiento. Y cuando respiraba con dificultad la atmósfera viciada de este arte ficticio, fueron para mí los *Aires Murcianos* como una ráfaga de ambiente puro, empapado en el aroma sano de los campos. Medina, el nuevo poeta, no sabía nada de la retórica pretenciosa de Academias y salones, de los versos de album alambicados y galantes, de las odas pomposas y vacías para Juegos Florales. En él se habían encarnado los pensares sencillos y los decires ingenuos de los campesinos del Segura, y nos trasmitía su vida entera, modesta y pobre, sus sentimientos, sus aspiraciones, sus goces, sus penas, (más sus penas que sus goces) en un idioma completamente nuevo para la producción literaria, en lo que yo no sé si llamar otro dialecto, de los que en España han tomado ó van á tomar puesto en la cultura de la poesía. Pero sea cual fuere la consideración y categoría que en el orden filológico se le dé al habla *panocha* (nombre con que la bautizó mi difunto amigo, el insigne murciano D. Pedro Díaz Cassou) además del aliciente de la novedad inesperada, tenía en labios del novel poeta, dulcísimo atractivo, como una música

de esas que se pegan al oido; y prueba de ello es la rapidez con que se extendió por toda España, y el súbito renombre que dió al vate campesino. En lo que decía, y en el modo como lo decía, había verdad, naturalidad, observación exacta, vida vivida, como se dice ahora, (lo que les faltaba á los rimadores al uso) y sobre todo aquello, un sentimiento poético hondo, íntimo, ingénito, perenne, ese *quid* que hace á los poetas de veras, y que ha hecho decir al adagio que el poeta nace y no se hace.

Por todo eso, yo, que he tenido la suerte de conocer y tratar á los poetas más famosos de España en este tiempo, á los de oro y á los de similor, ardía en deseos de conocer á aquel modesto hijo de la huerta de Murcia, que bien podía hombrearse con todos ellos. Sabía que, aunque tan brillantemente había salido del montón, vivía pobre y afanoso, trabajando con ahinco para ganar el pan, y esto aumentaba mi interés.



Al recorrer de reciente estas provincias de Levante, pregunté por él en Murcia, donde creí que moraba. Dijéronme que el poeta enamorado de los

campos del Segura, había tenido que dejar aquel para él encantado paraíso, buscando medios de vivir que allí no encontró, y que estaba ahora en Cartagena. Como tantos otros españoles sin recursos, halló un refugio en el presupuesto nacional; pero ¡qué refugio tan mísero! En la antigua ciudad de Asdrúbal era escribiente del Arsenal. Fuí allá y quise visitarlo: un valenciano, ya medio cartagenero, que era amigo suyo, ofreció traérmelo á la fonda donde me hospedaba.

—Vengan ustedes á almorzar conmigo.

—Veremos si puede ser.

No pudo ser. Estaba tan atareado Vicente Medina, que no disponía de una hora para el almuerzo. Ofreció venir luego, haciendo una escapada de su trabajo, y vino, en efecto, de prisa y corriendo.

Aún es joven; para mí, muy joven: no ha cumplido cuarenta años, y aunque á otro ya le pesarían algo, á él aún no le pesan. No hay en su aspecto ni en su fisonomía nada de su estirpe labriega; no muy alto, cenceño, cetrino de color, suelto en los movimientos, enérgico en el ademán, su rostro ovalado, aguileño, de barba sedosa, le dá el tipo de un árabe, de raza

fina y aristocrática. Pero el rasgo saliente y característico, que pronto percibí, está en sus ojos y su entrecejo, vivísimos aquellos, duro éste. ¡Oh! ¡cómo expresan la fuerza de voluntad, frunciéndose el uno, relampagueando los otros! Este moro murciano no es un soñador fantástico; es un hombre de acción, de lucha, de firmeza, de constancia.

Contóme su vida humilde y trabajosísima; no la oculta y hasta la ha publicado en el prólogo de uno de sus libros. Es hijo de Archena; su padre era jornalero; su madre cosía en una sastrería muy modesta. Aquél se convirtió en vendedor de periódicos, y á esto se debe que España cuente hoy con un inspiradísimo poeta. El chicuelo ayudaba al padre en su faena, y se aficionó á leer cuantos papeles caían en sus manos. Viendo su disposición, enviáronlo sus padres á servir en Madrid, para que allí se abriese camino. No se lo abrió. Corrió varias casas; se cansó pronto y volvió al pueblo. Fué otra vez vendedor de periódicos, fué mancebo de botica, y por probar fortuna, sentó plaza y marchó á Filipinas. En todos estos oficios, seguidos de mala gana, lo que le preocupaba era hacer versos. Leía, leía, sin cesar; escribía, escribía sin medida, sin maestros, sin arte.

Cumplido el servicio, volvió á Archena. Tenía veinticuatro años; era un hombre hecho y derecho, sin una peseta ni manera de ganarla, era un poeta, por dentro, y nadie lo sabía, ni lo adivinaba. Con sus ahorrillos de soldado puso una tiendezuela y no pudo salir adelante. Desesperado, quiso embarcarse para Orán; pero en Cartagena le detuvieron algunos amigos, ofreciéndole buscarle colocación, y en Cartagena se quedó.



—«He sufrido mucho, pero ahora vivo tranquilo —me decía.—Me dán veinte duros al mes en el Arsenal por copiar minutas; me dán otros veinte en una fábrica por llevar las cuentas. Le parecerá á usted eso muy poco para vivir; pues á mí me basta, á pesar de sostener mujer é hijos. Tengo ocupadas la mañana y la tarde: me queda la noche para leer, para estudiar, para escribir, y esto es la vida para mí, la ilusión, la esperanza. Mis trabajos literarios apenas me dán lucro. Muy pocas Revistas son las que de vez en cuando me envían unos cuantos duros por algún articulejo ó alguna poesía. Este dinero lo guardo con afán para

ayuda en la publicación de mis libros, y si con ello cubriera los gastos, me daría por contento.

He querido escribir para el teatro; esto es lo único que en España dá dinero á los poetas y pronta celebridad. ¡Si pudiera librarme yo del yugo de mi labor cotidiana! ¡Con qué ardor me entregaría á mi afición, á lo que yo creo ser mi vocación! Escribí un drama de costumbres de la huerta y en la lengua de los huertanos, y fué representado con aplauso aquí en Cartagena; he escrito otros para los teatros de Madrid, y no he logrado que me los admitan. Allí, desde que publiqué *Aires murcianos*, y me los elogiaron los periódicos, tengo amigos, tengo casi protectores; pero esa protección, hasta ahora, no me ha servido de nada.

No importa. Trabajaré, trabajaré sin descanso. Tengo fé. Yo veo claros los nuevos horizontes de la poesía. No me desanimo; iré adelante.»

Decía así, con voz segura y vibrante, con palabras precipitadas; con la frente fruncida, con la mirada fija, como si viese á lo lejos algo, que era su imán, la meta de su destino, la estrella polar inmóvil, á cuyo alrededor giraban todas las órbitas de su vida.

Hablamos largo rato, que para mí fué demasiado corto. Le inspiré confianza, y se desbordó su espíritu, como el copioso raudal cuando se abre la compuerta que lo contuvo. A la vez que hablaba con verbosidad, trémulo por la emoción, del arte y de la poesía, de sus excelencias, de su misión social, de su pasado y de su porvenir, sacaba con mano nerviosa, y como maquinalmente, el reloj y miraba la hora. Era la tiranía de su servidumbre, que acortaba sus confidencias, y que le hizo despedirse de mí precipitadamente.

—¡Adiós!—me dijo,—no puedo detenerme más. Enviaré á usted mis libros; los que he publicado y los que publicaré; todos, todos. Le he abierto mi alma: conoce usted ya al autor; conozca sus obras.»

***

Causóme impresión honda la entrevista. Había algo de extraño en aquel entusiasta poeta. Unas veces me parecía un niño de cándidas ilusiones; otras, un iluminado, que casi me daba miedo: siempre un hombre superior, ageno á toda vulgaridad, con perfecto derecho para quejarse de su suerte, y con la noble altivez del genio, que se sobrepone á las huma-

nas desdichas. ¡Pensar que después de aquella conversación en que su pensamiento había flotado sobre las cúpides azules del ideal, iba corriendo á esconderse en el escritorio de un taller (creo que de sombrerería) para sacar la cuenta de los jornales pagados, de las piezas de fieltro recibidas y de los sombreros vendidos; y luego, rendido por ocho ó diez horas de encorvamiento sobre el pupitre tiránico, á encaramarse á un tercer piso, para compartir con su esposa y sus hijos la sobria cena y el breve descanso! ¡Es un héroe! exclamaba yo en mis adentros: ¡Quiera Dios que no sea un mártir!

***

Libros de poesías de Vicente Medina: el que le dió repentina fama fué un librito de pocas páginas, *Aires murcianos*, con el que inauguró un editor de Madrid la primorosa *Biblioteca Mignon*. Tras ese primero y afortunado ensayo de la poesía peculiar de la huerta de Murcia, en su lengua propia, Medina quiso escribir sus versos en castellano, y lo hizo con igual gallardía; *Alma del pueblo*, *Canción de la vida* y *Canción de la muerte*, son obras que lo acreditan. Hay en ellas, sin embargo, algo que no me place,

rasgos del extravagante *modernismo*, más en la forma que en el fondo, tentación de una moda hoy boyante, á la que no supo resistir un poeta impresionable á la novedad, y sin la suficiente preparación literaria para dejar pasar sus caprichosas oleadas. .

Ahora ha vuelto á sus primeros amores. *La Canción de la huerta*, hermosísimo libro, al que me he referido al comenzar este artículo; es la continuación de *Aires murcianos:* el drama cotidiano de la humilde vida labriega, la poesía íntima, inadvertida á los ojos vulgares, de los pequeños, de los pobres, de los ignorantes, del pueblo trabajador y sufrido, que, como dice el personaje de una zarzuela popularísima «tiene también su corazoncito.»

De ese libro, os voy á hablar.

Zeda, el experto crítico, en una de las últimas crónicas literarias escritas para *Las Provincias*, decía de este modo:

«Así como á los que residen en las grandes ciudades les encanta de vez en cuando recorrer los campos, trepar á los montes, beber en los arroyos y tenderse sobre la yerba á la sombra de los árboles, así también á la imaginación, cansada de señoritas neu-

asténicas, de intencionados coloquios de *boudoir*, de ntrigas de telón y de filigranas de estilo cortesano, e encanta alguna vez recrearse con los rudos donaires opulares, con la descripción de los regocijos de las ldeas, con el lenguaje y los cantares de la gente rúsica.»

Esta observación es aplicable á todos los tiempos á todas las literaturas. De ese gusto por la antítesis, ació en la antigüedad clásica, cuando más florecía a cultura entre los griegos y los romanos, un género an importante como lo fué la égloga. Teócrito encanaba á los refinados atenienses encomiando las camestres bellezas de la pastoril Arcadia. Virgilio, entre os esplendores de la Roma cesárea, hacía sonar la lauta de Titiro *sub tegmine fagi*. Y el caso se repetía uando el Renacimiento renovaba aquellos primores lel arte y la poesía. El Tasso era tan admirado en talia cuando en su *Aminta* idealizaba los amores de os pastores y las zagalas, como al describir la épica *iberazione* del sepulcro de Cristo. Y en el siglo de ro de nuestra literatura castellana, la poesía lírica, eflejo de la italiana, llevaba también á los verdes ampos aquellas Fléridas y aquellas Amarilis, por las ue tan dulcemente suspiraba Garcilaso.

Esa poesía bucólica produjo versos muy bellos y galanas descripciones, como aquella que comienza *Corrientes aguas, puras, cristalinas;* pero había en ella no poco de convencional y ficticio. El sentimiento de la naturaleza se revelaba poco en ella; más dominaba la retórica. Eran los poetas de entonces paisajistas que no tomaban sus apuntes del natural: pintaban «de manera», como dicen los técnicos, y las beldades que celebraban no eran hijas del campo, sino pastoras de abanico, damas disfrazadas, predecesoras de las que copió Watteau en los jardines de Versalles. La poesía verdaderamente campestre aparece rara vez en nuestros anales literarios; más bien que en la lírica, surgen rasgos de ella en la dramática, sin duda por ser ésta más nacional, más popular. A principios del siglo XIX el melífluo Melendez Valdés renovó la olvidada égloga; pero tampoco son campesinas de veras sus Filis acicaladas y sus galantes Batilos de las riberas del Tormes. En nuestra época ha brotado esa poesía, campestre de veras, con la descentralización literaria. El renacimiento catalán (en el cual comprendo al valenciano y al balear) y el renacimiento galaico, á los cuales han seguido conatos

idénticos en otras comarcas de la Península, se han inspirado en los afectos del pueblo, en el amor á la tierra natal (la *tierruca* de los montañeses cantábricos, la *terreta* de nuestros paisanos, amor que degenerando en fisiológica dolencia es la *morriña* de los gallegos) en la vida peculiar de cada comarca, y esto ha revestido de íntimo encanto y de vivo interés la poesía, bien expresada, de las cosas y de la gente rústica.



De estos nuevos cantores del campo, Vicente Medina es uno de los más inspirados, expresivos y característicos. La huerta de Murcia, tan parecida á la nuestra, no solamente es fértil y frondosa; tiene, además, un tinte halagador de poesía. Sus huertos de naranjos, sus pequeños bancales, rodeados de moreras; sus numerosos caseríos y sus innumerables barracas, sus brazales y sus *ñoras* (nuestra noria), las palmeras, que dán un aire oriental al paisaje, y sobre todo, el tipo, aún no modernizado ni uniformado, de su población agricultora, de pintoresco atavío, de tradicionales hábitos y costumbres, de trato sencillo y habla cariñosa, estaban pidiendo, para abrirles el

templo de la poesía, un artista genial. Y lo encontraron en el autor de *Aires murcianos*. Éste se ha apropiado la vida de aquel pueblo, y nos la dá en cuadros de arte sincero y exquisito, con exactitud completa é ingenuidad encantadora, en la misma lengua que emplean los huertanos, sin alterarla con artísticos pulimentos.

Manifestaba al comienzo de este artículo la duda sobre el concepto filológico que merece ese lenguaje *panocho*. Para mí, no es más que un castellano mal hablado, como en algunas comarcas aragonesas. Es de uso exclusivo de la gente rural; parece habla de niños que aún no han aprendido á hablar bien. La continua repetición de diminutivos aún le dá más ese tono infantil. ¿Sirve para la poesía? Sí, y Medina lo ha probado. Pero no para toda poesía. Como instrumento literario, su empleo ha de ser limitadísimo. Está muy lejos de la categoría del catalán, apto para todos los géneros y en el que Verdaguer ha podido escribir poemas como *la Atlántida*, y Guimerá sus tragedias y dramas; ó el gallego culto y refinado de Rosalía de Castro y Curroz Enriquez. El habla, puramente rural, de los labriegos de Mur-

cia, solo sirve para que el poeta la ponga en labios de ellos, ó para que de ellos se ocupe. Círculo de acción bien estrecho; pero que en sus reducidísimos límites, tiene un campo fecundo en que florecer. El poeta del país que lo cultiva, merece bien de los suyos, y también de los ágenos, y puede decir satisfecho con Alfredo de Musset:

Mon verre est bien petit, mais je vois dans mon verre.

Aunque la huerta murciana se presta mucho á la pintura de paisaje, Medina no es paisajista; es un pintor de género. No le interesa la naturaleza, sino el hombre; no es el poeta del campo, sino el poeta de los campesinos. Ni en sus primeros *Aires murcianos*, ni en los que ahora ha publicado, hay una sola composición meramente descriptiva; todas son escenas de la vida humana, á las que dá realce el lugar en que se desarrolla, pero este agradable escenario solo es el fondo del cuadro: el interés de éste estriba en las figuras, pintadas siempre con tan delicados toques de observación, que parecen vivas y quedan imborrables en nuestra memoria.

Esas figuras son casi siempre tristes. ¿Por qué? Esa

tristeza melancólica ¿es impresión del natural? ¿Es que reina el infortunio en aquellos hermosos campos? ¿Es que sus habitantes son esencialmente desgraciados? No lo creo. La vida del pobre labrador no es muy próspera, allí ni en ninguna parte; pero, en muchas, en muchísimas otras, es más penosa. Tendrán penas, sin duda, aquellos buenos huertanos; pero también tendrán, también tienen, de seguro, satisfacciones y alegrías, fiestas y jolgorios. El carácter de esta gente levantina parece más apropiado al regocijo que al humor negro. Pero Medina, de las dos fases de la vida humana, no vé más que la sombría, y esa es la que refleja en sus versos. Fortuna que su Musa, triste y dolorida, no es tétrica, ni amargamente desconsoladora, ni mucho menos espeluznante, como la de otros poetas lúgubres. Su tristeza es suave y blanda, casi dulce, como un rayo de luna en la obscuridad de la noche, como la penumbra de un crepúsculo tranquilo, que induce á serena meditación. Sus breves y sencillos cuadros de las desdichas humanas, aunque humedecen á veces nuestros párpados, no nos desgarran las entrañas; en la impresión que producen, domina la emoción estética, grata siempre al alma, y producto natural del arte y de la poesía.

Una suprema compasión hacia los desgraciados se desprende siempre de los *Aires murcianos*. Yo no puedo censurarlo. ¿Cómo lo he de censurar, yo que he dicho de reciente:

> Entre todas las Musas victoriosas
> es la que más nuestro ánimo enagena,
> la que en la frente pálida y serena
> con ramo de ciprés une á las rosas?



Quisiera citar algunas de esas sentidísimas poesías, pero me apura *l' embarras du choix*, como dicen los franceses. ¡Hay tantas que me impresionan hondamente! *Mustia*, por ejemplo, es una de ellas.

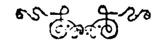
¿Son muchos los autores que, de un asunto tan aparentemente sencillo y vulgar, sepan extraer tan delicado aroma de verdadera poesía? ¡Ah! si todos los rompedores de viejos moldes dieran á sus nuevas creaciones ese exquisito sentimiento de la belleza, no renegaría yo del modernismo.



Para concluir, he de hacer un ruego á nuestro padre Apolo. Si ese dios de los poetas conserva algo del antiguo imperio sobre sus indisciplinados devotos, no permita que á Vicente Medina le salgan imi-

tadores. El vate murciano camina seguro por el borde de un precipicio. A un lado tiene el cielo espléndido de la poesía, en el cual bate las alas; al otro lado se abre el abismo de la vulgaridad y la chavacanería. Él no rodará por esa pendiente, pero quien sin tener su genio quiera seguirle, dará el gran batacazo; estoy seguro de ello.

(De LAS PROVINCIAS, *diario de Valencia, 23 Enero 1905.)*



DE D. PEDRO DÍAZ CASSOU

Por las cuatro únicas poesías que de Vicente Medina Tomás he leído, no dudo en calificarle de verdadero poeta, y del más murciano poeta que he conocido en una vida que ya va siendo larga. He leído más de tres veces su *Barraca*, y he recordado que entre mis papeles del siglo pasado había otros versos con el mismo título, é inspirados por la musa popular á un vate anónimo, y que fueron motivo de que el Sr. Corregidor metiera en la carcel á un ciego que los cantaba. Al envíar mi aplauso al Sr. Medina, exhumo aquellos versos, tan sentidos, aunque no tan bien hechos como los suyos:

LA BARRACA

Canción con motivo de la orden del Sr. Corregidor
para derribar las de los que no tienen ti

El rey tié varios palacios,
en Murcia hay ca ves más casas;
er Corregiór la tiene,
ca uno vive como arcanza;
y ar fin y á la prepartía
salimos con estas ansias;
¿qué les ha dao pa meterse
con er probe é la barraca?

Icen qu' es cosa del Rey
y el Corregiór lo manda,
que es causa de munchos vagos
que á Murcia vien de mindanga;
icen que lo hacen por bien
y que les demos las gracias;
yo digo que tó está güeno
pero qu' ejen mi barraca.

La tengo ebajo una higuera
junto á la cieca é Meana,
le cantan de día los pájaros
y por la noche las ranas;
es fresca si hace calor,
en invierno es una manta;
y ni er palacio del Rey
vale más que mi barraca.

Pa más aorno en delante
voy á plantar una parra,
en medio corgá de un gancho
ha de haber siempre una jarra;

to aquer que pase y sed tenga
que puea echarse un trago d' agua...
¡quio icir si no la erriban
la probe de mi barraca!

Mi páere hizo la vivienda
en er quijero é Meana,
por la enza é tomar estao
con mi máere de mi alma;
dos probes picatalones
que hicieron nío junto al agua,
er nío pá sus hijiquios
que jué mi probe barraca,

¡Qué güen tiempo, qué regüeno!
cuando á la puerta jubaba;
¡qué mal día er que á mi páere
piés pa alante lo sacaban!
él muerto, mi máere muerta,
yo zagal, aboa un charrasca,
¡cuánta cosa sin la llengua
me está iciendo mi barraca!

El Rey tié varios palacios,
el Corregíor tié casas,
á aquer que tiene dineros
ande vivir no le farta;
yo tengo en esa vivienda
tó mi bien y toa mi alma;
¿qué le queará á este infelís
si le erribais la barraca?

Leyendo esta canción del siglo pasado y la poesía
iente del señor Medina, se encuentra cierto pare-
o propio del parentesco poético entre composi-

ciones que vienen de un tronco común: la inspiración popular. No hay que extrañarlo; si publico mi *Cancionero Panocho*, haré notar que algunas coplas que se cantan hoy en la huerta de Murcia son, pensamiento y palabra, coplas árabes que se cantaron quizás en esa misma huerta, hace seiscientos años.

(*De* El Diario de Murcia, *10 de Diciembre 1897.*)



DE D. JOSÉ VENTURA TRAVESET

Siempre, y en todas las épocas y lugares, la poesía lírica ha recorrido todos los tonos del género, si bien han motivado sucesivas transformaciones y formas protéicas el medio ambiente y las condiciones en que ha vivido el poeta; así es bélico y varonil Tirteo, dulce y meditabundo Horacio, religioso y creyente Dante, escéptico y despreocupado Espronceda. Encontrar en nuestros días de pesimismos y tendencias utilitarias, rimadores que fluctúen suavemente entre el clasicismo y el modernismo, que conserven la tradición filosófica salmantina amalgamada con la rea-

lidad actual, que huyan de la impalpabilidad y vacío de los muchos que escalaron la cumbre del Parnaso, aun en nuestras mejores y más florecientes épocas, lo estimo como un verdadero hallazgo, y por eso quiero contribuir con mi modesta admiración á poner de relieve los méritos de un poeta de nuestros días, semi-bardo, semi-trovador de los presentes tiempos, que ha sabido crear en lo fácil un género inimitable y cuyos secretos solo él posee. Me refiero al murciano Vicente Medina. La primera vez que leí su nombre fué en *Los lunes de El Imparcial* al pié de su primorosa *Cansera;* comencé á recorrer maquinalmente con la vista sus desiguales versos, con la distracción del que busca algo con que *desengrasar* su espíritu en un momento de ocio y descanso, y sentí los ojos preñárseme de lágrimas que tuve que enjugar con disimulo: leí ya con más atención tan delicada composición y quedé sorprendido del nuevo derrotero que marcaba este poeta regional. Compré en seguida los *Aires murcianos*—que es de donde estaba seleccionada la poesía del periódico, y sus suaves estrofas sobre costumbres de la huerta de Murcia, deleitaron mi alma con la misma intensidad que las de Jorge

Manrique, Garcilaso, Becquer y Zorrilla. ¿Es que Medina pertenece á la escuela de estos ú otros poetas célebres? Nada más distante: su comparación es solo psicológica y no lírica: es un creador regional al estilo de los novelistas del Norte—la Sra. Pardo Bazán ó Pereda—pero sus asuntos son cuadros pequeñísimos apenas novelables, y vistos y sublimados á través de su exquisita sensibilidad: él nos dice lo que todos vemos á diario á nuestro alrededor, sin parar mientes en el mundo de sentimiento que de allí broa; nos presenta el lado triste y melancólico de la vida huertana del reino de Murcia, pero con alegría santa, con tristeza morisco-cristiana resignada, que nos cautiva y ata, que no nos hace odiar la vida, sino mirarla en los puntos de realismo de una clase desheredada que sufre, que llora, que calla, pero que arranca lágrimas al corazón más indiferente. Su factura general tiene un fondo antitético, no burlón ni punzante como el de Campoamor, sino bucólico en un principio y con desenlace psicológico-social; así presenta á las *zagalicas* ya llenas de juventud y de vida, ya después muertas, ya despidiendo la fragancia de la pureza, ya caídas luego en el fango mundano, etc., etc. Pero hay otro punto de vista más sim-

pático en la labor de Vicente Medina: la de haber recogido en sus cuadros el llanto de las infelices mujeres españolas que perdieron sus hijos en las ingratas luchas coloniales, dejándonos, como los líricos de nuestra guerra de la Independencia, el retrato más notable, la semblanza más vigorosa de la madre del soldado expatriado en estos últimos años, y la fisonomía más real de nuestro bisoño que muere ó padece en un hospital de sangre en tierra que nos era enemiga, y extenuado por la fiebre ó por el traidor vómito.

Sí: Medina es el poeta elegiaco de la humilde huertana, madre española desheredada de fortuna y herida de muerte por la quinta del hijo: si sus versos se hubieran leido en los teatros á raiz de nuestras desgracias de Cuba y Filipinas, un sollozo general se hubiese levantado de todos los ámbitos de las galerías, del mismo modo que inevitablemente corren silenciosas las lágrimas por nuestras mejillas cuando le leemos.

Yo, el último de los profesores de Literatura, de año en año doy á conocer este poeta entre mis discípulos, leo en cátedra sus sencillas poesías gimoteando con mal fingida fortaleza, le incluyo sa-

tisfecho en mi programa de curso, y creo no andar muy descaminado cuando Fitzmaurice Kelly, el gran hispanófilo de Londres, miembro honorable de nuestras Reales Academias españolas, editor del *Quijote*, el más insigne que se conoce—según la autoridad de Menéndez y Pelayo—le incluye en su obra concienzuda de Literatura española.

Vicente Medina figurará en plazo no lejano en todos los libros de literatura. Y me cabe en ello la honra de haberme anticipado, dentro de los moldes académicos de nuestra enseñanza universitaria. ¡Quiera Dios que no alcance tardía reparación este sentido poeta, como ocurrió á nuestro profundo Ganivet, del que nadie se acordó en vida más que nosotros sus paisanos, y que hoy se lee y se admira bajo la sombra que proyecta la corona de laurel y ciprés de una muerte prematura! Medina debe vivir, como aquél debió vivir, hasta que alcance la madurez y la boga que le deseamos los que le admiramos y envidiamos su hermosa pluma, sólo mojada en lágrimas de dulce consuelo y de admirable apacibilidad.

(De la revista LA ALHAMBRA, *de Granada, 30 Junio 1905)*



DE PEDRO COROMINAS

LA CANCIÓN TRISTE

Vicente Medina es un poeta eminentemente popular que, lejos de aprender en los libros de los teóricos y en las obras de los maestros, pide inspiración á la tierra querida, á la huerta asoleada, cubierta de flores y naranjos, y vá á sorprender las imágenes ingenuas y calientes de vida en el alma misma de su pueblo.

En los *Aires murcianos* de Medina, hay, sin embargo, dos elementos que permiten señalar el lugar y el tiempo de su aparición. En nuestros días y principalmente en España, el arte ha perdido gran parte del lirismo clásico para quedarse esencialmente

narrativo. El sentimiento de la naturaleza, el arrobamiento amoroso, el entusiasmo guerrero, el éxtasis místico, todas las emociones que inspiraron obras inmortales á los artistas de todas épocas, han ido desapareciendo al compás de nuestra decadencia, cediendo primeramente parte de su pasada hegemonía al argumento, hasta quedar finalmente desterrados en las menguadas obras de los poetas, de los novelistas, de los dramaturgos, de los músicos y de los pintores, que se limitan á reproducir sucesos más ó menos sensacionales.

En España, salvo en raras excepciones, ha predominado siempre el elemento narrativo de la obra, en torno del cual se han agrupado todas las emociones, entusiasmos y lirismos del artista; y Medina, moviéndose dentro de la tradición, aunque remontándose á la ternura del romance popular, cuenta siempre una historia en sus poesías; pero sabe vestirla de imágenes ingenuas, nutrirla de emociones conmovedoras y encontrar la tragedia en el idilio, dándonos la visión fulgente del claro-obscuro, al presentarnos unidas por modo magistral las alegrías más puras y los desgarros del alma.

Si en eso es hijo de su tiempo, en la obsesión de la muerte es el cantor del mediodía. Un voluptuoso amor al descanso, un relajamiento muscular que aplana al hombre tras los súbitos arrebatos tardíos, un dejo inconsciente con que las viejas razas orientales han sellado para siempre el alma andaluza, han producido y perpetuado ese sensualismo de la muerte que impregna de lóbrega melancolía las soleares de la España meridional. El pueblo se goza allí cantando las desesperanzas de la muerte; en el violento transporte de sus juergas relampaguea un renunciamiento oriental de raza cansada, y la aversión y repugnancia que los pueblos vigorosos sienten por la muerte, se trueca en sus cantares por un sensualismo trágico, por un descanso voluptuoso de los esfuerzos de la vida, por una convivencia fraternal con la idea de la anihilación.

Y la sensual tragedia de la muerte la ha cantado Medina en casi todos sus *Aires Murcianos.* El tema se repite una y otra vez, siempre con la misma melancolía, con una variedad asombrosa de imágenes sentimentales y con un cierto romanticismo popular. Esta ferocidad del poeta, encuentra expresión enér-

gica y delicada en su dialecto, y aunque procura diversificarse en el alma del anciano maestro, en la de la madre que llora á su angelito, en la del viejo vencido que perdió su hijo en la guerra, en la del amante despreciado, en la del hombre querido y en la evocada lozanía adolescente de la ramera muerta, impregna todo el libro de una monotonía desoladora que, lejos de afearle, constituye uno de sus mayores encantos.

Aparte estos elementos de su estro, contemporáneo el uno y español el otro, todo es singularmente personal en el poeta murciano. En todas sus poesías hay una frescura viviente, una naturalidad simpática que seduce al lector. Los que no hemos oido nunca el hablar de esos huertanos que nos presenta Medina, nos convenceremos al momento de que esas son sus palabras y sus frases y sus quereres y sus dolores, pues de la pluma del poeta ha salido al primer esfuerzo un dialecto literario que no estaba *hecho* todavía.

Una de las notas más acentuadas del nuevo libro, es la vigorosa impresión del claro-obscuro que en todas sus composiciones se dá. Las audacias coloris-

tas de Ribera se reproducen aquí con las imágenes fulgurantes evocadas por el escritor. Y así, para encuadrar sus múltiples visiones de la muerte, escoge el fondo asoleado de la vega, *entapizá* de flores; para cantar la *murria* del soldado enfermo, le recuerda los rosales, los claveles, las alábegas; á la madre angustiada ante la cuna de la hija enferma, le hace pedir piedad con las mismas palabras que repetía el angelito cuando jugaba alborozado con ella; y al ver en el burdel á la joven zagala, recuerda con estos versos su frescura perdida:

D' otra manera se peina,
d' otra manera es su traje,
no es el olorcico que echa
olorcico d' azadares,
ni su cantar es el mesmo,
ni tién sus coplas el aire
d' aquellas que por la güerta
se echan entre los cañares...

Hay algunas poesías en que Medina deja de narrar y se remonta resueltamente á un lirismo trágico en busca de la emoción pura. La desolación de la huerta abandonada, las espigas

arroyás y pegás á la tierra;
...los sarmientos ruínes y mustios

y esnúas las cepas,
sin un grano de uva
ni tampoco, siquiá, sombra d'ella...

dán á la composición titulada *Cansera*, una belleza clásica insuperable. Quizás sea ésta la mejor del tomo, pero á nuestro juício, *La canción triste* sintetiza mejor que otra alguna el estado de alma del poeta, hasta el punto de que hubiera podido ponerse al frente, como lema de todo el libro. Habla de un extraño de barba blanca, ojos azules y vóz muy dulce, que apareció una mañana cantando entre mozos y viejos una canción muy triste. La harmonía y el dejo melancólico de estos versos son un encanto:

Mienta cosas cantando que náide
por aquello qu ice sabe lo que son:
unas palabricas llenas d'amargura
y otras palabricas llenas de dulzor...
Pero por el dejo ¡tan triste, tan triste!...
llega al corazón
y es verdá que nenguno lo entiende
¡pero lloran tós!
Páece que habla mentando su tierra
y quereres que allí se dejó...
Páece que habla d'hijos y que habla de nietos
y de algo que al cielo se llevara Dios...
Y se esjarra su pecho en quejíos,

ca ves que se güelve pa ande sale el sol,
y se vé que se mojan sus ojos
y se siente que tiembla su vos.

En todo el libro no hay una sola nota alegre, que no sea suscitada para dar relieve á la impresión dolorosa del conjunto. No conozco á Vicente Medina y me lo imagino joven, lleno de vida. Me gustaría escudriñar su alma, porque todas estas tristezas parecen tan hondamente sentidas, la melancolía de estos versos es tan ingenua y leal, que me hace pensar en el vencimiento físico, en la enfermedad adolescente, ó en la tragedia íntima que agostó de este modo la alegría de su juventud y le arrancó tan tristes querellas.

El poeta ha nacido y la vega murciana ha encontrado el cantor de sus azahares. España sólo debe regocijarse parcialmente. El joven artista, no ha pensado en ella más que para llorar la soledad de la huerta abandonada por el soldado que murió en la guerra. Cuando la vieja España se desmorona; cuando la América latina se entrega alborozadamente á emancipar su lengua del antiguo tronco castellano; cuando en la misma capital aparece el regionalismo en el lenguaje achulapado de los barrios bajos, otra región

noblemente orgullosa de sus bellezas, afirma un dialecto y su personalidad por la voz inspirada de un poeta.

(De VIDA NUEVA, *Madrid 6 Agosto 1899.)*



Canción de Esperanza

CRISTO

Ved en la cruz el mártir de su amor infinito...,
es el Dios del perdón!... Sangra la augusta
corona del dolor sobre su frente
y, eternamente abiertos,
tiende á los hombres los amantes brazos!...,

Amémonos en él, y redentora,
su dulce ley de amor haga la vida
reino de Dios, de paz y de ventura...,
¡Amémonos en él, hombres, hermanos!...

Amémonos, y el fuego de nuestro amor extinga

rencores miserables, diferencias
de clases y de razas, de sectas y de cultos...

Borre nuestra bondad y tolerancia
todo humano delito...
¡condene nuestro espíritu piadoso
castigos y torturas y crueldades!...

Inagotable nuestro amor, conquiste
la alta prerrogativa de los reyes,
y sea patrimonio
de todos, el perdón, que haga, en los campos
de abrojos y de espinas,
¡brotar hermosas flores!...

Hagamos la sencilla vida de los obscuros,
y el esplendor y fausto que resaltar nos haga,
estribe en que tengamos
tesoros de bondad... Hermanos, hombres,
¡de la humildad y del amor, tan sólo,
exista la opulencia!

. . . .

¡Vedlo en la cruz!... Al mundo,

splendor de su bondad, cegara...
el mártir sublime de su amor infinito!...
Dios de la piedad!... Sangra la augusta
corona del dolor sobre su frente,
y, eternamente abiertos,
ıde á los hombres los amantes brazos!



CREDO

Como fruta madura de la vida
las leyes del amor tendrán los hombres
y el reino de los cielos
ha de ser con nosotros en la tierra.

Con nosotros, con todos:
las venideras razas
han de fundirse en nuestro polvo mismo
¡y nosotros seremos
revividos en ellas!

¡Oh, sí, reviviremos!

Ante el imperio justo de la razón sagrada,
los grandes potentados,
los ricos verdaderos,
serán, en la familia de los hombres,
los buenos ¡los piadosos!

Y los ricos serán munificentes...
prodigarán tesoros infinitos
de su amor, que será toda riqueza,
y cuanto más prodiguen
¡su bendito caudal será más grande!

Aquellos más humildes
serán Cresos del bien y sus tesoros
irán donde ellos vayan...
¡ni al verlos indigentes dudaremos
que llevan sus tesoros en sí mismos

Y aquellos solamente
serán glorificados:
los buenos, los piadosos,
los de elevado espíritu,
los abiertos á toda tolerancia,

los que adoren la vida,
los que amen la verdad ¡los soñadores!

¡Creo, Naturaleza!
creo en tus santas inmutables leyes...
Reviviremos todos
en nuestro polvo mismo,
cogeremos la fruta
madura de la vida
¡y el reino de los cielos
ha de ser con nosotros en la tierra!



EL DÍA DE LA SIEMBRA

¡Sembradores, á los campos,
que es el día de la siembra
y esponjada y anhelante de semillas
preparada está la tierra!

ɔ dejeis pasar el día, que es hermoso sembradores...
¡á los campos!... alborea,
y las tierras entregadas á la vida,
ꞌmo vírgenes sagradas al fecundo espasmo tiemblan!

Echad pródigos al surco

la semilla sana y buena...
Confíad en vuestro esfuerzo, que bendice Dios los campos
¡y ha de ser la más hermosa de la vida, la cosecha!

¡Sembradores, á los campos!...
Ya regada está la tierra
con la sangre de los hombres, y hondos surcos
han abierto los trabajos y las penas...

¡Sembradores de la vida, sembradores,
arrojad sobre los surcos las ideas!...
Confíad en vuestro esfuerzo, que bendice Dios los campos
y ha de ser la más hermosa de la vida, la cosecha!

Canción de Paz

Guerrero que en el remoto país estás,
lejos del plácido hogar,
sembrando luto y pavor,
oye esta dulce canción
de paz:

El soldado con quien luchas,
en quien se ceban tus odios,
lo mismo que tú, dejó
allá en su valle natal
¡su amor!...
¡su hogar!...

No hay más ley universal

que el amor,
y la patria debe ser veneración
al lugar
en que la infancia pasó
en un sueño arrobador
al arrullo maternal...
La patria no es ambición,
ni miserable rencor,
ni desatada pasión...
¡es amor!

. . . .

En la estepa el anciano, la abandonada
tierra infecunda, triste mirando está...
Ya, fatigado y débil,
no puede arar...
¡Del arrogante mozo que fué á la guerra,
qué falta aquellos brazos haciendo están!

. . . .

La moza, en la escondida senda del valle,
melancólicamente canta su amor...

Oid su canción:

«¡Amor!
«¡A la guerra te llevan, mi amor!...
¡Qué lejos te vás!...
¡A la muerte te llevan, mi amor!...
¿Volverás?... no volverás?...
Mi amor es la vida, la guerra la muerte...
¡Ay mis ilusiones y mis alegrías,
que la muerte acechando vá!...»

. . . .

Y en los campos y en la aldea
la canción no suena ya
del mancebo que á la guerra se marchó...
En el silencioso hogar
se oye solo de la madre el supirar
de dolor!

Bravo guerrero que estás
lejos del plácido hogar
sembrando luto y pavor,

no olvides esta canción
fraternal...

¡No hay más gloria que la paz,
ni más ley universal
que el amor!

LA CANCIÓN DE LA AÑORANZA

El temporal violento
reina en la costa brava...
Del bergantín hermoso
que hizo arribar al puerto la borrasca,
á la puesta del sol, sobre cubierta
celebrando el domingo, los marineros danzan...

Su danza es elegre,
flexible, gallarda...
su música es simple, pero es como el aire

del mar y los campos, de pura y de sana!...

Con un dejo triste,
la fiesta acompañan
la tarde que muere, los sordos rumores
del mar en la costa y el viento en las jarcias...

La danza es alegre, la música alegre;
pero hay en la fiesta visiones extrañas
y en el bronco sonar de un pandero,
monótono y blando, cadencias nostálgicas...
Triste y melancólica,
del pandero la nota cansada,
despierta el recuerdo
de los seres queridos que aguardan
las naves ausentes
en costas lejanas...

. . . .
. . . .

Danzan los marineros enardecidos
cual si evocaran

y vivieran su vida
toda en la danza...
Danzan... Sus movimientos
rítmicos hablan...
¡Quizás se remontaron
del sueño en alas,
y en derredor del baile
surge la patria!...

Y al son plácido traido de sus costas,
la visión querida pasa...
la de aquellas venturosas dulces noches
del hogar, nunca olvidadas...
la de tiernas
infantiles remembranzas...
¡la de amores delicados y constantes
escondidos en el alma!...

Y al son plácido, los hombres
que serenos arrostraron la borrasca,
se estremecen y suspiran
en su danza...

Y en la tarde melancólica que muere
y al acorde candencioso de las jarcias...
al son bronco del pandero que repite
su monótona y constante nota blanda,
misteriosa...
sin palabras...
como soplo de caricia de otras tierras,
¡gira en torno de la nave la canción de la añoranza!

OTOÑO?...

Otoño?... ¡no hay otoño!
¡Ni otoño melancólico, ni pavoroso invierno,
ni dulce primavera, ni abrasador estío!
Si arde al beso del sol aquí la tierra
la hielan más allá vientos glaciales,
sin que deje por eso
de rugir el volcán en sus entrañas,
ni de adornar los cráteres la nieve...
¡Como fútiles modas,
como todo, pasaron

también las estaciones!...
Puede el hombre á su antojo
vivir en perennales
climas templados, tórridos ó fríos..,
¡puede buscar la noche sin aurora
y el día sin ocaso!..,

Otoño?... ¡no hay otoño!
Se acortan las distancias,
se borran las fronteras,
los pueblos se confunden..,
¡Ni razas ni estaciones!
Bien pronto todos unos:
los climas, los países,
los pueblos, sus afanes...
Sí, ¡pronto! ¿qué es el tiempo?
Bien pronto sólo Tierra
germinadora, fértil,
poblada, repoblada...
¡y en ella una amorosa
ríente y perfumada primavera!..,

Otoño!... no hay otoño

ni habrá, más tarde, Tierra...
habrá sólo Universo,
viviendo la armonía
serena de los mundos...
Después, acaso, vida y amor tan solamente!

¡BENDITO SOL!

Al despuntar el sol que centellea
sobre los anchos muelles de la ría
que blanquean cubiertos
por el helado manto de la escarcha,
la tropa de rapaces vagabundos,
lo mismo que bandada de gorriones,
baja desde sus nidos de miseria...

—*¡Buen día! ¡Buen día!*—
dicen aleteando...
Y se abren y se esponjan

lo mismo que las aves,
sacudiendo sus pobres
entumecidos miembros,
á la dulce caricia
del sol, padre de todos.

—*¡Buen día! ¡Buen día!*—
repiten con alegre charloteo,
—*¡Aquí, que hay solecico!*—
Y vuela la bandada
de un lado para otro,
buscando los abrigos de los muelles,
calentando sus manos ateridas
con el vaho caliente de sus bocas.

. . . .

¡Oh, sol, pródigo sol! ¡Oh, sol bendito,
que amándonos á todos
haces amar la vida
y haces creer y confíar en ella!
¡Oh, redentor augusto

y alegría piadosa de los pobres!

. . . .

—¡Buen día¡ !Buen día¡—
dicen los cargadores animados
en la ruda tarea,
por el ardiente beso
del sol enardecidos...
—!Ande, muchachos, ande, que el buen día
hay que meterlo en casa¡—

Y en medio del trajín y entre los sacos
que henchidos se revientan y se vierten,
pululan los rapaces,
que en todo picotean,
astutos y taimados
como pájaros listos
que siempre se hallan prontos
á levantar el vuelo.

Mujeres incitantes,
cual sazonada apetitosa fruta,

y precoces mozuelas,
á todo, como el sol, alegres ríen
y triscan y bromean con los hombres
que en el trabajo á veces,
también como rapaces,
ratos de esparcimiento merodean....

Helados viejecitos,
puestos al sol, se animan y sonríen
melancólicamente...

Y todo como el sol y á su caricia,
al alborozo de vivir se entrega.
Gozad, pájaros listos,
picotead contentos,
que se vierte la vida en todas partes...
Mujeres y mozuelas
que á todo, como el sol, reís alegres,
reid sin freno alguno...
Míseros hombres del trabajo víctimas,
dóciles é infelices,
podeis merodear esparcimiento...

Tomad el sol, helados viejecitos,
sonreid todavía...
¡Oh, sol, bendito sol, que á todos llegues!...
Inúndanos á todos,
¡oh, redentor augusto!
¡oh, piadosa alegría de los pobres!

La Canción de la Vida

En el monte oloroso tapizado
de aromáticas yerbas
y dominando el mar; sobre las rocas
que las blancas espumas festonean;
sobre los lechos blandos
de la menuda arena,
las bulliciosas turbas
de los días de fiesta
forman corros alegres
y en soberana libertad meriendan.

Huyen de la ciudad... van como esclavos
        que rompen sus cadenas...
        Huyen los abatidos
que taciturnos la ciudad encierra...
        huyen como esas aves
que hácia otros climas afanosas vuelan...
¡Van á arrojarse en brazos de la augusta
        madre Naturaleza
        que acógelos á todos
envanecida de su prole inmensa!...

Huyen de la ciudad... ríen y gozan...
los baña el sol y el viento los orea...
        Los fatigados cuerpos
pronto recobran sus perdidas fuerzas,
        en alborozos cándidos
        olvídanse las penas
y son todos los hombres más apuestos
y las mujeres son todas más bellas.

Forman corros alegres... ¡son familias!
su libertad y su vivir celebran:

comen, ríen y gozan,
abren puesto al festín á quien se acerca
¡y á los que pasan lejos
llaman á voces con jovial franqueza!

¡Familias venturosas
que á la plácida vida se despiertan!...
¡Corros, alegres corros
dispersos en el llano y en las peñas!...
A la luz de los cielos que amorosa
los acaricia y besa,
y en medio de los campos que riëntes
á su invasión se entregan,
parecen grandes flores...
¡flores en todo su esplendor abiertas!

. . . .

. . . .

Radiante de alegría,
corriendo tras su esposo placentera,
grita una joven madre que en sus brazos
un niño hermoso lleva:

—Mira! mira! Te dice papaïto!...
¿pero no ves qué lengua?
Te dice papaïto! papaïto!...
Mi vida! mi ilusión! Bendito seas!—
y en efusivo arranque,
loca á su pecho con pasión lo aprieta
¡comiéndoselo á besos,
en su ternura maternal deshecha!
. . . .

Con el sano apetito
de saludables hembras,
las soñadoras vírgenes
comen y ríen con la boca llena...
comen, aman y ríen,
se persiguen gritando, cantan, juegan...
rojas están del sol y de alegría...
¡las amapolas son de la pradera!...
Atraidos los hombres
por la alegría y el amor, las cercan,
las arrullan amantes... ¡y al oido
de las vírgenes llega,

como secreto aviso de ignorados
placeres que se esperan,
la anunciación sagrada de la vida
á cuyas ansias misteriosas, tiemblan!
. . . .

Y todos alborotan, todos cantan...
¡es la bandada suelta!...
Y entre el rumor alegre de los corros
dispersos en el llano y en las peñas,
apagando la nota persistente
de las humanas quejas,
¡la canción de la vida, en un suspiro
de conquistada libertad, se eleva!
. . . .
. . . .

Apuestos hombres, bulliciosos niños,
madres de amplias caderas
y encantadoras vírgenes, tesoros
de vida y de promesas:
reid, gozad, amaos

en perdurable fiesta...
¡Bendígaos Dios, familias... Con vosotros
la santa paz y la ventura sean!

La Canción de los Trigos

Han granado ya los trigos
y se muestran opulentos...
¡inundaron de oro puro las anchuras de los campos
y á los hombres el tributo de la vida les rindieron!

¡Han granado!... Sazonadas las espigas,
se inclinaron y cantaron agitadas por el viento,
tristemente, gravemente,
con susurros de misterio:

«No nos venda al oro el hombre
»ni haya más oro que el nuestro...
»todos gocen las cosechas
»que los campos dán espléndidos...
»no nos guarden codiciosos
»en sus trojes los perversos
»y que teman, si nos guardan,
»la venganza justiciera de los buenos...

Y los amos reclutaron segadores,
y los trigos se quedaron en silencio
á los golpes de las hoces, que tendidos en los campos,
hechos haces, los dejaban como muertos.

. . . .
. . . .

Han granado ya los trigos...
Los hambrientos
sudorosos, extenuados,
atiborran de los hartos los graneros...
Y turbada la alegría soberana de la tierra
con el dejo

de fatales, de mortales pesimismos,
de los siervos
resignados, melancólicos,
enan lánguidos y tristes los cantares á lo lejos...
«Dios dispuso así este mundo
»y no tiene el mal remedio;
»Dios hizo ricos y pobres
»y tendrá siempre que haberlos!

s sangrientas amapolas manchan haces y rastrojos,
y los trigos que cayendo
van al golpe de las hoces,
redentores y soberbios,
al caer sobre los campos,
su canción van repitiendo:
»No nos venda al oro el hombre
»ni haya más oro que el nuestro...

Llevan tristes los esclavos á los hombros
las gavillas de los trigos opulentos...
becean las espigas de las trágicas canciones,

tristemente, gravemente, con susurros de misterio...
¡cabecean las espigas
y en las frentes abrumadas van piadosas dando besos!...

La Canción de las Frutas

De frescos tonos,
en todos los colores, en todos los matices,
doradas por el sol, exhuberantes,
sus excelencias y su abundancia
serenamente cantan las frutas:

»Somos las hijas de la verde fronda...
»fuimos hermosas flores
»y hubo tiernos poemas

8

»de amor en nuestros cálices...
»Hoy somos carne, carne fecunda
»de nuevas vidas y nuevas flores...
»¡Venid, comednos, ya que nos damos
»en miel y en carne, pródigamente!...

Y pródigas se ofrecen
¡son exquisitas!
Llénate, hermosa mujer, el halda...
ven y entre besos—fruta de amores—
también comamos las dulces frutas
que dá la tierra... ¡Oh, madre tierra,
fecunda tierra, Dios te bendiga!

¡Se ofrecen pródigas!
A las ciudades vá su tesoro,
las multitudes comen voraces...
¡Oh! no comedlas, ingratos hombres,
no amais los campos,
no habeis abierto sus hondos surcos
ni vuestra frente sudado en ellos!...
¡no amais la tierra!...

¡Oh, qué hermosura!
las ramas fuertes están rendidas
y á nuestro paso la dulce carga brindan espléndidas...
¡Mira qué pomos! en nuestras frentes
dán incitantes...
¡Oh, sanas frutas!
¡como impacientes de que las coman,
maduras caen!...

Mujer hermosa, ven y seamos como las frutas,
ven y vivamos entre las frondas,
ven y cantemos;
nuestras canciones serán hermanas de sus canciones,
de amor henchidas...
ven y cantemos también nosotros:

»Fuimos hermosas flores
»y hubo tiernos poemas
»de amor en nuestros cálices...
»Hoy somos carne, carne fecunda
»de nuevas vidas y nuevas flores...
»¡tomadnos todos!»

¡BENDITAS ONDAS!

La bulliciosa turba de niños
al mar se acerca como bandada de alegres pájaros,
desembarazan de los vestidos sus cuerpos ágiles,
á las caricias del sol y el aire gallardamente
su carne entregan,
al mar se lanzan hechos racimos,
¡ríe la vida!

. . . .
. . . .

Mi compañera, lánguidamente
buscando apoyo sobre mis hombros;
yo en sus megillas, como manzanas,

de puro rojas, dando mordiscos...
riëndo alegres, correteando por los senderos,
hasta las negras húmedas rocas que el mar combate
nos hemos ido, y en los recodos de los peñascos
hemos buscado la fresca sombra,
como pareja de enamoradas aves marinas...

Sobre las peñas, sobre las limpias peñas lavadas,
hemos dejado nuestras molestas ropas ridículas,
y en soberano libre albedrío,
como dos niños, fervientes hemos
hecho en el ara de la grandiosa Naturaleza
¡la ofrenda pura de nuestras carnes!

—¡Oh qué blanquísima!—digo á mi amada—
carnes de nieve, carnes de mármol,
carnes de nácar... ¡oh qué blanquísima!...
¡yo soy el risco,
tú eres la espuma!—

Y entre mis brazos al mar la llevo...
tiemblan las ondas alborozadas...
¡ríe la vida!

HE CORRIDO POR LOS CAMPOS

¡He corrido por los campos!...
me he entregado á la caricia saludable de los vientos...
me ha besado el sol augusto
reanimando mi aterido débil cuerpo...
¡me he sentido revivir en el regazo
de la madre soberana, y mis labios se han abierto
anhelantes á la vida, al abrigo de los montes,
en el lecho de los campos, bajo el manto de los cielos!
. . . .
. . . .

He corrido por los campos con mi amada compañera
y he gozado de sus risas celebradas por los ecos...
Infinitos, como rutas venturosas de la vida,
se ofrecían los senderos...
Los ramajes atraían como nidos misteriosos
y forzados por nosotros, los ramajes se han abierto...
¡En el fondo de los valles y en los altos de las lomas,
de flor llenos,
ostentaban su blancura inmaculada,
como galas virginales de la tierra, los almendros!

He corrido por los campos
y han venido á remozarme la alegría y los deseos...
¡he sentido enriquecerse de energías varoniles
mis alientos!...

De mi débil compañera,
por los sitios escabrosos, he llevado el dulce peso:
¡en mis brazos la he llevado por las trochas y los riscos
y á través de la espesura de los pinos gigantescos!...

Hemos ido hasta el barranco y ascendido á la ladera,

por el sol enardecidos y oreados por el viento...
nos zumbaban las abejas que buscaban afanosas
las dulzuras de sus mieles en la flor de los romeros...

¡Hemos ido hasta el barranco!... la feraz naturaleza
rodeábanos solemne como un templo...
sometidos á sus leyes, devorados por la llama
del eterno amor fecundo nuestros pechos,
se han juntado delirantes nuestras bocas,
y la vida han consagrado nuestros besos
en el lecho de los campos, al abrigo de los montes,
¡bajo el manto azul riënte y apacible [illegible]

En el Hogar

PARA MI NIDO

(A UNA NIÑA)

¿Tú no sabes por qué yo hago versos
y canto incansable como el pajarillo
que busca en los campos, canta que te canta,
 su grano de trigo?
Pues es, dulce prenda, porque como el pájaro
 también tengo nido,

y en él mis hijuelos que sé que me esperan
abierto el piquito...
¡todo el santo día,
pío,... *pío*,... *pío*!...

¿Tú no sabes por qué canto triste?
Pues es porque he visto
sobre el árido campo sin mieses
muerto un pajarillo
que, cantando, cantando, buscaba
su grano de trigo...
es porque deshecho
ví también el nido
y en él sus hijuelos muriéndose de hambre
y abierto el piquito,
¡todo el santo día,
pío,... *pío*,... *pío*,...

Eres Cristiana

Pedazo de mi vida, ensueño mío,
que en tu cunita duermes, y tu alma,
dormidita también, pliega sus tenues
y purísimas alas,
¡pedazo de mi vida,
ya eres cristiana!

Estrella de mis ojos, han caído
sobre tu cabecita las redentoras aguas...
De infinita bondad, con su frescura
llenen tu alma...
Ya profesas, mi bien, la fé de Cristo,

la fé sublime y santa...
¡Pedazo de mi vida,
ya eres cristiana!

Para que seas buena
y sencilla y humilde, prenda amada;
para que la virtud, bendita mía,
sea tu gracia,
y sea tu candor como el aroma
de una flor delicada...
para que, como propias, te conmuevan
las ajenas desgracias
y cifres en el bien ajeno el tuyo,
serafín de los cielos, te hice cristiana.

Para que nunca seas, ángel mío,
de la riqueza y vanidad esclava;
para que nunca sientas los insensatos odios
de religión ó raza;
para que odies las guerras, alma mía,
te hice cristiana.

Para que, toda amor, á todos ames
y seas de los tristes, en la aflicción, hermana;
para que de tus propios enemigos
compadezcas las faltas
y, en piedad infinita,
borre todo delito tu perdón, y tus lágrimas
como divino bálsamo
curen las llagas;
para que tu dolor y sacrificio
luz de alegría lleven á las almas;
¡para que en el martirio, tu propia y redentora
luz te ilumine, te hice cristiana!

Para tí, corazón, ensueño mío
que en tu cunita duermes, y tu alma,
dormidita también, pliega sus tenues
y purísimas alas...
¡para tí, corazón, cuando despiertes,
para tu alma
cuando se bañe en luz, encanto mío,
pedazo de mi vida, son mis palabras.

Consagración

Soltándose del pecho y con los labios
húmedos por la leche todavía;
pataleando inquieta y revoltosa
          sobre la cama tibia
          que los esposos jóvenes
acaban de dejar, queda la niña
satisfecha y en una soberana
          desnudez hermosísima...

Y la madre que, en éxtasis, deshecha
          de ternura, la mira,

en un sublime impulso
de adoración, se inclina
igual que el sacerdote sobre el ara,
¡y consagra ferviente las divinas
carnes, con besos que, en el sexo virgen,
como en sagrado cáliz deposita!

¡ALMA MÍA!

¡Ay mi roncerilla! ¡Ay mi pequeñusa,
qué celo me tiene!
Apenas á casa llego del trabajo,
cuando ya me siente,
y corriendo á gatas, aunque se lastima,
¡alma mía! buscándome viene...

Atosigadita se acerca... su dulce
mimoso vagido, de amor me estremece...
rojas las manitas y las rodillitas
se ha puesto, que sangran, y vérselas duele...
Llega apresurada, tiémblanle las tiernas
piernecitas débiles...

gemequea triste... para que la tome,
los bracitos ansiosa me tiende...

¡Ay mi roncerilla! ¡Ay mi pequeñusa!
¡Apa con el padre! No quiero que ruedes
por el suelo, y así tiradita,
como cosa que nadie la quiere...
Mocosilla, deja... deja que te limpie...
también lagrimitas en los ojos tienes...
¡y cuantas babitas!... ¡Lástima de boca
que atormentan los pícaros dientes!

¡Y estás heladita! Calla y no me llores,
porque me remueves
las entrañas todas,
mi vida, de verte
tan poquita cosa, tan esmirriadilla,
tan tierna y tan débil...

No me llores, alma,
mis brazos son fuertes,
y ya estás en ellos acurrucadita...
¡Alma, no suspires!... ¡Alma mía, duerme!

SIN CONSUELO

Mi padre se ha muerto,
mi madre no llora...
Hay quien tiene secos los ojos... ¡y el llanto
por dentro le ahöga!...

Mi padre se ha muerto,
mi madre no llora...
Hay quien en sus ojos nunca tiene lágrimas

ni sonrisas jamás en la boca!

Mi padre se ha muerto,
mi madre no llora...
¡Hay quien se deleita
devorando sus penas á solas!

. . . .
. . . .

Cuando la desgracia
cruel nos acosa,
me dice mi madre con hondo suspiro:
«¡Si tu padre alzara la cabeza ahora!...»

Y si la fortuna
favorable sopla,
mi madre suspira también y repite:
»¡Si tu padre alzara la cabeza ahora!...»

. . . .
. . . .

¡Pobre madre mía

que ni del consuelo de quejarse goza!...
Mi padre se ha muerto,
mi madre no llora...
yo sé por qué tiene tan secos los ojos...
sé por qué no tiene sonrisas su boca...
sé por qué se esconde
y está siempre sola!...

Mi padre se ha muerto...
¡cuando todos duermen, mi madre solloza!

. . . .
. . . .

LA MALVASEDA

Apenas huele la malvaseda
de mi balcón;
pero es sufrida y en todo tiempo
me dá su olor.

Con poco vive y ama la vida... ¡Ama la tierra!
¡Como unos brazos de enamorada,
tiernas raíces en ella echó!...
¡Son su alegría la fresca lluvia,

los aires puros
y los ardientes rayos del sol!

No es ostentosa la malvaseda;
mas tiene gracia y es, aunque humilde, sólida y fuerte;
si no descuella su delicada modesta flor,
pródiga, en cambio, se dá en sus hojas, se dá en sus tallos,
¡toda perfume, de las raíces al corazón!

Acariciándo las hojas suaves,
¡oh, cuántas veces, como á los besos agradecidos,
de rico aroma la mano amiga se embalsamó!...
¡Como una cosa que sufre y ama,
honda ternura me hace que sienta
la malvaseda de mi balcón!

OASIS

El joven buen esposo
torna de la tarea...
en la paz y el sosiego
de su casita sueña,
y fatigado en la continua lucha
por la existencia,
rendido del trabajo, torna al hogar tranquilo,
refugio en las benditas horas de tregua.

Torna al hogar, en donde

con amoroso celo se le espera...
torna como gozoso pajarillo
que escapó de la jaula y hácia su nido vuela...
le aguarda con el niño al pecho en el regazo
la amante compañera,
¡y el joven buen esposo á la madre y al hijo,
en muda y larga adoración contempla!

De la fatiga del rendido cuerpo
se recobró el esposo; la sonrisilla tierna
del niño, acaso en la abatida frente
disipó la negrura de penosas ideas,
¡y augusto como gracia de los cielos,
en el hogar humilde el dulce idilio reina!

Comiéndoselo á besos y haciéndole arrumacos,
el padre con el niño juguetea,
mientras la madre, que cogido al pecho
al pequeñuelo tiene, se embelesa
mirándolo mamar, y en arrebatos
de maternal ternura, alocada, deshecha

y dándole chillidos entrañables,
contra el desnudo seno con efusión lo aprieta...

El niño codicioso, que con boquita y manos
aférrase á las ubres, se afinca y ronronea,
y en alto los menudos piececillos,
agitándolos, pega
con ellos á su padre, que enajenado ríe
y en las rosadas carnes cosquillea...

—Nene,—le dice el padre—
¿es que al papá le pegas?
No me pegues, cariño, que yo te quiero mucho...
¡te quiero mucho, prenda!...
Y la madre le dice:—No, monino,
al papá se le besa...
Llámale tú con tu boquita, cielo...
¡dí papaïto, estrella!...
—¡Papá!—graciosamente
el niño balbucea,
volviendo la carita,

al par que el pecho suelta...
Los jóvenes esposos
absortos y felices lo contemplan,
¡y una gota purísima de leche
en el botón de rosa del blanco seno tiembla!...

LA CANCIÓN DE LAS MADRES

La canción de las madres
es una delicada
   canción de besos...
breve canción que dura
   lo que los hijos
   en el regazo...
   los hijos tiernos,
¡hermosos y fugaces

como las flores!...

Junto á la cuna
cantan las madres;
su canción es caricia,
queja, suspiro...

«La estrella de mis ojos
ya está durmiendo...
¡ni los ángeles tienen
tan dulce el sueño...»

Madres!... fuentes purísimas;
manantiales de amor, inagotables...
Madres!... madres!... misterios
de inefable ternura;
sagrados vasos de la vida; santas!...
Yo me prosterno ante vosotras, beso
donde pisais y os rindo
mi adoración en elevado culto.

. . . .

. . . .

Cantan... en el regazo
tienen al hijo,
¡y en éxtasis lo miran
y lo amamantan!...
Cantan las madres:

«¡Cuanto se quiere á un hijo,
Dios de mi alma!...
¡Cuanto te quiero, carne
de mis entrañas!...»

Y la vida le dán en el supremo
deleite del amor... le dán su sangre!...
¡Fuentes purísimas!...
¡sagrados vasos de la vida! ¡oh, senos!...

. . . .
. . . .

Hermosos y fugaces
como las flores,
vuelan, al fin, los hijos
desde el tibio regazo de las madres:
los unos á los cielos,

los otros por la tierra,
y espira la canción... Cruel impuso
la pena su silencio...
¡pero aún puede escucharse,
preñada de ternezas infinitas,
la canción de las lágrimas!

CAMARADAS

I

Era ciego el anciano... Vivía
el pobre abuelito
con su hija menor, ya casada,
que tenía un nene,
al cual no podía soltar de los brazos,
por el celo grande
que le había cobrado el pequeño.

Quitándose al niño del pecho, la hija
le dice al anciano: —Tómelo usted, padre,

que me deje hacer algo.
El abuelo
toma al nietecillo
sobre las rodillas, delicadamente,
y su venerable rostro se ilumina
con un gozo vivo
que parece la luz de su älma...
Aquella luz pura
que salir ya no puede á los tristes
apagados ojos.

Ya con él á solas, el abuelo palpa,
con las temblorosas manos la carita
del niño que duerme,
y como una cosa sagrada lo besa,
¡rozándolo apenas con los fríos labios!

II

El nieto se cría saludable y fuerte.
Tiene ya dos años y está á todas horas
con el abuelito...
El uno no puede pasar sin el otro,
y se llevan tan bien, que parecen

viejos camaradas.

Como centinela
vigilante en la más negra noche,
intranquilo y alerta, amoroso,
cuida el ciego del niño: sus leves
menuditas pisadas conoce...
lo adivina cuando
calladito y cerquita lo tiene...
y si revoltoso corre el pequeñuelo,
inquieto lo escucha, alta la cabeza
y atento el oido,
viéndose en el rostro toda un alma ansiosa
que pugna impotente, dolorosa y trágica,
por salir y asomarse á los muertos
dilatados ojos.

Con precoz instinto
y con mimo y con gracia infantiles,
corresponde al amante cuidado
del abuelo, su nieto que tiene
rasgos deliciosos:
—*¡Apa, abelo! ¡Pomer, abelito!*—

dice el niño guíando á la mesa,
de la mano cogido, al anciano.

Y el nieto, que ha visto
poner á la puerta
todas las mañanas, al sol, una silla
para el pobre abuelo,
con sus débiles fuerzas arrastra
la silla, y conduce
también al anciano,
fijando en el rostro
dolorido del ciego, su dulce
despierta mirada,
con gesto piadoso.

Y todas las tardes cuando le prepara
la merienda á su niño la madre,
pide el pequeñuelo para el abuelito,
faltándole el mundo
por llevarle al anciano de todo.

Entonces el ciego

con ternura retiene en los brazos
al niño y lo besa...
y desmesurados abriendo los tristes
apagados ojos,
que en vano en el rostro del nieto se clavan,
con mortal desaliento le dice:
—¡Qué gozo poderte ver! ¡Qué bueno que eres!
¡¡Qué hermoso que debes de ser, hijo mío!!

Cómo hablan las Madres

—Cuento diez hijos,—
dice la madre
—me viven siete,
cinco casados.
¡Lo que se goza con los que viven!...
¡lo que se sufre con el recuerdo de los que faltan!...—

Y en sus ternuras, que son de mieles,
gotas destila de hiel la pena...
De los que viven relata cosas con embeleso,

¡pero la nota de los que faltan
se escucha siempre como un gemido!...

Dice la madre:
—De los que viven estoy contenta:
son buenos hijos y no les falta salud ni suerte;
pero aunque goce por este lado,
¡no se me olvidan nunca los otros!...

Tengo mis nietos,
tan revoltosos que algunas veces
me hacen que ría con sus diabluras y con sus gracias;
pero hay entre ellos una rubita de ojos azules,
roja lo mismo que los madroños,
cuya presencia me pone triste...
porque es en todo la viva imagen
de una hija mía que se llevara Dios á los cielos
¡ya mujercita!...

Yo sé que hay pocos como mis hijos...
de estos que viven, uno es un santo por sus virtudes,
tiene talento que causa asombro;
pero de fijo no fuera en zaga por sus bondades

otro de aquellos...
¡de los que duermen bajo la tierra!

Los dos mayores, de los casados, ya tienen canas,
y siento gozo de verlos fuertes;
¡pero tendría ya, de seguro,
de uno de aquellos tres que no viven,
biznietos grandes!

¡Lo que se goza!...
¡lo que se sufre!...
Cuando á mi mesa logro reunirlos,
uno por uno los voy contando...
jamás me sale cabal la cuenta...
¡faltan los otros!—

MADRECITA

Eres ya mayorcita... tienes, hija,
que aplicarte á las cosas de la casa.
        Ya sois muchos; yo sola
        no puedo con la carga...
        Sin conseguir llevaros
limpitos y compuestos como yo deseara;
        sin poder atenderlo
        todo, aunque me deshaga

y no haciendo otra cosa que dar puntos,
tiempo me falta.

Necesario es que cosas y que planches
y que aprendiendo vayas
á lavar, y el gobierno de la comida y todo,
porque tú estás llamada
á descansarme y, cuando yo no pueda,
á ser la madrecita de la casa.

Tienes qué trabajar, hija, y hacerte,
por tu bien, animosa y resignada.
A la mujer sufrida y hacendosa
todos la alaban,
y el trabajo, hija mía,
es la salud del cuerpo y la del alma.
Tienes que trabajar: con el trabajo,
toda fortuna y bienestar se alcanza;
el trabajo hermosea y ennoblece
á la mujer honrada;
es justo y bueno trabajar, es santo...
¡tienes que trabajar, que Dios lo manda!

Y ahöra, escucha bien lo que te digo:
A tu hermanita quiero destetarla.
Cuando caen malitos y no comen,
con la teta se salvan...
pero tiene dos años, hija mía,
y dará fin de mí, porque me traga.
Al pecho se me coge lo mismo que una loba
y siento, cuando mama,
que me saca la sangre
y se me äbre de dolor la espalda.
Vamos, por eso, á que desde esta noche
duerma contigo: tienes que abrigarla,
haciendo que á tu lado se esté acurrucadita;
pero con cuidadito, no la vayas
á oprimir demasiado
¡Dios mío! y me la ahogaras!
Cuando me eche de menos ¡alma mía!
procura conformarla
arrullándola quedo
con mimos y palabras,
y no me la amedrentes ni la asustes
¡hija de mis entrañas!...
¡hazte cuenta con ella que eres su madrecita,

y así de dulcemente me la tratas!

Hija mía, es preciso:
pronto serás mujer, y estás llamada
á descansarme y, cuando yo no pueda,
á ser la madrecita de la casa.

¡Duerme!...

Tengo á la nena en brazos;
yo la he dormido
cantándole una tierna
canción de niños:

La nena va á dormirse
porque es muy buena...
¡Con su papá, qué á gusto
duerme la nena!...

Duerme, que también duermen
los angelitos...

en las nubes del cielo
quedan dormidos...

Duérmete, pequeñita,
que yo te quiero...
Mañana á coger flores
al campo iremos...

Iremos á sentarnos
cerca del agua,
donde los pajarillos
alegres cantan...

Al monte subiremos
¡arriba! ¡arriba!...
Veremos á la Virgen
que hay en la ermita.

La Virgen tiene en brazos
también su niño:
¡es el Rey de los Cielos
que está dormido!...

La nena va á dormirse
porque es muy buena...
¡Con su papá, qué á gusto
duerme la nena!
. . . .

La nena se ha dormido:

¡qué dulcemente!...
Su santa paz me invade,
mis iras vence,
y mi dolor, en dulce melancolía,
como ella duerme...

Como hilo misterioso de fuente pura,
sigue calladamente mi arrullo tierno,
para mi amor, dormido como los ángeles...
¡para mi älma triste, que tiene sueño!...

Amemos, perdonemos,
bendita mía...
Alma, reposa, duerme como la nena...
¡duerme tranquila!

De largo

¿Si estás hermosa?... Oh, sí! con la hermosura
de un espléndido día cuando nacen
sus tímidos albores, mensajeros
de la radiante luz. Pero me apena
que dejes ya tus galas infantiles
y que te vistan *de mujer*, cuando eres
tan niña todavía... ¡Loco anhelo
de arrebatarte á la dichosa vida
de la riënte candorosa infancia!
¡Qué desmedido afán el de tu madre
y qué ilusión tan cándida la tuya!
¡Qué pueril vanidad! Vestir *de largo*
y velar torpemente la belleza

de tus divinas virginales formas
en su airosa esbeltez, con los inventos
de la moda, ridículos y cursis,
faltos de gusto y natural donaire;
dejar la franca risa con su encanto,
por la afectada seriedad que hiela,
y trocar la pureza inmaculada
de tu casta infantil desenvoltura,
por la estudiada forma comedida
en la que tiene el impudor su asilo...
Y todo para qué! Para arrojarte
á la vida brutal de las pasiones
que con caretas de placer te brindan
el desengaño y el dolor ocultos;
para exponerte en el social mercado,
vendiéndote, tal vez, inicuamente,
y dejarte á merced de otros cariños
que acaso sean disfrazados odios...
Para eso tal empeño... prisa tanta
porque esta placidez de tu inocencia
con esa edad angelical concluya...
¡Qué desmedido afán el de tu madre
y qué ilusión tan cándida la tuya!...

FLORESCENCIA

Como botón cerrado, de amapola
que rompe al sol y en púrpura se tiñe;
con el cándido rostro
de rubor encendido
en un despunte ingenuo
de virginal malicia,
así la adolescente
niña gentil, contando apasionada
está á sus amiguitas
el suceso feliz, y escuchan ellas
como otros botoncitos de amapola

que aguardan, agitados por el céfiro,
romper, al sol, para teñirse en púrpura...

Dice la niña adolescente:
                                        —Vengo
de casa de mi hermana, que ha parido
un nene como un sol: se siente gozo
de tenerlo en los brazos... ¡qué carita!
¡es una rosa á medio abrir!... ¡estrellas
sus ojitos parecen!... ¡qué monino!
Mira sin comprender, como extrañado
de hallarse en otro mundo... Llora... duerme
y, durmiendo, suspira y se sonríe
        ya, como si soñase
        con otra vida... ¡es cosa
        que hace pensar!... Al pecho
        se agarra que parece
que ha nacido enseñado... De hito en hito
lo contempla mi hermana con un celo
¡que el alma se le sale por los ojos!...
        ¡Angel de Dios! Lavándole,
        cuando hemos ido á verle,

le tenían desnudo, ¡encueros vivos!...
¡Qué carnes más hermosas!...
sonrosaditas, blancas...
¡suaves como la seda!...
y el pelito rubín ¡como su padre!—

Así la adolescente
niña gentil, el caso peregrino
cuenta á sus amiguitas,
que abren los bellos ojos admirados...
Y la verdad augusta
que, cual radiante sol, rasga el misterio,
alborea en las frentes candorosas
y hace de los humanos
botones virginales,
¡flores de amor abiertas á la vida!

Comunión

Es la hora, hija mía. Despierta, abre los ojos
al ardiente destello
que de rubor te enciende;
despierta, que con gritos impetuosos,
con gritos de la vida,
á tu sangre y tu älma llama Naturaleza;
despierta que ante tí, bellas, radiantes,
abre la pubertad sus puertas luminosas,
bajo cuyos triunfales arcos, engalanados

de flores y de ensueños,
pasan las vírgenes...

Es la hora, hija mía, de que hägas
acto de comunión en la familia
humana, para gloria
tuya y de todos.
Apréstate á vivir: á dar tu vida
y á vivir en la vida de los demás, la tuya.

Apréstate á ser fuerte
y á luchar y á sufrir. Tú, como todo,
por ínfimo que sea,
tienes una misión, y has de cumplirla.
Date en flores y frutos
pródigamente.
Entrégate á la sana
y natural inclinación, lo mismo
que el agua pura que en las peñas nace
y corre á su albedrío fecunda y bienhechora...

Habla discretamente con tu madre,

como una compañera:
escucha sus palabras amistosas
y penetra el secreto de la vida.

Del vehemente mancebo
que te ronda y te sigue apasionado,
si tu afecto despierta, no rehuyas
la elocuente mirada;
aliéntala, dejando
que delaten tus labios, en sonrisas,
tu alegría fecunda,
y el amante mirar de aquellos ojos,
recógelo en tu älma como divina ofrenda.

Es el acto sublime;
¡cuerpo y sangre te doy en mis consejos
del que fué todo amor! Su ejemplo sigue
de piedad y ternura inagotables
y adórale en los actos de tu vida!

Es el acto sublime:
¡recibe de la copa

sagrada de los labios de tu padre,
la santa eucaristía!...
¡Altar serán los campos,
dosel serán los cielos,
y sus galas pondrá la primavera!

Del Dolor

La Canción de la muerte

Me arrullaba amorosa la muerte
con una voz dulce, y yo le decía:
—No me cantes así, que estoy triste...
¡no me duermas aún, madrecita!...
        déjame que juegue,
¡déjame engañado creer todavía,
        que divierte el juego
        vano de la vida!

CANTO...

Yo canto siempre
¡y es una sola canción mi vida!

Cuando infantiles
mis carcajadas suenan alegres;
cuando es mi risa la mariposa de inquietas alas
que sobre todas las flores vuela,
no es que las negras aves se fueron del árbol triste;
también entonces amargamente canto, bien mío,

¡le canto amores
na alegría que yo idolatro, pero no encuentro!...

ındo en la prosa vil de la vida la hiel apuro;
.ndo en la farsa del mundo necio soy comediante;
.ndo al empuje de los humanos troto entre bestias,
también yo canto:
de las madres que á sus pequeños enfermos duermen,
son mis canciones en esas horas...
¡son el arrullo de mi tristeza,
que es como pobre niña enfermita!

Cuando acaricio tu carne blanca;
cuando retengo furiosamente
tu cuerpo débil entre mis brazos,
canto canciones desesperantes...
¡canto, alma mía, deseos muertos!

cuando lloro, son mis canciones las más alegres;
son mis piadosas santas canciones...
ı aguas puras de misteriosa fuente serena

en donde calman su sed los tristes!...

También durmiendo canto, bien mío:
canto en mis sueños mis ilusiones,
porque, despierto,
jamás consienten que me las forje las realidades...
Yo canto siempre
¡y es una sola canción mi vida!

LA CANCIÓN DEL DOLOR

¡Ven, vida mía! Hay solo una canción:
¡la canción del amor!
. . . .
. . . .
¡Ay, alma mía! Hay solo una canción:
¡la canción del dolor!

I

¡Yo acaricié el ensueño!... ¡yo tuve fé un instante!...
Yo ví tus negros ojos mirarme dulcemente,
yo tuve entre las mías tu mano abandonada,
yo te llegué á besar...
¡Y ví por todas partes miradas amorosas
y manos enlazadas y pechos agitados

y bocas anhelantes buscándose frenéticas
con ávida pasión!

Y entonces, entusiasta, canté la vida hermosa,
creyendo que la fuente de manantiales puros
que el fatigado espíritu soñara inagotable
para calmar su sed,
nunca jamás podría ser otra que esa fuente
por cuya senda pasa con su amoroso idilio,
feliz por un momento, porque soñando pasa,
la eterna juventud,

Por eso aquella noche, ciñendo tu cintura
mi brazo que temblaba gozando tu abandono,
muy solos y muy juntos, te dige tiernamente,
sintiéndome feliz:
«Yo cantaré, bien mío, para que tú sonrías
y goces el deleite del amoroso canto,
que una canción hay solo: ¡la universal y eterna
sublime del amor!»

. . . .

. . . .

II

Si tú supieras, alma bendita de mi älma,
las cosas que he callado, lo mucho que no digo,
las veces que he gozado sufriendo tus desdenes...
¡verías tú, mi amor!
¡Verías tú placeres que me dejaron huellas
de hieles amarguísimas!... ¡Verías amarguras
que al alma le dejaron un peregrino gusto
de delicada miel...!

¡Verías tú, bendita!... Yo soy aquel que ríe
porque en la risa encuentra brutal aturdimiento;
aquel que se embriäga con la nerviosa risa
de argentinado son.
Yo soy aquel que busca la carcajada fresca,
como la rosa mustia la gota de rocío,
como el ardiente labio la cristalina fuente,
donde calmar la sed.

Yo soy aquel que ríe para matar la queja...
la queja dolorida que del cansado pecho
que sufre consumido por el amor humano,
se exhala pertinaz.
Yo soy aquel que entona canciones de esperanza...

canciones saludables de puros alborozos...
¡pero que llevan dentro del alma que las nutre,
la más triste canción!

Canciones en que pongo de las humanas quejas
la salmodía triste que con cadencias íntimas
produce en el espíritu, de la exudante angustia,
la obscura vaguedad;
canciones en que es alma y madre, á un tiempo mismo,
como divina esencia de vida palpitante
y germen de ternuras y germen de alegrías,
la nota del dolor.

. . . .
. . . .

¡Si tú supieras, alma bendita de mi alma!...
¡Yo acaricié el ensueño!... ¡yo tuve fé un instante!...
No hay fuente como aquella que mana la amargura,
para calmar la sed...
Yo cantaré, bien mío, para que tú suspires
y goces las angustias del doloroso canto,
que una canción hay solo: ¡la universal y eterna
sublime del dolor!

LA CANCIÓN DE LAS TRISTEZAS

Tristezas fecundantes, tristezas melancólicas,
amores misteriosos y vagos del espíritu
que en él dejáis en horas de doloroso espasmo,
germinadora esencia del alma de la vida...

Venid á mí, tristezas, pesad sobre mis hombros...
venid enamoradas... venid voluptuösas...
echad sobre mi rostro la sombra de las penas,

poned en mí la marca de intensas palideces...

Venid y quedamente, con abandono tierno,
como hablan los amantes en la callada noche,
¡habladme sin rebozo ni trabas torturantes
á solas y en la noche discreta del espíritu!

Venid y dulcemente... ¡desapiadadamente!
con la pasión sincera de los amantes ciegos,
secretas confesiones hacedme enamoradas,
aunque atormentadoras mi espíritu conturben.
. . . .
. . . .

Así las evocara y en la secreta noche
vinieron las tristezas é, igual que melancólicos
amantes doloridos, ¡á mi cansado espíritu
cantaron el supremo deleite de la vida!

«No hay nadie en este mundo contento con su suerte;
»aquello que se alcanza no nos hará felices;
»del perennal deseo tan solo existe el goce...

»¡de lo soñado siempre, mas nunca conseguido!

»Somos amantes fieles... ¡las más fieles amantes!
»las del amor intenso, las del amor que mata,
»más amorosas cuanto más de nosotras huyen,
»teniendo para todos caricias dolorosas...

»Somos la inestinguible pasión que en todos late,
»suplicio, al par que goce, y aliento de la vida:
»nuestra deidad es Tántalo y Tántalo es el mundo,
»que sufre la inefable tortura del deseo.

. . . .

. . . .

»—¡Dadme los besos todos de todas vuestras bocas!—
»muriéndose de amores el hombre suspiraba,
»en tanto que abstraídas en sus amores vanos
»las vírgenes pasaban eternamente vírgenes!...

»Nosotras lo adormimos con nuestro triste arrullo...
»El hombre suspiraba:—¡Dadme los besos todos!...—
»¡Nosotras recogimos en el amargo cáliz

»de la infinita pena, sus inefables ansias!...

. . . .

. . . .

Cantaron las tristezas después más débilmente
las místicas ternuras de los deseos idos...
Con lánguida sonrisa, con desmayado acento,
cantaron melancólicas... ¡cantaron añorantes!...

LA CANCIÓN DEL YUNQUE

I

Alegrando los valles
el alba asoma,
y el yunque su argentina
canción entona...
Tin tán! tin tán! tin tán!
tin! tin! tin!...

Junto al camino puso el herrero

su fragua tosca:
la negra fragua
de fáuces rojas...
Canta el herrero
y el fuelle sopla...
Y el forjador que el hierro
candente doma,
batiéndolo, sus golpes
sobre él redobla...

Canta el herrero: su voz es limpia como los puros timbres del yunque. Canta el herrero, dios de la forja:

«Nadie, si tú no fueras, me domaría,
porque soy hierro...
¡pero es que tú, zagala de labios rojos,
eres el fuego!»

Su amor y su trabajo,
siempre amorosa,
compendia y acompaña
la alegre nota...
Tin tán! tin tán! tin tán!
tin! tin! tin!...
¡la canción argentina

que el yunque entona!

. . . .

. . . .

Cuantos más golpes recibe,
más intensas puras ondas
lleva el yunque de su acento por los valles,
escas, limpias, cristalinas, insistentes, vibradoras...

Y del yunque
son las notas,
:petidas dulcemente por los ecos de los valles,
claras, tenues, delicadas, vagorosas,
ya cercanas
ó remotas,
como quejas, como voces de los tristes
que soportan
resignados la tortura de los golpes
de una vida dolorosa...
¡como quejas, como voces de almas puras
que en las penas se acrisolan
y que viven dulcemente

la tristeza de amarguras misteriosas!

. . . .

. . . .

II

Alegrando los valles
el alba asoma,
y el yunque su argentina
canción entona....
Tin tán! tin tán! tin tán!
tin! tin! tin!...

Pasaron por el valle
las alegrías, las penas hondas...
como racha de viento
pasó la vida, fugaz, ruidosa...
pasó callada después la muerte...
dejó al herrero sin ilusiones... solo en la choza...
¡por compañera,
su fragua tosca!...

Desde entonces el herrero ya no canta:

con la rumia de sus penas en silencio el hierro forja,
y á los golpes del martillo,
la canción del yunque, sola,
repetida dulcemente por los ecos de los valles,
dá sus notas
¡frescas, limpias,
insistentes, delicadas, vagorosas!...

LA CAJA LINDA

I

Fiestas reales
hay en la casa
y están alegres hasta las peñas
de la cañada,
cuyos despiertos ecos repiten,
en la profunda noche tranquila, las risotadas...
Es que el bautizo de su pequeño
celebra alegre, con toda pompa, Tomás, el guarda,

es tan buenazo Tomás que, al darle Dios este hijito,
que es el primero, colma sus ansias.

Blasa, su pobre mujer, sonríe
desde la cama,
donde en los brazos tiene al pequeño,
cuya carita como una rosa fresca resalta
sobre la ropa
como la propia nieve de blanca...
Blasa sonríe
ver al pobre Tomás que lleno de gozo baila.

. . . .

. . . .

II

Por la vereda
de la cañada,
acerca un hombre, que aún viene lejos,
y por las trazas
es, de seguro,
Tomás el guarda...
Alguna cosa

vistosa y maja
trae bajo el brazo... Es una cosa de azul de cielo
y al sol reluce cual si tuviera cantos de plata...
Ya me figuro lo que es: sin duda,
Tomás, del pueblo vuelve á su casa
y es lo que trae para el pequeño,
que dicen todos que está que encanta.
¡Oh, qué contento traerá el costoso juguete el pobre
Me lo imagino: viene que salta...
piensa en su nene
que se alboroza con el regalo que no esperaba...
piensa en la madre que, envanecida,
con toda el alma,
le dice: «¡Has hecho divinamente!... ¡poco me páece
pal hijo mío, la gloria misma que le compraras!»

. . . .
. . . .

Tomás se acerca...
ya se vé claro que es una caja
lo que debajo del brazo trae...
de azul de cielo... con relucientes cantos de plata...

linda... ¡muy linda!...
¡pero es de muerto la linda caja!

. . . .
. . . .

El golpe sienten hasta las peñas
de la cañada
¡cuyos despiertos ecos repiten, en la profunda
noche tranquila, los dolorosos ayes de Blasa!...

LA PROMESA

I

¡Pobrecita Lola!
Lola la del *Huerto de la pasionaria...*
tan malita se encuentra la pobre,
que milagro será si se salva...

¡Pobrecita Lola! parece mentira!
¡si vendía salud, de tan sana!...
Siempre tan sencilla, siempre tan alegre,

¡tan buena muchacha!...

Su madre está loca
de pena, no duerme desde há tres semanas...
de la cabecera, de la pobrecita
Lola, no se aparta...
¡se parten las piedras
de oir sus palabras!...

Ayer, de rodillas,
la infeliz estaba
diciendo con toda
la fé de su älma:
—¡Virgen de mi vida, no me desampares!...
¡Madre soberana,
te prometo subir de rodillas
á tu ermita, si á mi hija me salvas!...—

¡Del huerto callado,
donde ya no canta
Lola como en tiempos,
también se levantan

así como rezos, cuando el viento agita
rumorosamente las frondosas ramas!

. . . .

. . . .

II

En lo alto del monte la ermita se encuentra
como un copo de nieve de blanca!...
La escabrosa cuesta sube de rodillas
una pobre mujer fatigada,
cayendo de bruces infinitas veces,
de fuerzas ya falta...
¡la frente se ha herido, punzado las manos!...
¡sus rodillas sangran!...

Lola, que la sigue,
se deshace en lágrimas,
y la pobre mujer, que es su madre,
¡lleva de alegría radiante la cara!

LA INCLUSERA

I

Suspiran los pobres esposos con pena
cuando ven los niños...
declinan los años
y no tienen hijos...
acerca el invierno que corona las frentes de nieve
¡y el hogar parece que tiembla de frío!

Declinan los años,
pero hay sobrinitos

que invaden la casa
de los buenos tíos...
Bandada de pájaros
fieros, tragoncillos,
que escapan volando y huyen de las trojes,
una vez embuchados de trigo...

II

Desesperanzados
de los sobrinitos,
una asiladita
tomaron los tíos,
¡monina, muy blanca
y rubita como un angelito!...

Y al ver á la intrusa,
perversos, ladinos,
aquellos rapaces
fieros tragoncillos,
al hogar volvieron
de los buenos tíos...
—¡Échala, que es fea!

—¡¿A qué habrá venido?!
—¡Habrá la inclusera!... ¡Si á tí no te quieren!...
—¡Échala, tiïto!

Y las artimañas
de los tragoncillos;
las debilidades
y la sangre que tira un poquito,
quieras que no quieras,
fué vuelta al Asilo
la pobre inclusera, que murió al invierno
como un pajarillo
tirado en la nieve...
nina, muy blanca y rubita como un angelito!

. . . .

III

Quedaron un día
las trojes sin trigo,
volaron los pájaros
¡y el hogar helado se muere de frío!

REVELACIÓN

I

El anciano cruza la calle, abatido,
con mortal cansancio, con pasito lento,
encorvado y triste
que dá pena verlo.
Nadie le acompaña. En quien apoyarse
no tiene su débil, vacilante cuerpo.
Debe de ser solo. ¡Solito en el mundo,
sin esposa, sin hijos,... sin nietos!

II

¡Qué alegría me dás, primavera!
Me revelas piadosa el secreto.
No se encuentra solito en el mundo,
¡qué alegría tengo!
Es día de fiesta y he visto al anciano,
que muy de mañana, con cuidado tierno,
¡en la mano llevaba un ramito
de claveles frescos!

LA CORONA DEL DOLOR

(A UNA REINA, EN SU PASO DE CALVARIO.)

Aún más bella yo te encuentro
con tu cara melancólica...
¡El dolor se ha enamorado
de tí también, reina hermosa!

Bien aventurados, reina,
los que lloran...
dichosos los que en las penas

se desposan...
lazos de amor dolorido
no hay quien rompa...
¡y el dolor no á todos pone
su corona!

No te aflijas porque llores,
que la cara, cuando lloras,
reina bella,
tienes de la Dolorosa...

Reina augusta,
más augusta por lo buena y lo piadosa;
yo venero el dejo triste
de tu cara melancólica,
y en tus sienes la corona del martirio,
¡que de Dios fué la corona!

EL CUENTO DE NUNCA ACABAR

I

Me contaba sus cuitas el triste...
dolorosa historia
que infinitas veces me contara ya:
penas, desalientos...
la historia de siempre,
¡sin fin como el cuento de nunca acabar!

Yo me la sabía toda de memoria;
de tanto escucharla,
la aprendí del principio al final:

pesada, monótona, ¡la historia de un triste!...
lamento de angustia
que fin en la vida no espera jamás!...

Y él me la contaba sabiendo á conciencia
que yo la sabía... ¿mas qué le importaba,
si en él era el caso contar y contar?
Como fuente cautiva en las peñas,
manaba y manaba cuando hallaba cáuce
por donde sus aguas corrieran en paz,
y yo lo escuchaba como el cáuce abierto
que alivia la fuente
y oyendo las cosas que cuentan las aguas,
las deja pasar...
¡Contaba y contaba la historia de siempre,
sin fin, como el cuento de nunca acabar!...

LAS ACACIAS

Ya no vive nadie en ella
y á la orilla del camino silenciosa está la casa...
se diría que su puerta la cerraron para siempre,
que cerraron para siempre sus ventanas...
Gime el viento en los aleros,
desmorónanse las tapias...
á su puerta cabecean tristemente,
combatidas por el viento, las acacias!...

Todo ha muerto! los cantares y el bullicio... Se marcharon
los que fueron la alegría y el calor de aquella casa...

Se marcharon silenciosos... unos, muertos...
otros, vivos, que llevaban
¡desdichados!
muerta el alma...
Se marcharon silenciosos... ¡silenciosa
despedíalos la casa!...

¡Todo ha muerto! Por señal de vida, en torno,
solo quedan las acacias,
e movidas por el viento cabecean tristemente
y á lo lejos en la noche se destacan
como seres misteriosos, que abatidos,
una historia de tristezas comentaran.

. . . .

. . . .

›lorido, fatigado de este viaje de la vida,
he pasado por la puerta de la casa...
silencio de la noche y el silencio de la muerte,
ır el viento quejumbroso solamente se turbaban
¡y la historia de tristezas,
abatidas, me han contado las acacias!...

IDILIO

Se despereza lánguido y sonríe
el solitario parque á la alborada
tibia de Abril:
juegan las mariposas; las abejas
en las corolas húmedas
liban su miel,
y despiertan los nidos y las flores
al beso de la luz.

En el antiguo estanque

que las obscuras ovas invadieron,
vierte sus claros hilos
la taza rebosante
del viejo surtidor,
y, acaso melancólicos,
abstraídos, su imagen miran en el inquieto
verde cristal,
un lirio de blancura inmaculada,
un granado de flores encendidas
y un vetusto ciprés.

Y en el recogimiento fecundo de la augusta
dulce quietud,
se han amado un instante tiernamente
mi älma y el jardín.

LA ROSA

Niña de manos blancas,
finas como la seda,
acabas de dejar el blando lecho
y andas lánguidamente
por el jardín, mirando
el césped, abstraída y melancólica,
como si en la mañana
cálida despertase
también tu alma de virgen.

Niña de manos blancas,

has cogido una rosa
de pérfidas espinas...
¡absorta, no reparas
que entre tus dedos tienes
la más encantadora de las flores,
pero también ¡oh, niña!
la más cruel de todas!

Niña de manos blancas
finas como la seda,
con embeleso miras
á un gallardo mancebo
que ronda tu jardín y cuyos ojos
bellos, en tí se fijan expresivos...
El dulce aroma de la rosa aspiras...
¡oh, pobre niña lánguida,
te hieres y suspiras!

¡COMO LA NIEVE!

Ganando voluntades
  voy poco á poco
para ver si la tuya
  ganarme logro...

Ya no murmura nadie
  porque te quiero
ni porque ven que á verte

de noche vengo;

las ranas y los grillos
siguen cantando,
por más que cerca de ellos
suenen mis pasos;

no me hieren las zarzas
de los caminos;
¡pienso que, al vadearlo,
se amansa el río!...
. . . .

Ganando voluntades
voy poco á poco
para ver si la tuya
ganarme logro...

Ya no ladran tus perros
al acercarme,
viene á mis piés el gato,

duerme tu madre...

Calor me presta todo...
todo me quiere,
¡menos tú siempre fría
como la nieve!

ABISMO

El arrogante viril mancebo
junto á la reja las noches pasa...
¡Ay del mancebo cuyos ardientes ojos obscuros,
de los azules ojos no aparta!...
¡Ay del mancebo que á la caricia mortal se entrega
de las menudas manos lascivas, suaves y blancas!

. . . .

Murió el mancebo... Lo consumieron los claros ojos

con su insaciable febril mirada...
¡lo consumieron con su caricia
las manos blancas!...
Tras de la reja,
la niña cándida
de los azules y claros ojos,
¡mira á los hombres con su insaciable febril mirada!

. . . .

CABECITA LOCA

¿Por qué ese hociquillo?
¿por qué estás llorosa?
¿por qué tu pañuelo rompes con los dientes
y estás nerviosilla, cabecita loca?
No te pongas triste... no anubles el cielo
bonito y alegre de tu cara hermosa...
no frunzas el ceño, nubecita mía,
¡deja que en tu frente se ría la aurora!...

Tú te pones triste, porque aquel mozuelo

que tú quieres tanto, se divierte y goza...
tú frunces el ceño y estás rabiosilla,
porque estás celosa...
Deja que el mozuelo
se divierta y corra...
verás como vuelve luego que se canse...
¡verás como vuelve, cabecita loca!

. . . .

. . . .

Ya pasó el chubasco, nubecita mía...
¡te enojó el mozuelo y él te desenoja!
Ya pasó el chubasco y en los dos hoyitos
de tu cara linda, la risa retoza...
Ya pasó el chubasco, pero yo estoy triste...
ya ves tú qué cosas...
¡Yo no soy quien te quita el enojo,
nubecita mía, cabecita loca!...

LA CADENA

Cruzaban alegres la verde pradera
los recién casados...
rudo y fuerte el mozo como roble nuevo,
y ella, delicada como joven álamo...
Jugaban, corrían... riëndo tiraban
el uno del otro, cogidos del brazo,
como dos eslabones unidos
¡y á la intensa llama del amor forjados!
. . . .

Por la verde pradera volvían

los recién casados
sin reir, sin ansias,
rendidos, despacio...
Como de una carga, tiraban, el uno
del otro, del brazo...
para siempre unidos...
¡como dos eslabones forjados!

VEN Á SUFRIR

Ven á sufrir, amigo... ven hermano!...
no te espante el dolor:
deja que viva el alma las angustias
y en ellas busque la piadosa unción.
¡Ven á sufrir!... Para la lucha humana
tu aliento agigantarse sentirás
en los helados nidos de los tristes
en donde falta el pan.
¡Ven á sufrir!... En las eternas quejas
de eterno padecer,

verás el nunca satisfecho anhelo
del suspirado bien.

. . . .

Vén y verás los ojos que no lloran,
cansados de llorar,
y los labios que ignoran qué es la risa,
de no reir jamás!

LA DANZA

Era un rapazuelo de zalamerilla
despierta mirada:
—Una limosnita, por Dios, caballero,
que tengo á mi madre malita en la cama!—
Como el dulce mirar de sus ojos,
tiernas, mimosillas, eran sus palabras...
¡pero se perdían
de la gente trivial en la charla,
como en ancho río de revueltas ondas,

un hilillo de agua!...
Porfiädo el tierno rapaz no desiste
ni, menos, se cansa,
y acude á sus tretas:—Una limosnita!...
Caballero, bailo?—
—A ver cómo bailas?—
Baila el rapazuelo,
y es graciosa y obscena su danza...
baila el rapazuelo que tiene á su madre
malita en la cama!

. . . .

EL GRUPO TRISTE

Los ví destacarse del torpe gentío
que frívolo turba la paz de los muertos...
Con su blusa negra
iba el pobre obrero,
y, á su lado, con negras ropitas
sus tres pequeñuelos...
La profunda tristeza en sus rostros
y el luto en sus cuerpos,
bien claro expresaban que el grupo sentía

de una madre el fatídico hueco.

. . . .

Cerca de una fosa
pobre como el muerto,
yo los ví sollozar silenciosos
y sentí su congoja en mi pecho.
Los húmedos ojos clavados tenían
con ternura infinita en el suelo,
¡como si quisieran
penetrar en la tierra con ellos!...

Ya están todos juntos, pensé con tristeza,
ya están todos juntos y el grupo completo;
no falta la madre... bien cerca la tienen
¡llenando su hueco!

EN EL TORMENTO

Trabajó en el trapecio la niña,
sus débiles miembros estaban cansados...
—¡Que baile! que baile!—gritó el insaciable
público, entre salvas ruidosas de aplausos...
Al tormento sumisa, la niña
bailó jadeänte, bailó sin descanso,
¡¡y el aplauso sonaba en el circo,
cual salvaje chasquido de látigo!!

DESPEDIDA

La humilde y enlutada mujer, la pobre madre,
aún joven, pero ya como un desecho
inútil de la vida,
enferma y agotadas
por el trabajo y el dolor sus fuerzas,
con angustia, á la puerta se detiene
del obrador, y á la delgada niña
de retrasada pubertad, que escucha

llorosa y en silencio,
le dice con voz débil profundamente triste:
—No puedo más, me faltan alientos, hija mía!
Me voy al hospital, piden mis huesos
caer en una cama
para no levantarse... Necesita
mi cuerpo descansar... ¡descansar para siempre!
¡Si tu padre viviera!...
¡quién me lo había de decir, Dios mío!...
Sobre todas las cosas,
hija, te recomiendo
tus pobres hermanitos:
en el asilo están, y las hermanas
han quedado conformes
en que allí te recojas; cuida de ellos...
aplícate y que seas
mujercita de bien... ya ves que tienes
que servirles de madre,
porque puede, hija mía,
¡que nunca os vea más... que ya no vuelva!—

Y la niña y su madre,

arrasados de lágrimas sus ojos,
besándose en silencio,
¡para siempre, quizás, se han separado!

VENUS DOLOROSA

Venció la miseria,
la gran Celestina despótica y bárbara,
prestando su ayuda la noche de invierno
con sus desamparos y sus amenazas...
Venció y en la sombra vendiose la virgen
de rostro de niña, de carita pálida...
¡la sombra piadosa
su rostro velaba!
Venció la miseria...
Las sensuales manos palparon con ansia

las vírgenes carnes
¡que, ateridas de frío, temblaban!...
Y al sentir el temblor angustioso
de la virgen hambrienta y escuálida,
las manos del hombre
temblaron sin ansias
¡y en la sombra piadosa la virgen
de rostro de niña quedó inmaculada!

. . . .

L PERRO DEL SALTIMBANQUIS

Dentro del corro que se divierte,
cansado está:
flaco, sin fuerzas y jadeänte,
falto de pan...
con su despierta dulce mirada
parece hablar...
ser posible, qué triste historia nos contaría...
¡qué triste historia de cruëldad!

r los caminos y las campiñas y las ciudades,

corro le hicieron las necias gentes con torpe afán
y á latigazos, el saltimbanquis
le hizo bailar...
corro le hicieron y celebraron con risotadas
el triste ahullido del pobre can!...

Dentro del corro que se divierte,
cansado está:
flaco, sin fuerzas y jadeänte,
falto de pan.

. . . .

. . . .

La vida es ésta.
¿Del latigazo del saltimbanquis, quién libre está?
Por los caminos y las campiñas y las ciudades,
los miserables seres humanos marchan igual:
cansados... tristes...
¡y al latigazo del saltimbanquis, hay que danzar!

REBELDES

Si eliminase de aquí estos versos rebeldes, hurtaría indignamente algo de mi humilde personalidad literaria.

Yo he tenido mis horas negras... (¡quién no las tiene!) En esas horas han nacido estos versos... Son hijos de mi rebeldía, preñada de un amor infinito á la verdad, á la justicia y á los débiles...

Puede excusarse la lectura de estas páginas y debe excusárseme la flaqueza.

Vicente Medina

A MI MUSA

Pobrecita musa mía
desolada;
plañidera humilde musa
que tristezas solo canta,
vete lejos
que importunas y nos cansas...
Deja en paz á los felices...
¡gime á solas, pobre enferma, del dolor enamorada!

Como el frío de la bruma nos invade tu tristeza...
nuestra risa con tus aires melancólicos apagas

y nos tornas pensativos
y provocas nuestras lágrimas...

Musa simple y primitiva,
musa cándida,
vete lejos ó por otros
tus sencillos temas cambia...
¡Vete lejos!
vete ó canta
las brillantes tradiciones
de la patria...
¡perpetúen tus acentos la epopéyica grandeza
que en gloriosos timbres luce la viril valiente raza!
Sacrifica tus ingenuos arrebatos...
Inocente musa, calla
las verdades afrentosas, las miserias repugnantes,
lo asqueroso, lo que sangra!

No repitas tus canciones
melancólicas y amargas,
que no dejas á los hartos digerir tranquilamente,
¡musa mía!... ¡pobre enferma, del dolor enamorada!

¡Son los sinceros!

¡Dejadles paso, que son los débiles!
Son los viciosos, son los abyectos,
son los esclavos de sus flaquezas,
¡son plumas leves que lleva el viento!

¡Dejadles paso! No son cobardes
viles hipócritas; no son de aquellos
que, porque saben velar lo impuro

de sus pasiones, pasan por buenos.

¡Dejadles paso, que son los malos!
¡los del estigma!... ¡no hay que temerlos!
no son abismos impenetrables...
¡son anchos campos al mundo abiertos!

Dejadles paso, que son sencillos,
que son humildes, que son ingenuos...
son los que tienen la valentía
de sus acciones... ¡son los sinceros!

EL DELIRIO DEL HAMBRE

«¿Lo quereis? pues disfraz: el más de moda,
de la moral y la razón afrenta.
De hoy para atrás, idiota me declaro
y abjuro ¡vive Dios! de mis ideas.
Seré, para igualarme con vosotros,
todo lo vil que os empeñais que sea:
apóstata, servil, rastrero, infame,

hipócrita, canalla, sinvergüenza...
¡seré el más despreciable de la odiosa
raza del mal que con los buenos medra!»

. . . .

¡Así gritaba el mísero harapiento,
del hambre en la horrorosa borrachera!...

La Canción del vicio

Rebelde y dolorido, brutalmente sincero,
con arrogancia noble, con dejo de verdades
amargas y terribles, el vicio, allá en sus antros,
cantó la más extraña de todas las canciones...

Oid lo que cantaba:
—«Me señaló el estigma,
impetro vanamente una piedad que sienta

la compasión sin límites de todos los dolores
¡y el implacable acoso de la virtud padezco!...

Compadeced mi lucha, oid como un quejido
mi blasfemar terrible, cuando en las negras horas
contengo mis deseos desesperadamente,
¡lo mismo que á salvajes desenfrenados potros!...

Mi blasfemar, entonces, es la protesta ruda
contra las necias trabas que la moral impone...
¡esa moral ridícula que, hipócritas, consagran
los viles y los débiles que más la prostituyen!...

Yo soy el maldecido dolor desheredado
que todos exacerban, aunque lo sufren todos...
¡no ven ¡oh, miserables! que el bálsamo que cure
los males de la vida, será la tolerancia!

Yo soy cobardemente por todos combatido,
y todos en la sombra son luego mis secuaces...
Si cínico me ostento, la sociedad se espanta,
y ese cinismo mío redimirá á los hombres!...

Debemos ser sinceros, brutalmente sinceros,
como la propia vida nos haya revelado,
pues la virtud segura que á la verdad nos lleve,
será la combatida sinceridad del mundo.

¡Viciosos!... ¡oh! ¡qué saben los fríos moralistas!...
Hay muchas de las grandes virtudes proclamadas
que son enormes vicios... Entre los grandes vicios
anatematizados ¿no habrá virtud alguno?

TEORÍA DEL PLACER

Gozar la vida...
¡cuán fácil es!
Grandes placeres ¿Pero hay, acaso, placer pequeño!
¡qué insensatez!

Y el saboreo de futilezas y nimiedades?
¿Y el goce puro de los dolores, no lo es también?
¡Gozad la vida ¡Gozadlo todo
que, si se goza, todo es placer!

Gozar la vida...

¡cuán fácil es!
Basta quererlo,
basta creer...
:r que el goce que disfrutamos es todo el goce,
y por entero darnos á él.

Una mirada de amor es todo;
) os miraron, aún que os miraron podeis creer:
soñadlo y basta,
acaso sean las realidades sueño también!

Para los pobres es mi teoría...
¡Tristes, sabed
que es patrimonio de toda vida
y que esperando
lo despierten, dentro de todos duerme el placer.

Gozar la vida...
¡cuán fácil es!
)orde mismo de los sedientos abiertos labios
corren las fuentes, ¡tristes, bebed!

VERDE

Frescos tus labios húmedos
como carnosos pétalos
de rosa alejandrina
cuajada de rocío...
frescos tus labios abres
y muestras tu atrayente
boca sensual, que insulta
toda quietud austera...
Late tu seno, hinchado
por el suspiro ansioso,

mostrando tu garganta
blancuras impecables...
Te inclinas y lascivos
me besan tus cabellos
voluptuösamente
con su raudal de öro,
y ríes candorosa
y siento que me turbas
con el mirar profundo
de tus pupilas garzas...

. . . .

Repara en que me pones
á prueba, vida mía...
Repara que despiertas
mis bárbaros instintos
y que si tú, imprudente,
cayeras en mis brazos,
¡serías gota de agua
sobre candente hierro!

TÁNTALOS

Yo observé aquella lucha
de ansias locas de amor, de *ellas* y de *ellos*:
lucha sorda y horrible
que carcomía los ardientes pechos...
lucha contra la torpe tiranía
de sociales preceptos...

Observé la protesta en las miradas
cargadas de pasión y de deseos...

en los hondos suspiros...
en los latentes senos...

Y ví con claridad incontrastable,
que hubieran todos proclamado, á un tiempo,
la santa libertad de los amores,
reconocida como bien supremo...

Mas nadie se atrevió, por más que todos
estuvieran de acuerdo,
y siguió la batalla de miradas,
dulces suspiros y latir de senos...

Uncidos á un brutal puritanismo,
ví que tenían, débiles ó necios,
¡sus labios en la fuente de la vida,
y morían sedientos!

INGENUA

Nos cercaba y oprimía
la compacta muchedumbre de la fiesta,
y á mi lado se pusieron con la anciana
los dos jóvenes:
él, simpático;
ella, fresca, sana y linda...
¡de hermosura saludable y sonriënte!
Parecían y debían de ser novios,
porque, al verlos en pareja cariñosa,
recordábanse los pájaros que se reunen en el bosque

para hacer juntos un nido...
Mas, á un tiempo,
omeäban y reían como hermanos,
y su risa no temblaba
n las hondas inquietudes del deseo.
. . . .
mo cosa presentida, inevitable,
y empujados por la gente,
de la joven
juntó la mano suave con la mía
y el encuentro delicado
fué atrayente... cual de cosas que se äman,
que se buscan silenciosas y discretas
y que viven el misterio de la vida...
las manos se oprimieron dulcemente,
calladas se adoraron en el beso de la carne,
calladas y febriles elocuentes se dijeron
la pasión devoradora,
con las olas impetuosas de la sangre,
con el fuego de las venas,
¡y quedaron enlazadas!
Tuve entonces
la visión deslumbradora de la dicha,

y pensé con alborozo,
llena el alma de ternuras inefables:
«¡Son hermanos! ¡Son hermanos!»
Ni una frase de los labios profanó las delicadas
confesiones de la carne,
y la misma muchedumbre
que inconsciente nuestras manos enlazara,
como viento que arrebata las semillas de los surcos,
ir nos hizo opuestamente.

. . . .

A otro día pude verla, pude hablarla,
y vilmente se mintieron nuestros labios:
—¿Y aquel joven?—yo le dije con fingida indiferencia.
—Es mi novio—me repuso ingenuamente.

¡POBRE MADRE!

Depravada meretriz escandalosa
que hace gala de impudencia
y con cínicos cantares
el burdel inmundo atruena,
ni un asomo de rubor ni sentimiento delicado,
ya le queda!...
En la calle
y á la puerta,
como esfinge
del dolor y la vergüenza,

con los ojos escurridos de llorar desesperada,
la abatida madre espera...
¡Pobre madre! Triste clama dolorida:
—¡Ay mi niña!... para verla
de este modo,
más valía que la hubiese visto muerta!—

. . . .

¡Pobre madre! Dormidita en el regazo,
cuántas veces la meciera
y arrullara el dulce sueño largas horas
en las noches de dolor y de miseria...
¡cuántas veces, asustada de los riesgos de la vida,
apretara contra el seno á la linda pequeñuela!
¡Ay su niña!... con qué mimos la críara!...
¡qué ilusiones en su niña tuvo puestas!

. . . .

La abatida triste madre,
desolada, del burdel está á la puerta,
y la hija, con injurias y bestiales improperios
la atormenta:
—¡Qué mareo! No te canses,
no me llores y no vuelvas...
¡Tus pingajos y tu cara, que parece

que te vás cayendo de hambre, me avergüenzan!
Puedes irte
y hazte cuenta
de que he muerto!...—
Y la triste madre clama:
—Para verte de este modo, ojalá que te murieras!—

LOS TERRONCITOS

Junto á las mesas del café se paran
los haraposos vagabundos niños
y piden plañideros con vocecitas tiernas
un terroncito...
¡junto á las mesas en donde ríen
indiferentes los hombres frívolos!...

Amargo sabe el moka
y amargo es el acento de los niños...
ávidos miran

y alargan su hociquito...
Conforme echo el azúcar en mi taza,
me parece robar los terroncitos
y, como si amargasen,
el moka está amarguísimo...

Junto á las mesas
están los niños...
«¡Tomad azucar!»
«¡Tomad!»—les digo
Y al ver que se relamen ¡oh, qué dulces
me parecen aquellos terroncitos!

LOS SOLDADOS

En la columna marchan,
cogidos como buenos camaradas, del brazo,
dos jóvenes reclutas
rubios como las mieses doradas de los campos...
Son casi niños; hablan
y evocan con encanto,
llenos de simple ingenuidad, la aldea,
las montañas azules y los valles lejanos...
Hablan de sus amores, de las fiestas alegres,

de su triscar, felices, en el prado...

Y al son de cantinelas infantiles
ó de amorosos fraternales cánticos,
¡á matar ó á dejarse matar en la pelea,
sin que sepan por qué, van los soldados!

LAS ALMITAS BLANCAS

A las honras fúnebres de un rico, llevaron
á las pobrecitas niñas asiladas:
por uno de aquellos que imperar hicieron
las iniquidades, la injusticia humana,
á impetrar clemencia llevaron las víctimas...
¡tristes angelitos de carita pálida!...

Y en el templo que el lujo pagano
con sus flores del mal profanara,

flores del martirio,
sumisas, humildes, las niñas oraban...
¡Como lirios pálidos
movidos al aura,
por un alma negra,
clemencia pedían las almitas blancas!

LA CANCIÓN DEL DINERO

«¡Dinero, dinero, dinero!»

Con obsesión estúpida, con terquedad de idiotas,
idólatras del oro, los ví pasar frenéticos
cantando su canción bestial y cínica:

«¡Dinero, dinero, dinero!»

De irracional codicia poseídos,
brutales é impertérritos,
pasaron los idólatras del oro

desenfrenados, ebrios,
acariciando las monedas sucias
con lascivo deleite entre sus dedos
y acompañando su canción de imbéciles
con el vil asqueroso tintineo.

Pasaron los imbéciles
enriquecidos y jamás contentos,
en su ambición estúpida insaciable,
pobres y eternamente pordioseros;
pasaron por el mundo
tacaños y ruïnes y perversos,
sordos á la razón y á la justicia,
sordos á los gemidos y á los ruegos...
¡pasaron por el mundo
á su canción grosera solo atentos!

Al esplendor del oro,
pasaron por el mundo deslumbrados y ciegos,
sin ver jamás ¡oh, topos despreciables!
la riqueza infinita de lo bello;
pasaron, buscadores de tesoros,
¡oh, miserables réprobos!

sin ver los infinitos
que en la bondad y el bien hallan los buenos;
pasaron los imbéciles,
y á toda noble exaltación, acérrimos,
su baba repugnante
soeces escupieron
cantando su canción bestial y cínica:

«¡Dinero, dinero, dinero!»

Pasaron los idólatras, pasaron y engreídos
por la corte de míseros rastreros,
(imbéciles también, que coreaban)
proclamaron soberbios,
que era el dinero el Todopoderoso,
el Dios grande y supremo...
Y consagrado el Dios de los imbéciles,
como glorioso Hosanna, se alzó del Orbe entero
la estúpida canción bestial y cínica:

«¡Dinero, dinero, dinero!»

L VERDUGO DE LOS POBRES

Fosco, impasible, fiero:
como inhumano déspota, implacable;
como esbirro cruel, desapiadado,
atormenta el invierno á los humildes...

Á los humildes!... Vedlos
temblar acobardados
en los umbrales fríos
de la morada rica

que el invierno servil jamás traspone...
¡Vedlos vagar errantes
de hueco en hueco por la helada sombra,
silenciosos y tristes,
como almas condenadas,
por el cierzo inclemente combatidas!...

Gime la madre en el portal; en vano
trata de cobijar á sus hijuelos
que tiritan de frío...
Vacila y cae de bruces
el anciano sin fuerzas
que sin calor de nadie,
¡siente desamparado
penetrar en sus huesos
el frío de la muerte!...
Dando fin al trabajo con el día,
sin fuerzas, extenuado,
fustigado el obrero miserable
por el frío del cielo y de los hombres,
desesperado marcha
sin que alumbre su paso ni una estrella...

¡le señala su rumbo el negro caos
de la noche fatídica!

. . . .
. . . .

Se diría que tiemblan los hogares
de los desheredados,
al aliento glacial estremecidos...
Pueden temblar, á fé, que está á sus puertas,
con todos sus tormentos,
¡el verdugo implacable de los pobres!

VIEJA HISTORIA

Como ascua de oro luce el palacio
donde celebran la esplendorosa fiesta brillante,
y en el soberbio salón, un triste juglar de penas
cuenta una historia que, por lo vieja, no escucha na(
—Hay pobres gentes
que pasan hambre...
—¡Historia vieja más importuna!...
¿quién no la sabe?
¡Cerrad la puerta
que pasa el aire!

—¡La pobre anciana
murióse de hambre!...
—¡Vuelta á la historia!
¡Traed manjares!...
—La pobre anciana...
—¡Que siga el baile!
¡Cerrad la puerta
que pasa el aire!...—
Ahogada queda la vieja historia
por el alegre son de los valses...
las gotas puras
de la llovizna tenaz que cae,
cual misteriosas lágrimas, brillan
en los cristales,
¡y al azotarlos, suenan en ellos
cual si llamasen!

. . . .

¡DULCE PAZ!

Junto al hogar estábamos
felices y tranquilos...
fuera zumbaba el viento
y atormentaba el frío...
En su camita blanda, dichosos, abrigados,
dormían nuestros hijos...

Como otras veces, á mi buena esposa
le dige compasivo:

—Los pobres rapazuelos vagabundos
en los portales buscarán abrigo.—

Fuera zumbaba el viento...
á los desheredados atormentaba el frío...
En su camita blanda
dormían nuestros hijos
¡y en nuestro hogar estábamos
felices y tranquilos!

¡TODOS DELINCUENTES!

Su mano inflexible puso la Justicia,
del rapaz apresado, en el hombro...
¡La mano inflexible, fría como el mármol
y pesada lo mismo que el plomo!...
El precoz pilluelo
llevaba la angustia pintada en el rostro...
lágrimas y súplicas
llevaba en los ojos...
¡Su queja tenía
plañideros tonos!...

Me acordé de su madre... yo hubiese
saltado por todo...
yo hubiese arrancado
la mano del hombro...
¡la mano inflexible, fría como el mármol
y pesada lo mismo que el plomo!

. . . .

A pesar de la marca infamante
que el precoz pilluelo llevaba en el rostro,
ví al rapaz como víctima triste...
¡como delincuentes, á los hombres todos!
Llevaba el delito
pintado en el rostro...
¡como nimbo purísimo vieron
su angustia mis ojos!...
Me acordé de su madre... yo hubiese
saltado por todo...
yo hubiese arrancado
la mano del hombro...
¡la mano inflexible, fría como el mármol
y pesada lo mismo que el plomo!

MERCADO

En balde solloza la mísera anciana
y en vano con ruegos humildes pretende
que le fíen más pan en el puesto...
¡las quejas son tantas, que ya no conmueven!
Oid lo que dice
la anciana, estremece:
—¡Pasan hambre mis hijos, mis nietos...
¡señor, que se mueren!...—
A la puerta, la joven aguarda:
sus ojos son bellos y son elocuentes...
¡no quisiera saber lo que piden!...
¡¡no quisiera saber lo que ofrecen!!
. . . .

EL PAGO

Pasaron altivos, austeros y graves,
¡la frente muy alta!...
sus siluetas obscuras y tristes
la prisión pavorosa tragaba...
Eran los rebeldes, redentores trágicos
que sintieron la ajena desgracia...
¡y en cuyos hundidos ojos parecía
que dejaron huella las ajenas lágrimas!...
Eran los rebeldes... ¡¡las gentes ¡idiotas!
con indiferencia glacial contemplaban
cómo las siluetas obscuras y tristes
la prisión pavorosa tragaba!!...

PERDÓN, CARAS TRISTES

Perdón, rostros helados...
¡helados como días brumosos del invierno!...
Perdón, caras tranquilas...
¡tranquilas como tumbas de la alegría muerta!...

Perdón, si ante vosotras reí plácidamente...
perdón, caras obscuras, estáticas y graves...
perdón, si ante mis ojos, pasando inadvertido,
mostró el dolor su gesto... ¡su gesto soberano!

De hoy más, ante vosotras me humillaré tan solo..
¡tan solo ante vosotras que sois lo más augusto!
Pedid, que la alegría del mundo os pertenece...
¡pedid á los que ríen, que os roban vuestra risa!

LA PENA DEL TALIÓN

. . . .
. . . .

Y dando cima á la labor inmensa
de santa redención, y arrebatando
en pos de sí las redimidas turbas,
la Venganza subió sobre el hermoso
carro triunfal llenándolo de obreros,
y con acento soberano, dijo:
—«¡Ya los domé! Uncidos al potente
carro del triunfo van; llevan la carga

de los que fueron sus esclavos viles...
¡De su propio delito el peso sufren!...
Sobre su innoble afeminada carne,
no endurecida por trabajo alguno,
mi látigo se agarra; y al deleite
que me produce su dolor, mis fuerzas
se centuplican y descargo el odio
que las opresas razas devoraron,
hundidas en el cieno de los siglos,
por los crímenes de ellos arrojadas.

. . . .

¡Tirad cual viles bestias, miserables!...
Sufrid de la venganza contenida
el loco ensañamiento... ¡Sólo es vuestra
la culpa que engendró tantos horrores!»

MIS AMORES

MI REINA DE LA FIESTA

Verás: yo soy lo mismo
que aquel romero triste del alto de la sierra...
igual que aquel romero de pálidos verdores
y de áspera corteza
que, desmedrado y viejo,
de flores todavía se viste en primavera
y todavía ofrece su néctar delicado
que buscan las abejas.

Yo romperé mi lanza

también en el torneo brillante de las letras.
Tras la anhelada gloria,
yo agotaré mis fuerzas
y tiraré un tesoro:
¡el escondido y santo tesoro de mis penas!

Yo también tengo amores...
Yo también tengo reina
á quien llevar del triunfo
la delicada ofrenda...
Yo también tengo amores, pero los tengo lejos...
tan lejos que no aguardo que ya á mi lado vuelvan...
Se fueron una tarde de otoño en que las hojas
de los añosos álamos se desprendían secas...
¡Se fueron una tarde,
con su mirada triste, con su sonrisa tierna!...

Se fueron y me aguardan...
Há tiempo que me espera
¡durmiendo eternamente
debajo de unas flores, mi reina de la fiesta!

EN LA SENDA

Parece que el tiempo no pasa... parece
la misma la senda...
¡parece que un sueño
fué solo la ausencia!...

Todo está lo mismo:
con sus frescos verdores la huerta...
la orilla del río con sus ruiseñores...
la casita blanca... la tupida reja...

trillado el camino...
sembrado de huellas...

Todo está lo mismo que entonces: desliza
su corriente tan mansa la acequia,
que bien se podría decir que paradas
se quedaron sus aguas serenas...
¡Todo está lo mismo... los cañaverales
cosas misteriosas rumorosos cuentan!...

Parece que el tiempo no pasa... La gente
no olvida un detalle de la historia nuestra
y, con embeleso, todo aquel idilio
de nuestros amores relata y comenta...

De la malvarrosa
que un Sábado Santo te puse en la reja,
plantaron un tallo que se hizo una mata...
¡qué cosas más tristes su olor me recuerda!...
Me parece ese olor el aroma
que dejaste, al pasar, en la senda...
¡qué aroma tan triste!...

¡qué sabor tan tuyo, tan íntimo deja!...

Parece que el tiempo no pasa... Me acuerdo
como si ahora fuera...
Cantando y dichoso
corría la senda,
y tú me esperabas...
¡ya nadie me espera!

. . . .
. . . .

Parece que el tiempo no pasa... ¡sí pasa!...
No es la misma el agua que vá por la acequia
ni los mismos los frescos verdores
que tuvo la huerta...
Tampoco es la misma la casita blanca:
cambiaron su reja,
y ya no la cubren
las enredaderas...
¡No fué solo un sueño... no fué solo un sueño
de dolor la ausencia!

. . . .
. . . .

El aroma dulce de la malvarrosa
mis felices recuerdos despierta...
el aroma dulce lo embalsama todo:
tu casa, la tapia del huerto, la senda...
¡y siento mi älma
saturada de la honda tristeza
de que se impregnaba tu mirada amante,
tu sonrisa tierna!...

Cosas misteriosas
los cañaverales rumorosos cuentan...
¡los cañaverales misteriosos hablan
con recogimiento de las cosas muertas!...

Parece que el tiempo no pasa... parece
la misma la senda...
¡¡qué ha de ser la misma, si adonde antes se i
no se vá por ella!!

LA CITA

Yo tengo fé y aguardo... me arrulla en mis ensueños
la vaga y misteriosa canción de lo infalible...
de los amores nuestros, la cita venturosa,
más tarde ó más temprano, de fijo ha de cumplirse.

¡Nos hallaremos juntos, por fin, amada mía!...
¡Nos hallaremos solos!... ¡Nos hallaremos libres!...
¡Aquellas inefables ternuras de mi espíritu,
que de él nunca salieron, podré entonces decirte!

Comprenderás entonces aquellas amarguras...

aquellas tiranías de esclavo, incomprensibles...
aquellas despiadadas torturas del cariño...
aquel feroz encanto del goce de lo triste...

Comprenderás entonces aquellas incoherencias...
aquellos desvaríos... aquellos imposibles...
por qué ríen las almas cuando los ojos lloran...
por qué lloran las almas cuando los labios ríen...

Yo tengo fé y aguardo; es tal mi confiänza,
que en nadie tuvo nunca más hondas sus raices:
espero en esa calma discreta en que recogen
con celo codicioso su pena los humildes.

No temo la insidiosa mortificante duda...
no temo ya los celos con su demencia horrible...
no temo tus devíos, ni temo mis afanes...
¡la fé de que me esperas, de todo me redime!

No temo ya el olvido... no temo que sus nieves
las ansias infinitas de mi pasión enfríen...
¡Nos unen de tal modo la ausencia y el cariño!...

¡Te vivo en la nostalgia de cosas tan felices!...

Me esperas, sí, me esperas... es la verdad sin dudas...
la dulce luz del alba... ¡del alba de los tristes!...
Yo tengo fé y aguardo... ¡la venturosa cita
de los amores nuestros, de fijo ha de cumplirse!

Yo tengo fé y aguardo... me arrulla en mis ensueños
la vaga y misteriosa canción de lo infalible...
Más tarde ó más temprano, nos juntará la suerte...
¡¡más tarde ó más temprano, también he de morirme!!

ALMA POPULAR

A más de las composiciones que única y
mente se dán en este grupo, lo forman también, re
algunos cantares, cantinelas, etc., originales del mi
que ya aparecen en otras poesías de este libro y
obras suyas.

Nuestro objeto al hacerlo así, es el de recoger
esta parte su característica literaria, genuinament

CANTARES

*

Mì barraca está en la huerta
y en la huerta está mi novia...
¡es el mentarme la huerta
como mentarme la gloria!

*

Las barracas de la huerta
se les páecen á los níos...
¡dentro de tu barraquica
cantas como un pajarico!

*

¡Qué bien lava mí nena!
¡qué ropa tiende!...
la va ejando blanquica
como la nieve...
¡Páece que el agua
al pasar por sus manos
sale más clara!

*

Cuando mi horica me llegue,
quiero morirme en mi tierra...
¡verla al cerrarse mis ojos
y tener mi hoyico en ella!

*

¡Vidica, vidica mía,
vidica, qué cosas tienes!
siendo la vidica mía,
¡cómo estás siendo mi muerte!

*

Trempanera m'has salío
como la flor del almendro...
¡cuánta flor trempanerica
se yela ó se lleva el viento!

*

Me tienes despreciaïco
y por otro te deshaces...
¡A unos to el mundo los quiere
y á otros no los quiere náide!

*

Yo me quisiera morir
porque el que muere descansa...
¡yo me quisiera morir
sin saber que tú me matas!

*

Flores de mi naranjico
tus palabricas no salgan...
¡de un naranjico que tengo
en el que la flor no cuaja!

*

¡Tan lejos *aquél* de mí!...
¡tan cerca como á *éste* tengo!...
El que está lejos, ¡qué cerca!...
El que está cerca, ¡qué lejos!...

*

Mi barraca es un palacio,
mi marido en mí se mira...
¡yo no le tengo en su trono
ni á la propia reina envidia!

*

La estrella de mis ojos
ya está durmiendo...
¡ni los ángeles tienen
tan dulce el sueño!...

*

Aunque te laves y laves,
manchaïca te has de ver,
como está la cantarica
ande tós van á beber.

*

Yo no probé una fruta
que apetecía
y recuerdo la fruta
todos los días...
¡de las que pruebo,
lo que dura su gusto
dura el recuerdo!

*

Busca ande te hagan laïco
y ande te traten mejor,
¡que esa es una lumbrecica
que á ti no te dá calor!

*

Dicen que las palabras
se lleva el viento...
¡mentira, que las tuyas
van en mi pecho!
¡Qué ha de llevarse,
si las tengo clavadas
como puñales!

*

Si es que Dios no lo ha dispuesto,
lo ha dispuesto mi querer:
¡ó has de ser pa mí solico
ó pa náide tiés que ser!

*

Cariñico que empezó
en un Domingo de Ramos,
¡quién había de pensar
que acabara en Viernes Santo!

*

Yo me pensaba que era
tan facilico
el apagar la lumbre
de aquel cariño...
¡Ay, lumbrecica,
cuánto dura el rescoldo
de tus cenizas!

*

Eres probe y eres peña
que por los suelos te vés
¡y que vás ande te rulan
los que te dán con el pié!

*

Muertecica pa mí solo,
cuando pa tóicos vivía...
¡y abora, viva pa mí
y pa tóicos muertecica!

*

Sin piedad mandas tus hijos
á la guerra á que los maten...
¡cómo se conoce, Patria,
que no eres tú quien los pare!

*

Aunque es raro, tén por cierto
que mató una misma bala
á un soldado, allá en la guerra,
y á su madre aquí en España.

*

Cuando vuelva, si es que vuelvo,
Dios sabe lo que hallaré...
¡si una bala mata á un hombre,
el tiempo mata á un querer!

*

No he tenido carta tuya,
pero de mi madre sí...
¡y aun no le he escrito á mi madre
y otra vez te escribo á tí!

CANCIÓN DE AMOR

(ALBORADA)

MOZOS.

Niña, que viene el día...
en las cumbres alborea...
en celo cantan los ruiseñores en la espesura...
¡Mi amor, despierta!...

MOZAS.

¡Mi amor, soñando estaba!...
¡si tú supieras!...

TODOS.

En los picachos, allá arribita,
como un suspiro que sube al cielo,
canta la niña, muerta de amores:

«¡Ay el mozo moreno,
aquél de los ojos negros
que echan fuego!»

Y allá abajito,
por el sendero
de la cañada,
pasa el mozo moreno...
¡aquél de los ojos negros
que echan fuego!

Por el sendero
canta el mozo moreno,
y su cantar como una caricia dulce,
mimoso y tierno,
se pierde lejos,
como un ensueño...

«Voy por el hondo
de la cañada...

Arribita el cielo,
arribita vives...
Se cuajó en tu cara,
niña de mis ojos, la nieve más pura
de las cimas altas...
Arribita el cielo, arribita vives...
¡Cuando paso miro como una esperanza,
allá en los picachos, arriba, arribita,
tu casita blanca!»

La canción de la niña
y la del mozo moreno,
en el aire se dán besos...
Así juntan su pïar y sus gorgeos
los ruiseñores en celo...

)8.

Así quiero
que me quieras,
estrella de la mañana, lucero!

ι8.

«¡Ay el mozo moreno,
aquél de los ojos negros

que echan fuego!...»

MOZOS.

Mi amor, no duermas que viene el día
y en las cumbres alborea...

MOZAS.

Mi amor, soñando estaba,
¡si tú supieras!...

CANTINELA DEL PASTORCITO

Al caer de la tarde,
siempre suspiro...
si es de pena ó de gozo,
no sé decirlo...

Dime lo que es, mi niña,
si tú lo sabes,
¡que también tú suspiras
todas las tardes!...

A la fuente vas por agua,

yo te escucho cuando cantas, y te sigo...
yo te veo cuando pasas y suspiras,
¡y suspiro!

Cuando pasas no me canso
de mirar á la estrellita de la tarde...
no me canso de escuchar el cencerrico
del rebaño que se aleja por el valle...
Dí, mi niña, por qué es esto,
si lo sabes...

Cuando miro la estrellita,
me parece ver tu cara...
cuando escucho el cencerrico,
me imagino que tú cantas...
Que tú cantas
y te sigo...
¡que tú pasas y suspiras!...
¡y suspiro!

LA CANTINELA DEL SEGADOR

(CREPÚSCULO)

Es la horita dulce de las ilusiones
y de los ensueños...
¡Te quiero!...

De allá abajito,
de allá abajito vengo...
donde las espigas y los olivares,

agitados por el viento,
se dicen: «¡Te quiero!...»

El sol á la tierra,
en su último beso
le dice: «¡Te quiero!...»

Y los cielos mismos
con sus estrellitas y luceros,
en la noche serena parece que al mundo le dicen:
«¡Te quiero!...»

Es la horita dulce de las ilusiones
y de los ensueños...
¡Te quiero!...

LA CANTINELA DEL MARINERO

*

El agua turbia en el río,
en el mar el agua amarga...
¿En donde te escondes,
que la sed me abrasa?
¿En donde te escondes, fuente de agua pura,
fuente dulce y clara?

*

Cara rebonita

que en el espejito
del agua te miras...
En el mismo espejo,
cara rebonita,
¡en el mismo espejo te miras que el cielo!

*

Yo tengo para mis penas
consuelito de esperanzas,
que he visto, mirando al río,
que el agua turbia se aclara.

*

Marinero perdido en los mares,
ya despeja el cielo...
ya tienes estrella
que te lleve al puerto...
¡Tú serás mi estrella,
cara rebonita de los ojos negros!...

ARRULLO

La nena va á dormirse
  porque es muy buena...
¡Con su papá, qué á gusto
  duerme la nena!...

Duerme, que también duermen
  los angelitos...
en las nubes del cielo

quedan dormidos...

Duérmete, pequeñita,
que yo te quiero...
Mañana á coger flores
al campo iremos...

Iremos á sentarnos
cerca del agua,
donde los pajarillos
alegres cantan...

Al monte subiremos
¡arriba! ¡arriba!
veremos á la Virgen
que hay en la ermita.

La Virgen tiene en brazos
también su niño:
¡es el Rey de los Cielos
que está dormido!...

La nena va á dormirse
   porque es muy buena...
¡Con su papá, qué á gusto
   duerme la nena!

. . . .

LOS CABELLOS DE ORO

(CANCIÓN DE NIÑOS)

I.

El rostro tiene la niña
divino como su cuerpo:
como la flor del granado
tiene sus labios de fuego;
como las aguas azules
tiene sus ojos de cielo;
pero...
más hermosos tiene,

tiene, tiene los cabellos.

Su voz es dulce y amante,
es amoroso su gesto,
y el alma la tiene hermosa
como su rostro hechicero;
pero...
más bellos que todo
tiene, tiene sus cabellos.

Rubios, rubios como espigas
con su cinta azul sugetos...
hebras de sol, por lo finos,
finos como el pensamiento...
como un torrente de oro
cuando se los deja sueltos...
¡Qué hermosura, qué hermosura,
qué hermosura de cabellos!...

Prendado está de la niña,
prendado un galán apuesto...
También ella está prendada,

prendada del caballero...
Él le dice enamorado,
le dice con embeleso:
«Me encantas con tu dulzura
y con tus ojos de cielo;
me encantas con tu sonrisa
y con tus labios de fuego;
pero...
no me encanta nada,
nada como tus cabellos.»

«Como tus cabellos de oro,
dorados son mis ensueños...
cuando ya seas mi esposa,
me recrearé con ellos...
los alisarán mis manos,
los perfumarán mis besos...
para mi sueño más dulce
de cabezal los deseo...
¡para que me aten las manos
te los pido, si me muero!...»

La niña está emocionada,

la niña guarda silencio;
no se despegan sus labios,
no alza sus ojos del suelo;
pero...
su amor y su dicha
salen al rostro hechicero
en el carmín que lo enciende,
como alborada en el cielo...

II.

Muy mala tiene á su madre
la niña de ojos de cielo:
la de los cabellos de oro,
la de los labios de fuego...
Y la niña, atribulada,
ha ido tempranito al templo
y llorando y de rodillas,
á la Virgen del Consuelo,
por la salud de su madre
¡le ha ofrecido sus cabellos!...

. . . .

. . . .

Ya tiene buena á su madre
la niña de ojos de cielo:
la de los cabellos de oro,
la de los labios de fuego,
y su promesa ha cumplido
con la Virgen del Consuelo.
En ras en ras se ha cortado
la mata de sus cabellos
y en el altar de la Virgen
ha ido ella misma á ponerlos.
En el camarín parecen,
con su cinta azul sugetos,
hecha un haz de fina seda,
la propia luz de los cielos...
pero...
¡cuentan que la niña
llevaba el rostro hechicero
más blanco que una azucena,
cuando volvía del templo!

REY RENDIDO

Recuerdo de la Isla de Wight
Palacio de Osborne Abril } 1906.
Cowes Agosto }

(CANCIÓN DE NIÑOS)

I.

A la isla encantadora
llegó la nave extranjera:
¡es tan gallarda la nave,
como la isla poética!

En la nave manda un rey
y en la isla una princesa...

El rey á rendir tributo
viene en su nave de guerra.

El rey viene prisionero
y esclavo de la princesa...
¡á rendir cetro y corona,
vencido á sus plantas llega!

. . . .
. . . .

II.

A la isla encantadora
vuelve la nave extranjera..
El rey viene prisionero...
Manda la nave la reina...

Prisionero viene el rey
y esclavo de la princesa:
¡no lo rindieron las armas,
que lo rindió la belleza!

¿QUÉ DIRÁN?

Isla de Wight
Cowes, Agosto, 1906.

(CANCIÓN DE NIÑOS)

Las muchachas de la isla,
las que te vieron marchar
tan humilde, tan llorosa,
¿qué dirán?
¡Princesa te vieron ir
y reina te ven llegar!

Las que contigo, tan buena,

jugaron de igual á igual,
las que tanto te querían,
¿qué dirán?
¡Princesa te vieron ir
y reina te ven llegar!

Los que contigo bailaron,
los que soñaron, quizás,
prendados de tu belleza,
¿qué dirán?
¡Princesa te vieron ir
y reina te ven llegar!

Los pobres, los abatidos
y los niños sin hogar...
los tristes que consolabas,
¿qué dirán?
¡Princesa te vieron ir
y reina te ven llegar!

LA NIÑA BUENA

(CANCIÓN DE NIÑOS)

—Niña, se vé que eres buena;
niña, se vé que eres sana;
niña, se vé que eres limpia
como los chorros del agua.

¿A dónde vas tan ligera
y sola, tan de mañana?
¡Como una rosa de Mayo
llevas de hermosa la cara!

—Voy á la fábrica aquella
que está al pié de la montaña:

aquella grande que tiene
las chimeneas tan altas.

Voy ligera porque pronto
darán las tres campanadas,
y quiero estar en mi puesto
para no perder mi plaza.

Mantengo á tres hermanitos;
mi madre está enferma en cama;
mi padre, que era tan bueno,
hace un año que nos falta...

Me levanto muy temprano,
aún más temprano que el alba,
y ya me dejo á estas horas
arregladita mi casa...

—Anda con Dios, hija mía:
si hermosa tienes la cara,
¡más hermosa, niña buena,
debes de tener el alma!

EL SECRETO

(CANCIÓN DE NIÑOS)

Es la niña tan hermosa,
que el mirarla, maravilla:
blanca como la azucena
tiene la cara divina...
hebras de sol sus cabellos...
de nácar sus manos finas...
Siendo tan bella ¡tan bella!
siempre está triste la niña.

Es el galán más apuesto

el que por ella delira:
por ella diera tesoros,
por ella diera la vida;
por una reina y un reino,
su amor no lo trocaría...
Siendo amada ¡tan amada!
siempre está triste la niña.

Ella tiene bellos trajes,
ella tiene joyas ricas;
tiene en la ciudad su casa,
tiene en el campo su quinta;
tiene carruajes, lacayos
y doncellas que la sirvan...
pero, aunque tiene de todo,
siempre está triste la niña.

Es, la niña, la más buena,
la más amable y sencilla;
bordando, pasa las horas
en dulce melancolía...
se sonríe, se sonríe,

pero sus labios suspiran...
Niega que ella tenga penas,
pero está triste la niña.

Dicen que el galán le dice:
«¡Qué triste estás, alma mía!»
Dicen que ella no contesta,
que ni siquiera lo mira...
¡Dicen que él, tan amoroso,
con ser ya su prometida,
no ha conseguido un «te quiero»
de sus labios, todavía!

. . . .
. . . .

La niña ya se ha casado,
¡qué bella y triste que iba!...
su cara blanca ¡tan blanca!
ya de mármol parecía...
¡Al dar el sí, según cuentan,
se vieron en sus megillas
temblar dos lágrimas puras,
como dos perlas divinas!

LAS TRES NARANJITAS

(CANCIÓN DE NIÑOS)

Pues una vez un príncipe se disfrazó de pobre
para correr el mundo buscando una doncella
que, por sus propios méritos, sin interés ninguno,
su corazón le diera.

El príncipe la busca que tronos y coronas
y adoración merezca...
el príncipe la busca
mejor que rica, hermosa... mejor que hermosa, buena...

Anda que te anda por el mundo,

buscando su amor,
fatiga y de sed muerto el príncipe,
n castillo encantado llegó.

ı la sed que lo abrasa va y coge,
el príncipe ansioso,
de un naranjo verde,
tres naranjas de oro...

Parte la primera,
uajada de piedras preciosas
sale una princesa...

El príncipe le dice
: de sed y fatiga se muere;
pero ella, al verlo pobre,
se vá sin responderle.

Parte la segunda:
sale otra princesa
:, de tan hermosa, como un sol deslumbra.

El príncipe le dice

que de sed y fatiga se muere;
pero ella, al verlo pobre,
se vá sin responderle.

Parte la tercera:
la princesa que ahora aparece
se vé que es un ángel de humilde y de buena...

El príncipe le dice
que de sed y fatiga se muere,
y ella vá, corriendo, y en sus manos blancas
agua cristalina le trae de una fuente...

Esa es la que el príncipe
para esposa quiere...
la que vá corriendo y en sus manos blancas
agua cristalina le trae de la fuente.

AIRES MURCIANOS

MURRIA

¡De fijo mi madre
las horas mortales llorando se pasa!
Ya sabe la pobre
que naïca en el mundo me salva,
que me encuentro malico del pecho,
que día por día las fuerzas me faltan,
que lo mesmo que lus sin aceite,
poquico á poquico, mi vida se apaga...
Yo me pienso que el mal que me acora,
más bien que en el pecho lo llevo en el alma...
Por volver á mi tierra, tan sólo
son töas mis ansias,
¡y, de hallarme tan lejos, la murria
me corca y me mata!

. . . .

¡Llévate esa copa,

no me dés más agua!...
Pa apagar la sequía que tengo,
me tenías que dar una jarra
de aquellas tan limpias
que están corgaïcas debajo e las parras...
de aquellas tan frescas
que, gotica á gotica, tresmanan!...

¡Llévate esas flores,
que es muy fuerte su olor y me daña!...
Pa olorcico suave, aquellos rosales,
aquellos claveles, aquellas alábegas...

¡Quítame esta ropa,
que el cuerpo me abrasa!...
¡Pa ropica aquella tan asolaïca...
aquella tan blanca
que alzaïca me tiene mi madre
en lo hondo del arca!...
. . . .
¡Me muero! ¡No tengo
ni gelepa siquiá de esperanza!
No es, con tóico y con ello, la pena

que más me acobarda,
que al fin y al remate,
quien muere descansa...
Mi dolor es morirme tan lejos...
Yo quisiá morirme bebiendo aquella agua...
¡pué que el olorcico de los azadares
me resucitara!

. . . .

Diles que me lleven... ¡diles que me lleven,
anque llegue ya muerto á mi casa!...
que aquella ropica,
que en lo hondo del arca
alzaïca me tiene mi madre,
me la pongan siquiá de mortaja...
¡que me abrigue mi cuerpo mi tierra!
¡¡mi tierra del alma!!

¡SIEMPRE TE CONOCERÍA!

Nena que por cara tienes
una rosa alejandrina;
nena de los ojos negros
y de la boca encendía;
nena la del seno altico
y pelo como la endrina;
murcianica por el habla,
por el querer murcianica...
yo, ande te viera en el mundo,
siempre te conocería.

Zagala del Verdolay,
huertana de Albatalía,
de tu natural graciosa
y sin maldá ni malicia:
te lleven ande te lleven,

te llamarás Carmencica,
te llamarás Rosarico,
te llamarás Doloricas...
Yo, cuando oyera llamarte,
siempre te conocería.

Te vayas ande te vayas,
te llevarás tus ropicas
de huertana: tu refajo,
tu armaör, tu mantellina...
y anque te llegues á ver
ande otras hablas se estilan,
yo sé que dirás «nenico»;
yo sé que dirás «bonica»...
y yo, si te oyera hablar,
siempre te conocería.

Te encuentres ande te encuentres,
serás siempre la mesmica:
suspirarás por la tierra,
que es lo que menos se olvida...
tus recuerdos, tus cariños

y tu ilusión de algún día,
con estilo y sentimiento
pondrás en una coplica...
Yo, si te oyera cantar,
siempre te conocería.

También pondrás en un hombre
tu querer, con alma y vida,
y por un querer, sé yo
capás de lo que serías:
¡ay si tus celos despiertan!
¡ay si tu querer te quitan!...
huertana mora celosa,
¡ay cómo te trocarías!...
Yo, por tu querer, zagala,
siempre te conocería.

Y te vayas ande vayas,
yo sé que á la Fuensantica
tendrás en un fanalico
con una lus encendía
y el fanalico adornao

con alábegas benditas...
y sé que le rezarás
hincaïca de rodillas...
Yo, si te viera rezando,
siempre te conocería.

. . . .

. . . .

Nena la del seno áltico
y pelo como la endrina;
nena de los ojos negros
y de la boca encendía;
tú la que por cara tienes
una rosa alejandrina,
serás, cuanti más lejicos
te vayas, más murcianica...
y yo, en el mundo, ande fuera,
¡siempre te conocería!

LA BARRACA

A la orillica del río
y mirándose en el agua,
está como satisfecha
y orgullosa mi barraca...
A mí me entra pena, á veces,
y digo al considerarla:
«¡Cerca está del que la vida
lo mesmico dá, que mata!...»

Entre álamos y cañares
y limoneros y parras;
con las paeres de atobas,
abrigás con arcazabas,
y con el techo de sisca
y con las puertas de caña,
agachá bajo una higuera

grande que töa la tapa
y acurrucá, ¡propiamente
páece un nío mi barraca!

La he revocäo de yeso
y está que la vista encanta:
tó lo que tiene de humilde
tiene de limpia y de blanca,
y mi mujer ha hecho de ella
una tacica de plata.
El cantarero reluce,
la cantarica tresmana
fresca y como un sol de limpia,
que abre de beber las ganas...
la espetera y la platera,
de emperegilás se saltan...
las sillas y la mesica,
sin polvo y sin una mancha...
debajico del jarrero
sus macetas con alábegas...
¡y, como un altar de fiesta,
en un laïco, la cama

con sus encajes de nieve
y su cobertor de grana!...

Yo no envidio los palacios
que en las ciudäes levantan,
que en ellos, con ser tan grandes,
el corazón se me aplana
y, en cambio, en mi barraquica,
que es tan pequeña, se ensancha...

Tomando el fresco en verano
á la sombrica e la parra;
tomando el sol en invierno
al amparo e la barraca,
con la conciencia tranquila
¡qué á gusto las horas pasan!...

Tan hermosa está la huerta
que páece una moza maja,
y tan hermoso está el cielo
que deja la huerta á zaga...
A descansar del trabajo,

con el que mi pan se gana,
que el pan que se come el pobre
siempre con sudor se amasa,
me siento junto á la puerta,
y, cogiendo mi guitarra,
pienso que, pa mí, en el mundo
tó se encierra en mi barraca,
y de mi pecho, esta copla
como un suspiro se arranca:

Cerca está del que la vida
lo mesmico dá, que mata...
¡Ay de mí, si crece el río
y se lleva mi barraca!

LA REINA DE LA HUERTA

Josefica, Josefica,
rosa fina de la huerta,
tan bonica, tan graciosa,
tan natural y tan buena,
que náide puede olvidarte,
con una ves que te vea;
tan modosa y tan poquico
creida de tu belleza,
que tomas lo que te dicen
á chanza, si te requiebran;
que si te cantan, que cantan
por otras mozas te piensas
y la cara, si te miran,
te se enciende de vergüenza...
Josefica, Josefica,
que privas sin que lo sepas

y eres, sin imaginarlo,
soberana de la huerta;
que pa besarte se doblan
á tu paso las palmeras;
que las aguas, pa mirarte,
se detienen en la cieca;
que un palacio, tu barraca,
páece cuando estás en ella,
y puede una miraïca
tuya encender una guerra...
Josefica: caballeros
prencipales de Valencia
(que, al igual de aquellos otros
andantes de las leyendas,
en libros y damas tienen
gala en poner sus empresas)
al amor y á la hermosura
le van á hacer una fiesta,
y en ella gran homenaje
rendirán á cuantas reinas
proclamaron y cantaron
en sus versos los poetas.
Y yo digo, Josefica,

que si á tí te conocieran
estos nobles caballeros
de la ciudá de Valencia,
á tí, que te habrán cantao
por las noches á tu puerta
tantas coplas como pueden
escribir tós lo poetas;
á tí, que alreorcico tuyo
de tóico te enseñoreas
y por tu gracia te adoran
y por tus hechizos reinas;
digo que estos caballeros,
de conocerte, vinieran
y en triunfo, seguramente,
te llevaran á la fiesta
del amor y la hermosura,
pa que brillaras en ella
¡hermosa entre las hermosas!
¡¡como reina de la huerta!!

EN LA CIECA

Con un zagalejo e grana
y con una armilla negra
y apargaticos en onde
sus piececicos enseña
más limpios que las chinicas
que el río en la orilla deja,
Doloricas vá por agua
al remanso de la cieca...
Las manos en la cintura
y el cántaro á la cabeza,
más encarná que una rosa
la he tropezao por la senda,
y me páece vá por algo
más que por agua á la cieca...

Un mozo recio de cuerpo

y con la cara morena,
vestío con zaragüelles,
chaleco e rosé y montera,
de la cieca en el quijero
sentäo sobre la yerba,
tira chinicas al agua
disimulando que acecha
cómo viene Doloricas
y que ande él está se acerca:
—«¡Lo que has tardao, Doloricas!
—Es que es muy larga la senda.
—No sabes lo que padesco.
—Al que sufre, Dios lo premia.
—Si mi premio has de ser tú,
son pocas töas las penas.
—Ese es el cuento de tós,
pero adentro otra se quea.
—Adentro!... Adentro, bien sabes
que náide más que tú reina...
—¡Qué palabricas que tienes!
¡Qué bien trabajas la tierra!...»
. . . .
. . . .

Lleno el cantarico de agua
y de ensueños la cabeza,
Doloricas va cantando
esta copla por la senda:

Flores de mi naranjico
tus palabricas no salgan...
¡de un naranjico que tengo
en el que la flor no cuaja!

EL ESGINCE

Calao vienes
dista los güesos!
¡Miá qué apargates!
¡miá qué babero!
¡Barro en la cara!
¡barro en el pelo!...
¿En ande, asina,
zagal, te has puesto?
¡Si reventaras!...
¡si diás un trueno!...

¡Tú dás conmigo
fin, sin remedio!
¿Vine yo al mundo,
Señor, pa ësto?
Si de esta hecha no pierdo el juicio,

nunca lo pierdo.
¿No es pa matarte?
¿no es pa que hiciera yo un desacierto?
¡A ver si callas,
demonio vivo de los infiernos!

¿Tavía lloras?... ¡Que no rechistes!
¡que no te sienta, miá que te estrello!
¡Ven que te esuelle! ¿Que no te lave?...
¡si he de arrancarte dista el pellejo!
. . . .
¿Pero, Dios mío, qué esgince es éste?
¡y echando sangre, Dios de los cielos!
¡Hijo de mialma! ¿Te duele muncho?...
¡no ha de dolerte!... ¡no pué por menos!
¡Deja la ropa que se haga yesca!
¡Ay, nene, nene... si no es más que esto!...
¡Jesús qué esgince!... ¡lástima de hijo!
¡¿Ves, hijo mío, lo que te has hecho?!
¡Ves? ¡de tan malo! ¡Ven que te cure,
demonio vivo de los infiernos!

CÁ COSA EN SU TIEMPO

¡Quien te vé y te vido,
hija de mi älma!...
Eras pequeñica
como esa zagala
que esmuñe la teta
y á tu madre, chupando, se traga...
La teta era entonces pa tí lo más dulce...
¡lo mesmo esmuñías! lo mesmo mamabas!

. . . .

Cá cosa en su tiempo.
Abora no piensas más que en ir por agua,
porque en el camino,
Pepe el de la Algáida
te tira chinicas
y abonico t'habla...

Cá cosa en su tiempo:
las cosicas esas, pa tí son, zagala,
la teta más dulce... Abora no piensas
más que en ir por agua
¡y esmuñes la fuente,
nena de mi älma!

TREMPANICO

¡Vaya una helá! La escarcha cuajaïca
páece harina en la tierra,
y de cristal y plata
los tallos tiernecicos de la yerba...
¡Qué mañanica! El elorcico que hace
dista los güesos se entra...
sin fuerza el solecico
á dar en los picachos encomienza...
el airecico corta...
¡las palabras se yelan!...

¡Vaya una helá! Pa Roque y pa Antoñica,
ni páece que es trempano ni que yela;
charla que charla están allá en el soto
paräos en la senda:
él que, de buena madrugá, ya vuelve
con una carga e leña;

ella, que vá pal río
con un lebrillo e ropa á la cabeza.
¡Pero qué embebecíos y qué á gusto!...
él, de su carga ni siquiá se acuerda;
á ella el lebrillo, menos entavía
que una pluma le pesa...
Ca ves están más juntos
y ca ves más se ciegan:
¡unas cosas le está diciendo Roque!...
¡qué miraïcas Antoñica le echa!

. . . .
. . . .

El lebrillico e roba
y la carguica e leña,
junticos y sin náide que los guarde
están á la orillica de la senda...
Y el sol está ya altico...
y el yelo en los brazales se blandea...
y se errite la escarcha...
y se esponja la tierra!...

De casta

I.

—¿Ande estará esta zagala?
¡Señor, me tiene deshecha!
Ni que me esjarre gritando,
ni que me asome á la puerta...
¿Nene, no has visto á tu hermana?
—No, señora.
—¡Pues arrea!
Sin pararte, abora mesmo,
la buscas: ¡á ver si vuelas!
¡á ver si, con mil demonios,
en algún sitio la encuentras!...
¿Ande estará esa lebranca
grandísima corretera?
Anda corriendo, zagal;
anda ya y no te entretengas...
Échate por el barranco,
dá una vos en las paleras,

veste, en una correntilla,
por el quijero e la cieca;
sube al molino, pasando
por la almazara y las eras,
y embócate ista el lugar,
si no la ves por la güerta...
Anda ligerico, nene;
anda, á ver si dás con ella;
si la ves, ya estás aquí...
¡ya estás, á escape, de vuelta!
Si no la ves, no te canses
de buscarla y no te vengas.
—¿Pero qué pasa, mujer?
—¡Qué ha e pasar! que está muy suelta
la zagala y no me gusta
que ande asina.
—¿Quién? la nena?
—La nena, sí, nuestra hïja
que verás, Dios no lo quiera,
si nos dá un chasco, por ser
tú un padrazo.
—No lo creas;
¡pero si es una mocosa!

¡sí á catorce años no llega!
—Sin tenerlos me casé
yo contigo.
—¡Bueno fuera!...

II.

—¿Catalina? no buscabas
á tu Isabel?... Pos pacencia:
con Nofrico va pal campo
camino de Verdelena,
tan arregusto los dos
montaïcos en la yegua.
—¡Madre mía del Consuelo!
¿Sientes, Paco?
—¿Quién? la nena?
—¡La nena!... sí! ¡la nenica!...
¡¿Ves, por darle tanta cuerda?!
—Déjalos, mujer!... Es mundo
y ellos irán á la iglesia...
Al fin y al remate, fuimos
nosotros también á ella,
¡y bien sabes que pasó
tó de la misma manera!

LA ENRAMA

I.

¡No tié enjamás perdón Mariá Dolores
y alguna ves le pedirá Dios cuenta!
Al pobre de Juanico,
de aquí pa allá lo lleva,
ahora con esprecios,
y aluego con risicas embusteras,
y está el zagal por su querer, que páece
falto de la cabeza....

¡Lástima que lo mismo que de hermosa
Mariá Dolores de variable sea!
¡Lástima que Juanico, que es tan bueno,
tanto y tanto la quiera!...

Y no hay que esperanzarse

en que el zagal su desengaño vea:
ca ves está más loco,
ca esprecio que recibe, más le ciega...
¡cuanti menos está por él la moza,
el mozo más y más está por ella!
Miá lo que al pobre anoche le cantaron
que amargarle debió más que la tuera,
cuando la calle de ella, como siempre,
rondaba esalentäo dando vueltas,
sin que Mariá Dolores
se asomara á mirarlo tan siquiera:

Busca ande te hagan laico
y ande te traten mejor,
que esa es una lumbrecica
que á tí no te dá calor.

Y no es esto entavía
lo peor de la fiesta:
lo peor es que un mozo
que viene tos los días de La Alberca,
muy fantesioso y majo,
montando pinturero en una yegua,
se alaba de que está por él solico
Mariá Dolores muerta.

Y aunque claro se vé que alabancioso,
por presumir y por lucirse aumenta,
no se deja de ver, al mismo tiempo,
que está Mariá Dolores dando vueltas,
y que está más vencía
pal laïco del mozo de La Alberca.
Esto que pa tó el mundo
ya es una cosa vieja,
también lo vé Juanico y no quié verlo,
porque de verlo tiembla...

Y se han puesto las cosas en tal punto,
que temo que algo malo sobrevenga,
estando, como está, Sábado Santo
con sus músicas, cerca...
con töas sus porfías
y töas sus peleas.
Lleno de rumbo ha dicho
el mozo de La Alberca,
que música ha e tener Mariá Dolores
la santa noche entera
y que se ha de lucir y ha de ponerle
una enramá en la reja

con tóicos los claveles y las rosas
y tós los azadares de la huerta...
Lo que ha de hacer Juanico
ninguno se lo piensa;
él sabe las palabras
del mozo de La Alberca
y tié la cara fosca
y calla y se encangrena...
Se sabe solamente
que ayer en La Arboleja
y en un baile al que fué Mariá Dolores,
soltó Juanico esta coplica llena
de celos y coraje
y de amenaza clara y manifiesta:

Si es que Dios no lo ha dispues
lo ha dispuesto mi querer:
ó has de ser pa mí solico
ó pa náide tiés que ser.

II.

¡Qué esgracia, madre mía!
¡Dios de su mano al infelís lo tenga!
¡Juanico, si, Juanico,

tan loco de remate que dá pena!
Tronchó tos los naranjos de su huerto,
y con ramas enteras
de azadar cuajaïcas,
puso lo mismo que un altar la reja,
llevando los jasmines á brazäos,
y por haces los nardos y azucenas...
Y en ese mismo altar ande él tenía
su virgencica puesta,
en esa ventanica ande él alzaba
la fé del alma entera,
le ha hecho Mariá Dolores un desprecio,
dejándolo lo mismo que una peña,
y, ciego por la rabia
y en la mismica reja,
la ha degollao, dejándola
entre las flores, muerta!...
¡Y allí la tiés!... Su cara,
más blanca que la cera,
rodeá de azadares
y jasmines y nardos y azucenas,
páece una rosa blanca

que arrancó del rosal la ventolera!

. . . .

Y allí también... cerquica, muy cerquica,
al comenzar la senda,
en un balsón de sangre está tendío
el mozo de La Alberca,
¡y espantá, á su laïco,
relinchando, su yegua!...

LA RISERA

I.

Al remate ha encontrao, pa novio,
un hombre á su gusto, Juana *la Morena*...

Buen mozo es Frasquito,
pero tiene muy mala cabeza...
Frasquito se pasa
las noches en vela
de rondeo, belenes y bailes
y de francachelas...
pero es pinturero, va siempre mudao,
se echa á tós los días la ropa de fiesta;
toca la guitarra,
canta coplas que él mesmo se inventa,
rumba y gasta lo suyo y lo ajeno,
tié la mano rota y tira su hacienda...

Esto á las mujeres las saca de tino...
Luego, sus maneras
y las palabricas que tiene pa hablarles...
L'oyen y se erriten... ¡y se ponen ciegas!

Es tó lo contrario que Frasquito *el Cuco*,
Juana *la Morena:*
tié pocas palabras,
tié la cara seria...
pero tié en el mirar de sus ojos
negros ¡una fuerza!...

Yo sé que el noviaje
viene de una apuesta,
que la gana Frasquito, si logra
que Juana consienta
que él salte á deshora las tapias del huerto
pa verse con ella.
La cosa no es fácil, porque á los mastines
en el huerto de noche los sueltan;
la cosa no es fácil, si fuá lo que páece

Juana *la Morena*...
¡pero, á las caricias, callan los mastines
y la moza más brava se entrega!...

II.

¿Que cómo fué aquello? pos siendo. En quereres
pué ser tó, por grande y extraño que sea.
Fuera que la moza tuviá sus recelos,
ó fuera castigo que Dios dispusiera,
lo cierto es que asina pasaron las cosas,
según lo que cuentan:

De acudir á la cita del huerto
al *Cuco*, palabra le dió *la Morena*,
y, al pié de las tapias, y á la media noche,
ya estaba Frasquito con los de la apuesta,
aguantando el resuello... ¡calläos
tóicos como peñas!

Se sintieron gruñir los mastines
y una vos, muy cerca,
de mujer, que abonico decía:

—«¡Cállate, *Canelo!*... Cállate, *Pantera!...*»

De un salto, Frasquito se mete en el huerto...
La vos, abonico,
—«¡Cállate, *Canelo!*... ¡Cállate, *Pantera!...*»
La luna, lo mesmo que si fuá de día...
la noche, serena...

De pronto, de un beso,
dista los que escuchan, el son claro llega,
y, al sentirlo, no puén contenerse,
¡y rompen tós ellos en una riseral...

Abonico otra ves, en el ínten,
sintiéndose clara de coraje llena,
la vos, á los perros abora los zumbe
volviendo á decirles:—«*¡Canelo! ¡Pantera!*»

Y, á la par que se sienten las risas,
se sienten los perros lo mesmo que fieras...
se sienten lo mesmo que cuando en el lobo
rabiosos se ceban...

Aquel alarío de los dos mastines,
aquel alarío que la sangre yela,
respondiendo á las risas de enantes,
¡páece otra risera!

. . . .

Luego, tó tranquilo...
el silencio, llenando la huerta...
la luna, lo mesmo que si fuá de día...
la noche, serena...
relamiéndose, llenos de sangre,
Canelo y Pantera...
y fija en Frasquito,
que en el suelo hecho piazos se encuentra,
con la cara fosca, sin estremecerse,
Juana *la Morena...*
pero tié en el mirar de sus ojos
negros ¡una fuerza!...

¡UNO SOBRA!

I.

¡Mocico entavía!... ¡una crïatura!...
era un zagal de esos que nunca resuellan
ni se meten con náide en el mundo,
Paco el de la Venta.

Al revés de Paco, Pascual *El Chubito*
era... ¡vamos! como Dios quiso que fuera:
un hombre ya hëcho... buen mozo y valiente...
pero muy fantástico... ¡muy mala herramienta!

Pues tuvieron un día palabras,
y dista hay quien cuenta
que Pascual á Paco le pegó, y le dijo:
«De hoy más, pués guardarte de que yo te vea,
porque ande te pille,

te pego en la geta.»

Y á Paco ya náide lo vido, pal caso:
de su casa, derecho á la huerta...
de la huerta, derecho á su casa...
sin icir palabra... baja la cabeza...
sin alzar los ojos...
¡como el que en la cara llevara una afrenta!

«Pascual lo ha cardao;—decían algunos—
ese ya no alea.»
Y Pascual, si se hallaba presente,
riéndose, icía con mucha fachenda:
«Dejarlo; se esconde debajo e la cama
y, como los perros faldericos, tiembla.»

Y Paco callaba, por más de saberlo;
tenía su madre: una pobre vieja,
que se mantenía de lo que él ganaba,
y... ¿qué más razones pa ser una peña?

Una vececica na más, dijo Paco

muerto de vergüenza:
«Pascual es la causa
de que yo me pierda;
¡ó él sobra en el mundo ó yo!... sin remedio,
de los dos, hay uno que de más se encuentra.
. . . .

II.

Pero tóico pasa, y á su madre un día
la llamó la tierra...
lloró mucho el pobre... después tan sereno...
¡quién pensar pudiera!...
¡Como esos remansos del río, que asustan,
se queó sereno Paco el de la Venta!

Páece ser que entonces
hizo la encomienda
de la faca larga de cuatro canales,
y, empués de tenerla,
aunque siendo día de trabajo, el hombre
se puso igualico que en día de fiesta,
de majo y compuesto:

¡muy bien afeitao!... ¡su ropica nueva!...

Y buscó al *Chubito* sin parar, y dando
con él encomedio de la carretera,
le dijo: «A matarte
vengo, pa que veas
que, si tóico pasa,
también tóico llega.»
Y, en menos que s'ice,
se encontró *El Chubito* muerto en la cuneta,
y Paco en la cárcel,
con tó el pensamiento puesto en una idea:
«Sobrábamos uno;
no tenía vuelta.»

. . . .

Lo vide entre cuatro paëres escuras,
resaltando en ellas
su cara tranquila...
¡su ropica nueva!

ROSICA

I.

Miá qué fatigosa
y apavilaïca
viene la zagala
por la cuesta arriba...
desansiá, sin fuerzas,
acansinaïca...
¡Páece con los ojos hundíos y tristes
y como la propia cera las megillas,
una rosa blanca
su cara bonica!...

Al andar, la pobre
con ná se atosiga
y en cá aliento páece
que va á echar la vida...

La gente asegura
que está opilaïca...
perenne en su cara se extiende un pañico
de melancolía...
¡quién ha de pensarse
del mal que se muere la pobre Rosica!

. . . .
. . . .

II.

Bartolico el *Trovaor*,
que es de los mozos cabales,
porque á bueno y recogío
hay poquicos que le ganen
y porque cantando coplas
tampoco hay quien le aventaje,
anda que bebe los vientos
y está loco de remate
por la nena de *Los Rojos*,
amos de la *Casa grande*.
Pero como á la zagala
no le consienten sus padres,

por ser Bartolico pobre,
con el zagal tal noviaje,
haciendo así que la moza
más por el mozo se afane,
los muchachos á escondías
llevan su querer alante
y, á salto de mata siempre,
andan pa verse y hablarse.

. . . .
. . . .

Rosica tié su barraca
enfrente e la *Casa grande*
y conoce á Bartolico
desde que iban de zagales,
á las moreras por hoja
y por yerba á los cañares...
¡de töa la vida!... ¡de ir
junticos por tóicas partes!...
Luego ya, al hacerse mozos,
si no sueltos como enantes,
han seguío tan amigos
y en su trato tan iguales,

que no hay tan siquiera un día
sin que Bartolico pase
ca Rosica un buen ratico,
cosa que no extraña á náide.
Tienes así que el zagal,
con la escusica de estarse
sus raticos ca Rosica,
rondea la *Casa grande*
y echa sus buenos vistazos
y habla cuando pué lograrse
con la zagala de enfrente,
que está al acecho á cá istante.
Y como Rosica se halla
sola, porque no tié madre,
y su padre y su hermanico
siempre están en los bancales,
tiés que ná tan reservao.
Bartolico pué buscarse
pa gozar de su querer
sin que lo eche de ver náide,
como aquella barraquica
que, escondía entre rosales,
á un nío de-ruiseñores

muy bien pudiá compararse.

. . . .

. . . .

III.

—¡Válgame, ya no tengo
que agradecer que vengas á mi casa!—
De esta manera comenzó Rosica,
temblándole la vos á cá palabra...
clavando en Bartolico aquellos ojos,
que más tavía que la boca hablaban...
aquella boca que, con ser tan dulce,
tenía una risica más amarga...
—¡Ya sé que estás por ella!...
No me lo niegues, que se vé en tu cara,
como se vé en la fuente el chinarrico,
á través del cristal limpio del agua...
¿Pa qué vas á negarlo?
¿Es que es alguna falta?
¿Es que se echa el querer por la sendica
que á uno le dá la gana?
¡Y estás loco por ella!...

¿Verdá que te ha robao entera el alma?
¿Verdá que estás sin juicio?
¿Verdá que ya no escansas
y la noche y el día,
pensando en ella pasas?—
Y töas estas cosas,
de la boquica aquella se escapaban,
juntas y á borbotones,
como el chorro del agua
que, al destapar la hilera,
suelta la azarbe, cuando viene rafa.

Y aquello que Rosica á Bartolico,
cual propia interesá le preguntaba,
aquello que afanosa
l'icía llena d'ansia,
no era ni más ni menos
que el sentir que la ahogaba...
un querer de esos grandes,
que son más grandes cuanti más se callan...
querer por el mocico,
querer en el que ardía la zagala,
querer que, hablando, hablando,

¡á piazos de su pecho se arrancaba!...
Y Bartolico á tó le respondía
siempre que sí con la cabeza baja,
y ella se estremecía de sentirlo
y, sin chispa de rabia,
clavando más y más en él sus ojos,
¡resisnaïca y triste lo miraba!...

Estuvo Bartolico un par de días
sin ir por la barraca,
porque allá en sus adentros,
tó se lo recelaba
y sentía reparo
de poner á Rosica de pantalla.
Pero ella, en la apariencia muy alegre,
lo llamó una mañana
y, dista en son de broma,
le dijo estas palabras:
—¿Ande vas tan ligero?
¿Qué tiés que ya no pasas?
Los amigos leales,
nunca por nunca faltan.—
Y Bartolico entró dando una escusa,

y ella, manifestándose muy franca,
pero con vos un poco tomaïca,
de esta manera le habla:
—A mí no me incomoda
que vengas á mi casa,
ni que desde ella aceches
á quien te priva el alma,
ni que venga á buscarte esa persona,
ni siquiá que me mandes á llamarla.
Los amigos leales,
nunca por nunca faltan,
y no fuera amistá ni en mí sería
querer como Dios manda,
no hacerte tóico el bien que yo pudiera,
cuando en mi mano estaba.—
Sintió estas palabricas Bartolico,
con tóico el amargor de la retama;
pero, al alzar los ojos,
se encontró tan serena aquella cara,
que, en el ínten aquel, pensar no pudo
el fuego que llevaba,
consumiéndola viva,

Rosica en las entrañas!...

IV.

Y con tanta fé se toma
Rosica su penitencia
y, por bien de Bartolico,
tanto y tanto se atormenta,
que, siendo tó lo contrario,
páece que la novia es ella,
y al ver cómo se las busca,
páece que goza en las penas.
Ella vá á la *Casa grande*
y ella los recaos lleva;
ella avisa á Bartolico,
sí es ocasión de que venga,
y en su barraca á los novios
á sus anchas se los deja,
saliéndose ella al portal
y acechando, entanimientras,
pa que platiquen á gusto,
sin que náide los sorprenda.
¡Qué raticos, pa Rosica,
estos que pasa en su puerta!...
Pué icirse, con tó y con ello,

que ni esazón manifiesta:
con sus ojos entornaos
y con su cara de cera,
sin removerse pa ná,
páece que es tóica de peña,
y se vé, sin gran trabajo,
que está más dentro, que fuera.
Dentro, ande está Bartolico,
viendo, por más que no vea;
dentro con el pensamiento,
dentro con el alma entera,
y gozando, porque él goza,
aunque es su gozo su pena.
Y hay que sentir sus palabras
y hay que ver tó lo que encierran,
cuando solo á Bartolico
ó á la novia sola encuentra.
A ella, lo mesmico siempre,
con poquica diferencia:
—No le pagas su querer,
ni tó lo que vale aprecias.
¡Cuántas por él, sin pensarlo,
la fama y la vida dieran!

¡No es tu querer verdaëro,
cuando tanto lo esesperas
y no te atreves á hacer
una que suene en la güerta!—

. . . .

Y á Bartolico, otras veces:—
—Ven aquí, que vás á verla!—
Y solos en la barraca
y cerraïca la puerta,
juntos y á escuras, se asoman
por las rendijas aquellas...
Y él siente pegá á la suya
aquella cara que quema,
y apoyaïca en su espalda
aquella mano que tiembla...
y el aliento calentico
y la boquica tan cerca...
y aquella vos tomaïca,
diciéndole con tristeza:
—¿Verdá que por ná en el mundo,
dejarías de quererla?—

. . . .

. . . .

V.

Tó tié su remate,
y á tóico en el mundo le llega su höra:
Segura Rosica de que Bartolico
sus cinco sentíos tenía en la ötra;
segura de verlo morirse penando,
si no se casaba con aquella moza;
y segura de ver á los viejos
de la *Casa grande* cá ves más en contra,
se conoce que echó bien su cuenta
y, no como dice la gente, que loca,
sino como santa,
hizo aquello que hizo, que asusta y asombra.
Aguardó á que estuviá Bartolico
dentro e la barraca junto con su novia
y, echando la llave, los dejó encerräos
y se fué por la senda más sola
y se echó de cabeza á la azarbe
¡y muerta la hallaron atrancá en la ñora!

. . . .

¿Sientes las campanas?

¿sientes cómo doblan?
Pues, aunque es á muerto, por una promesa
se celebra á ese son una boda:
la de Bartolico
con aquella novia...

Pa siempre, las cruces acaban de echarles,
y oyendo la misa se hallan á estas horas
¡por el alma e la pobre Rosica,
que Dios tenga en gloria!

LA CARTA DEL SOLDAO

No he tenido carta tuya,
pero de mi madre sí...
¡y aún no le he escrito á mi madre
y otra vez te escribo á tí!

Me dicen algunos que pa qué te escribo...
¡Ay qué bien que se habla!...
¡Yo te escribiría, aunque me digeran
que á tus manos no llegan mis cartas!...

Te escribo y asina, nenica, me pienso
que te hablo lo mesmo que enantes te hablaba,
entaïcos los dos en el poyo... ¡cuánto tiempo que hace!...
Tu madre cosía... los nenes juäban...

Hay quien asegura
que con otro mozo del pueblo te casas...

Mi madre me escribe ¡pero no me mienta
de esto una palabra!...
¿Por qué no me escribes tú también, nenica?...
Yo nunca me creo náica de esto que hablan:
pienso que muy fácil
se pierden las cartas;
pienso, sin sosiego,
que pué que estés mala...

Por eso te escribo: pa hacerme la cuenta
de que siempre te hablo... de que no me engañas
¡Pa hacerme la cuenta de que no hay otro homb
que en el poyo te habla!...
Yo quiero que veas
que nunca por nunca mi querer te falta...
yo quiero que veas que de tó me acuerdo...
¡que estoy con el alma
siempre en la sendica
que vá pa tu casa!...

Por eso te escribo...
¡por eso te escribo larguica la carta!...

Pa negar y negar que me olvidas,
pa negar y negar que me engañas,
pa que veas que soy siempre el mesmo...
¡aquél que en el poyo te hablaba y te hablaba!...
¡Cuánto tiempo que hace!...
¡Tu madre cosía!... ¡los nenes juäban!...

¡Qué triste me he puesto!...
Mira qué coplica de cantar acaban:

Cuando vuelva, si es que vuelvo,
¡Dios sabe lo que hallaré!...
Si una bala mata un hombre,
¡el tiempo mata un querer!

Carta de mi madre... De tí... ¡cuánto tiempo
que no tengo carta!...
Dicen que, de fijo, de mí no te acuerdas...
que con otro mozo del pueblo te casas...
¡¿Por qué no me escribes?!...¡¿Por qué no me dice,
de tó esto, mi madre, siquiá una palabra?!..
¡Qué triste me he puesto!...
¡qué triste me he puesto, nenica del alma!...

¡LOS NÍOS SOLOS!

Están en el huerto los ruiseñorcicos
que no hay quien los sienta,
alreor de sus níos en onde
ni siquiá un pajarico les quëa...
¡Qué píar y píar más amargo!...
¡Dán una tristeza!...

. . . .

De las cosas que esjarran el pecho,
te digo que es una, pasar por la huerta:
¡ni siquiá un mocíco!...
¡tóicos pa la guerra!...
¡las casas solicas!... ¡los padres llorando!...
¡se siente una pena!...

EL ABEJORRICO NEGRO

Dende que á la guerra, lo mesmico que una
rés al mataëro,
se llevaron aquel hijo mío,
pa mí no hay consuelo...
Largos como siglos, pa mí son los días...
las noches, eternas... ni como, ni duermo...
de llorar, se me escurren los ojos...
de pensar, se me erriten los sesos!

¡Más cerquica, abora ¡hijo de mi vida!
páece que lo tengo!...
más cerquica, abora
que se halla tan lejos...
Delantico de mí, á tóicas horas
su imagen la veo...
Sombrica pereñe

de mi pensamiento...
¡clavo que en el alma
traspasäo llevo!...

¡Y es una agonía! su carta no llega...
Sin carta... ¡sin vida! pal caso es lo mesmo...
Un abejorrico negro me seguía
ayer en la casa y empués en el huerto,
y esta mañanica me salió al camino,
como si estuviera pa verme al acecho...
Se me helaba la sangre al sentirlo,
temblaba de verlo,
¡cuando á mí se acercaba zumbando,
erizá me ponía de miedo!...

¡Tengo una zozobra!...
¡vá ahogándome un peso!...
¡Hijo de mi vida! ¡Hijo de mi vida!...
¡Virgen del Amparo, si mi hijo se ha muerto!

LA NOVIA DEL SOLDAO

I.

¡Lástima de zagalica,
la de la casa del *Alto*,
la zagalica cantora,
que era el sentirla un encanto...
la de los ojos alegres,
que era una gloria el mirarlos!...
De aquella alegría hermosa
ni sombrica le ha quedäo...
¡ahilaïca por la pena,
pasa el día suspirando!...

La guerra tiene la culpa:
la guerra que le ha robáo
aquel mozo que le echaba

músicas con su guitarro;
aquél que töas las noches
en el poyo, y á su läo,
l'icía cosicas dulces
al oïdo, platicando...

Solo alguna ves que tiene
carta del pobre soldao,
se consuela la zagala
y, por entre los naranjos,
se oye esta coplica triste,
en un tonico tan bajo,
que más páece que la llora,
que no que la está cantando:

> Ojos que te vieron ir
> por aquellos olivares,
> ¡cuando te verán volver
> para alivio de mis males! (1)

II.

¡Lástima de zagalica!...

(1) Popular.

Ya no suspiran sus labios...
ya no llora... ¡ya pa siempre
sus ojos están cerräos!...
¡Qué rebonica hasta muerta!...
¡como un ángel se ha quedäo!
Cubierta está de azadares
en un ataulico blanco,
y la mortaja más blanca
que la nieve en los picachos...
blanca la cabecerica
en ande la han acostäo,
¡y blancas como azucenas,
también la cara y las manos!...

Florecica á medio abrir,
que el aire tronchó del tallo...
pajarico que á la huerta
ya no alegrará su canto...
¡lástima de zagalica,
la de la casa del Alto!

¡Sus ojos ya no verán

volver al pobre soldao!...
aquel mozo que le echaba
músicas con su guitarro...
¡aquél que töas las noches
en el poyo, y á su läo,
l'icía cosicas dulces
al oïdo, platicando!

LA CABECERICA

I.

Tan bueno y tan sano
volvió de la guerra...
¡¿pa qué?! ¡más valía
que nunca volviera!
Tóicos lo aguardaban ¡tóicos menos Carmen!
y cuando temblando preguntó por ella,
lo miraron calläos y tristes...
¡¿pa qué más respuesta?!...
¡la madre de Carmen, vestía de luto
le salió á la puerta!...
No había pal pobre Bernardo consuelo,
y sus alaríos partían las peñas:
—¡Carmen de mi älma!...
Carmencica!... Nena!...
¡¡quién me hubiera dicho, cuando yo volvía

gozoso y cantando, que ya estabas muerta!!—

. . . .

De los días llenos de mayor angustia,
llorando lo mesmo que una Madalena,
en el cuarto en ande murió Carmencica,
la madre á Bernardo, la historia le cuenta:
—Me pidió que, pa no entristecerte,
jamás en las cartas na te se digera
del mal sin remedio que le iba cavando
su hoyico en la tierra...
Tocaïca estaba del pecho la pobre...
tosía con una tosecica seca,
sin parar... se puso
tan delgá, que tóicos sentían, al verla,
compasión: las manos se le clareäban...
el color, lo mesmo que las azucenas...
sin ánimo alguno,
sin chispa de fuerza...
sin humor pa verse... ¡y en aquellos ojos,
¡hija de mi älma! siempre una tristeza...—
Y también llorando,
deshecho de pena,
Bernardo, en la cama de la pobre Carmen,

hunde la cabeza...
Y la madre sigue:
—¡Qué dolor! si vieras!...
Como un pajarico se quedó... no hacía
ni viso, debajo de las ropas esas...
la cabecerica, esa en ande lloras,
¡de sudor, calaïca está de ella!...—
Bernardo que siente
las palabras éstas,
¡se aprieta á la cara la cabecerica
y con töas sus ansias la besa!

II.

Se llevó Bernardo la cabecerica,
y por náica del mundo la deja...
¡tóicos los afanes y las ilusiones
de su vida, encierra!...
Jamás en su cama consiente que pongan
otra cabecera,
respira con ansia su olorcico triste,
con pasión en sus brazos la aprieta,
se la come á besos,
con llanto la riega...
¡pobrecico! páece,

cuando sin alientos se duerme sobre ella,
¡que pa no levantarla ya nunca,
su frente recuesta!...

III.

Tocäo del pecho se ha muerto Bernardo:
lo mesmo que Carmen, remató sus penas...
La cabecerica fué la que el hoyico
le cavó en la tierra,
y á la sepultura
también se la lleva...
dentro de la caja
descansa sobre ella
¡y en ella la frente,
como en un dulce sueño, recuesta!

¡Y LA NENA AL BRAZAL!

La boca me duele de estarle diciendo:
—No quiero que vayas, nenica, al brazal...
no quiero que vayas, porque á ver Paco
sé, nena, que vás...
¡no quiero que vayas!...
¡miá que ni chispica de gusto me dá!...
Y no es que se diga
que es malo el zagal,
no es que yo me piense
que no te querrá...
pero es ligerico de cascos y páece
que le gusta beber y juär...
¡Miá que ni chispica
de gusto me dá!...
¡no quiero que vayas,
nenica, al brazal!—

Como el que una lumbre
quisiera apagar
y fuera, el reñirle, leña que se echara
pa encenderla más...
«Anda ves, nenica,» páece que entendía
y, á tóicas las horas, ¡la nena, al brazal!

Ni con palabricas ni con malos tratos
se alantaba ná:
—Miá, nena, que Paco no anda muy erecho
ni páece formal...
miá que es un enrea
que le gusta vivir y triunfar...
miá que sus pasicos
no son buenos ya...—
Pues como decirle que Paco era un ángel...
palabras perdías... ¡la nena, al brazal!

—¡Por Dios, hija mía! ten conocimiento!
Procurando estás
que no te consienta
salir al portal,
que te encierre en el cuarto y te amarre

y que, aunque me duela, te llegue á pegar...
¡Ni por esas!... ni chispa de caso!
ni que del demonio se hallara tentá!
de día y de noche
¡la nena, al brazal!

. . . .

Abora resulta que Paco quería
divertirse con ella, na más...
que ya, con la nena, ni á buenas ni á malas
se quiere casar...
Con tóico y con ello y á tóicas las horas,
¡la nena, al brazal!

LA COPLICA MUERTA

I.

Cuesta arriba, cuesta abajo,
siempre canta José Antonio,
al pasar frente á la *Casa*
de los olmos.

Cuesta arriba, cuesta abajo,
siempre en el mesmico tono,
canta su coplica eterna
melancólico:

¡Cuando querrá la
de la Fuensant
que tu ropa y la
tengan un arca

Coplica que, de sentirse,
vive en aquellos contornos,
como el son de los ramajes

(1) Popular.

en el soto...

II.

Canta el zagal por Anica,
pero Anica está por otro,
y á perderse va en el aire
la coplica que echa el mozo...

Canta el zagal por Anica,
pero ni un eco remoto
tiene su copla en la *Casa*
de los olmos...

III.

Ya no hay pájaros ni hojicas
en los árboles del soto...
ya pasa sin que lo sientan,
por la cuesta, José Antonio...

Desde que el zagal ha visto
que Anica se habla con otro,
¡no se siente la coplica
de la *Casa de los olmos!*...

RESCOLDO

Yo me pensaba que e
tan facilico
el apagar la lumbre
de aquel cariño...
¡Ay lumbrecica,
lo que dura el rescold(
de tus cenizas!

Así canta el mozo
cuando se halla á solas...
La mesma coplica
canta á tóicas horas,
de un modo que páece que el alma con ella
se le escapa también por la boca!...
Así canta el mozo
que tiene la novia
en la mesma calle
en que há poco tiempo se hablaba con otra!...

El mozo, el domingo, platica á la puerta

esta zagala con quien se habla abora,
y la que antes lo quiso, platica
también con otro y á las mesmas horas,
a propia calle, cerquica y de modo
: las dos parejas siempre se confrontan...
ıunque alantaïcas en los dos noviajes
están ya las cosas,
'é, cuando läo por läo platican
›s y otros novios así de esta forma,
: sus miraïcas, entavía, el mozo
:cha con aquella que era antes su novia...
¡Estas miraïcas,
bien claro pregonan
el rescoldico que dejó la lumbre
en el pecho del mozo y la moza!

EL CAMINICO

Pa ir sin arrodeos derecho ande estaba
la moza aguardando, siempre echaba Isidro,
á campo atraviesa,
por el mesmo sitio,
y á fuerza de pasos,
la verea s'hizo...
Desde el arrecife, derecho á la casa,
partiendo la viña, se vé el caminico...

Después que una noche, como de costumbre,
con la moza á sus solas se vido,
del lugar, pa siempre,
se marchó por sus pasos Isidro,
dicen que harto de ella...
por otro capricho...

Tocá por la pena, la pobre Rosario

desde entonces no se halla en su juicio!...
La hierba se extiende naciendo en la viña
y se empeña en borrar el camino;
pero no la deja
crecer Rosarico...
Dice la zagala:
—Si le dá la idea de volver á Isidro,
que no tenga queja,
¡que esté el caminico!...

EL SACRIFICIO

Vengo de misa ¡y traigo un desconsuelo!...
La ha dicho el zagalico del tió Juan:
aquél que de pequeño era tan diablo
y que luego salió tan buen zagal...

Su madre se empeñó en que fuera cura,
y, quieras que no quieras, no hubo más:
sin vocación, el pobre José Antonio
dobló la frente y se dejó llevar
¡como una res mansica
que al mataëro vá!

Al cabo de los años
vuelve abora al lugar,
y dá pena de verlo
tan serio y tan formal.

. . . .

Fué novio de Rosario,
la nena del tió Blas...
aquella tan bonica
que era un angel de Dios... No se verá
noviaje como aquél... ¡era un cariño
ya ciego por demás!

Platicaban de noche, y por el día
no podían pasar
sin mirarse á raticos dende lejos,
¡sin hartarse jamás!
en la güerta, en la calle y en la plaza,
¡pa ellos tóico era igual!
¿¡y en la iglesia!? ¡los ojos no ponían
ni siquiera una ves en el altar!
A ella, cuando iba, la veías siempre
al pié del Nazareno, embelesá
mirando á José Antonio... ¡José Antonio,
mirándola enfrentico, sin parar!
. . . .

Poco dempués de que él cantara misa,
la pobre sin saberse de qué mal,

¡murió como quien no tiene en el mundo
ya náica que esperar!

. . . .

. . . .

No hay mayor sacrificio
que el que ha hecho ese zagal.
Al dar la bendición hoy en la misa,
miró pal Nazareno con afán,
igual que en otro tiempo... y cual si viera
enfrente á Rosarico embelesá
mirándolo entavía,
¡no pudo resistir y echó á llorar!

TÓ POMPORICAS

Pa poder verse á solas,
al soto s'iban,
y en el mesmo remanso,
junto á la orilla,
sintiendo hablar al mozo
la zagalica,
se pasaba las horas
embebecía...

En tó lo que duraba
lo que s'icían,
con la petera el mozo
de echar chinicas
al remanso del río,
nunca ponía
sus ojos en la cara
de la mocica,

¡y ella con sus ojazos
se lo comía!...

Al golpe seguidico
de las chinicas,
la corriente serena
se estremecía,
llenándose el remanso
de pomporicas,
tan vanas, que en el ínten
se deshacían...

Y anguna ves, al mozo
la zagalica,
sintiendo sus palabras,
le respondía:
—Que tus promesas llegue
yo á ver cumplías
y tó salga igualico
que me lo pintas...
Que esas palabras tuyas
con que me privas,
¡no sean lo mesmico

que pomporicas!...

Le salió á la zagala
lo que temía:
la engañó el mozo al cabo
con palabricas...
se devirtió con ella...
¡la ejó perdía!...

Y la pobre, en el soto,
y ande se vían,
se echó de golpe al agua
dende la orilla,
cayendo lo mesmico
que una chinica...
llenándose el remanso
de pomporicas...

Tó el que lo sabe, dice:
«¡Páece mentira!»
¿Por qué, si en este mundo
tó es pomporicas?

LOCO DE REMATE

El zagal estaba
en tós sus cabales;
pero andaba siempre cabiloso y triste
por lo del noviaje
de la moza aquella que por él cegaba
y con otro le hicieron casarse...
Era el pobre zagal, vergonzoso:
un mocico de esos buenos y formales,
y causaba pena verlo á tóicas horas
murrio, callaïco, sin hablar con náide...
¡como si por dentro de sí, que lo fuera
minando de muerte, llevara un mal grande!

Pal trebajo era un negro: salía,
hecho un esclavico, con la casa alante...

«¡Mis piés y mis manos!»
cuando lo mentaba, decía su padre...
Pues, solo el mocico, y aunque vió mal tiempo,
se marchó con el carro de viaje
y en mitá del camino, la nube
le pilló de golpe, sin poder librarse...
Se caló ista los güesos, la ropa
se secó pegaïca á la carne...
le entró calentura, se vido á la muerte...
y loco, de aquella, queó de remate!

Le dió la locura por ser lo contrario
de lo que era enantes:
cantaba y bailaba
sin empacho en mitá de las calles,
tan suelto y alegre, que el pobre paecía
más felís que náide...
¡Detrasico del loco iba siempre
escurrío de pena, su padre!

Luego, algunos días,
al zagal le entraron arrebatos grandes...
había que atarlo

porque no era cosa de verlo estrozarse,
y al viejo le hicieron llevarlo á las javias,
¡que era igual que, vivo, sepultura darle!...
¡Y al hijo, á la jaula, llevó engañaïco!...
¡El zagal cantaba, mientras que en la calle,
escurrío de pena y de angustia,
mirando á las javias, lloraba su padre!

. . . .
. . . .

Al mocico, abora,
otra ves lo tienes en tós sus cabales;
pero ya no canta: lo ves, como en tiempos,
caviloso y triste por lo del noviaje
de la moza aquella que por él cegaba
y con otro le hicieron casarse...
Dá lástima verlo:
murrio, callaïco, sin hablar con náide,
¡como si por dentro de sí, que lo fuera
minando de muerte, llevara un mal grande!...
Cuando estaba loco, paecía más cuerdo...
¡páece abora más loco que enantes!

ALECCIONAÏCA

No me daba calor la zagala...
A mí me paecía
que estaba por otro,
que en mí no pensaba ni siquiá una chispa...
Se me figuraba que hacer imposibles
pa que me quisiera, poquico sería...
¡Mi hacienda le hubiera yo dao por una
de sus miraïcas!...

—«Díselo, porque á media palabra
te responde que sí»—me decían.
«Díselo, que con palmas te esperan
en su casa, si vas á pedirla.
¿Ande, nunca enjamás, semejante
proporción pa casarla tendrían?
No serán, de seguro, tan ciegos

sus padres que dejen, así tan aïnas,
escapar la ocasión de que sea
la zagala rica.»

Y como el cariño no atiende razones
y vás, sin remedio, siempre pa ande tira,
me senté en el poyo y, en cuatro palabras,
le dije abonico que si me quería...
Y ella, sin empacho y á poquicos ruegos,
aterminaïca,
me respuso que sí, de tal modo,
¡que me dió tristeza, más bien que alegría!...

Pa mí que, al decirme que sí, la zagala
su sentir no icía...
Pa mí, que ya estaba revuelta del tóico...
¡revuelta del tóico y aleccionaïca!

CARMENCICA

Trempanera me has salío
como la flor del almendro...
¡cuánta flor trempanerica
se yela ó se lleva el viento!...

I.

¡Releñe! ¿No la has visto?
¡Carmencica con novio!
Y no está encelaïca, que digamos,
platica que platica con su mozo,
los dos bien rejunticos
sentäos en el poyo...
¡Demontre de zagala!... ¡me dá pena
que despunte tan pronto!

¡Señor, si es una cría!
Si ayer mesmico, como dice el otro,

llevando elante su maná de pavos,
corría esaliñá por los rastrojos,
siempre pegando blincos y corriendo
dende un lugar á ötro,
y siempre ennegrecía y tan secuza
que tó en su cara se volvían ojos...
Y mirándola espacio... no es la mesma
¡si dá, de verla, gozo!
¡Si su cara tié lumbre
y tién sombrica de parral sus ojos!...

II.

Me lo daba el corazón:
salió lo que me temía.
¡Miá lo que ha tardao en irse
con el novio, Carmencica!

¡Qué lástima de zagala!...
¡Más guardara lo que importa,
que agua que pasa y no vuelve
es en la mujer la hönra!...

Ya está alegre y satisfecha,

sin rastro de sentimiento,
como está el que la perdió
con otra novia, tan fresco.

¡Lástima de Carmencica!
¡qué malos pasicos lleva!...
¡unos mocicos anoche
cantaron esto á su puerta!

Aunque te laves y laves
manchaïca te has de ver,
¡como está la cantarica
ande tós van á beber!

III.

¡Qué lástima de zagala!...
¡Frutica á medio maurarse,
que cayó de su ramica
y anda por los barrizales!...
De otra manera se peina,
de otra manera es su traje,
no es el olorcico que echa
olorcico de azadares,

ni su cantar es el mesmo
ni tién sus coplas el aire
de aquellas que por la huerta
se echan entre los cañares...
El arrebol de su cara
no es arrebol de su sangre;
el descaro de sus ojos
no es la lumbrecica de antes;
no es la mesma su risica,
ni los mesmos sus modales...
¡Quien la vió y la vé!... ¡Señor,
qué diferencia tan grande!...
Como está lo que se vende
á tó el que vá por la calle;
como lo que pué comprar
tó el que se acerque y lo pague;
como cosa que está á mano;
como en las tablas la carne...
¡asina está Carmencica,
ya pensarás en qué parte!...

IV.

Yo he puesto en crus sus manos

y he compuesto los rizos de su frente,
apañando el pelico que tenía
pegaïco á las sienes,
y he llenäo su cuerpo de azadares
y rosas y claveles...

Yo he besäo su cara,
ahora que nenguno la apetece,
y he cerräo, llorando,
sus ojicos, pa siempre...
Otra ves sus pestañas
con su sombrica de parral se extienden...
otra ves en su cuerpo
los azadares güelen...
¡ya está otra ves más pura
que el agua cristalina de la fuente!

. . . .

Florecica de almendro,
más blanca que la nieve,
¡trempanerica caes
al airecico heläo de la muerte!

¡CALLÁ, CALLAÏCA!

I.

¡Ni enclavándola en crus, se dejara
su querer María!
Su padre la cela de muerte y le dice:
«Nena, que te mato, si con él platicas.»
«Nena, que te egüello,
si sé que lo miras.»
Y ella, lo mesmico que si fuá de peña,
ni siquiá rechista:
pero siempre firme...
¡siempre encelaïca!
Su padre reniega y, á tóicas las horas,
que se deje á Leonardo, le grita,
y ella hace promesa de quererlo siempre,
¡callá, callaïca!

¡Con cuántos trabajos

y cuántas fatigas,
puén tener un rato de verse y hablarse
Leonardo y María!
Pasá media noche
son töas sus citas,
y, al amparo e las sombras, el mozo
pegaïco á las tapias, se esliza
y estroza cañizos y salta los leros,
con el ansia grande de lo que le privan.
De la casa, á buscarlo, la moza
sale de puntillas,
y escalza y temblando, se esculle hasta el güerto,
¡callá, callaïca!

Menos se les siente,
menos entavía
que el son de las hojas de la parra grande
que los acobija...
que el son de las hojas que calmoso el aire
mueve una miajica.
Más páece, lo que hablan,
cosas que suspiran,
y hablan cá ves menos,

como cosa que no necesitan...
¡Tanto como merman sus palabras, tanto
crecen sus caricias!
Él, entre sus brazos la aprieta que páece
que va á hacerla quina,
y ella le dá besos muy arrebonico,
¡callá, callaïca!...

II.

Con los mozos remata la guerra,
la guerra maldita...
Ya se fué Leonardo...
¡qué dolor pa la pobre María!
Pa que no la tome con ella su padre,
pa que ná le diga,
la infelís, aguantando su pena,
se pasa las horas mortales del día
y, aluego, llorando
las noches enteras á lágrima viva,
¡recomiéndose sola su angustia,
¡callá, callaïca!...

III.

¡Válgame qué esgracia! Que en buenas del tran
saque Dios á la pobre María.

Lo sabe tó el mundo; no pudo ocultarlo,
por lo alantaïca...
Su padre la mata,
si no se la quitan,
y jura y rejura
que al crío que pára, tié que hacerlo trizas.
De temor se estremece la pobre,
pero no rechista,
¡y oye la sentencia,
callá, callaïca!

¡Qué miedos que pasa
la pobre María!
Ná le dá por ella;
teme por la vida
de aquel angelico
que el Señor le envía;
lo aguarda con ansias, y teme que venga...
¡siente unas tristezas y unas alegrías!
Su padre, más fosco cá ves, le recalca
la sentencia aquella que la atemoriza.
La pobre, al sentirlo, töa se estremece,
pero no rechista,

y jura y rejura salvar á su hijico,
¡callá, callaïca!

IV.

Sintió los dolores á la media noche,
cuando tós dormían...
se mordió las manos y aguantó su angustia,
¡callá, callaïca!

. . . .

. . . .

Pa ir sabe Dios ande,
sin amparo de náide ni guía,
no pensando en su vida la pobre
por salvarle á su hijico la vida,
lo cojió en los brazos, lo abrigó en el seno,
le puso la cara pegá á la carica,
y muerta de miedo y escalza y temblando,
salió de puntillas,
dándole besicos, llorando la pobre,
¡callá, callaïca!...

LOS PAJARICOS SUELTOS

I.

No mandes á los nenes á la escuela
porque no la hân abierto
y está, si es que el Señor no hace un milagro,
cerraïca pa tiempo...
Ha caido en la cama
muy malico el maestro,
y es cosa de temer, por las señales,
que ya no se levante el pobre viejo...
Una jaula vacía
páece la escuela con aquel silencio,
y por fuera corriendo los zagales,
una bandá de pajaricos sueltos.

. . . .

II.

Ya doblan las campanas..,

ya arrematό el maestro...
mucha pena me dá, porque era un hombre
de los pocos que hay buenos...
mucha pena me dá por los zagales...
¡No paro de pensar qué va á ser de ellos!

. . . .

. . . .

III.

¡Traigo en el corazón una tristeza!...
De allá abajico vengo:
la escuela, como enantes, cerraïca
y con aquel silencio...
chillando alreörcico los zagales
y á sus anchas corriendo...
¡La jaulica vacía
y la bandá de pajaricos sueltos!

. . . .

. . . .

LA NUBECICA

Hace noche escura... escura lo mesmo
que boca de lobo... ¡sin una estrellica!
De ratico en ratico, llampea...
¡la nube está encima!

. . . .

Con ser ya las tantas de la noche, á Paco
fuera de su casa lo tiés entavía...
ceñúa lo espera,
de plantón en su puerta, Antoñica...
Es un matrimonio parejico el que hacen
y dá gusto verlos en buena armonía:
son jóvenes, gozan de salú, de pocos
deseos se privan...
pero él tié su pronto y ella tié su genio,
y hay veces que riñen por cualquier cosica.
Que Antonia está ciega de querer por Paco,

es tan claro que salta á la vista,
por más que ella nunca tal cosa demuestre
ni, menos, la diga.
Es de las que häblan
poquico en su vida;
no es espamentera,
no anda con embustes y zalamerías,
no tié desahögo pa tóico, como otras...
¡es reservaïca!
No espega sus labios...
tan es ella asina,
que puá ser que Paco no la haiga sentío,
como fuera su gusto sentirla,
decirle «te quiero»
ni una ves solica.

. . . .

. . . .

Paco ha vuelto á su casa, y Antonia
ni siquiá rechista;
pero es, el callarse,
en Antonia la seña más fija
de la pesaömbre clara y manifiesta

que en su cara se vé pintaïca...
Esto le hace á Paco perder los estribos,
haciéndole que hable lo que no hablaría:
—¿Por qué calla Antonia?
¿por qué no se esplica?
¿es que quié tenerlo lo mesmo que á un nene?
pos ¿qué se imagina?
¿no sabe que es mucho peor cuando tanto
se aprieta y se obliga?
¿es que quié que rabie? ¿por qué lo encangrena?
¿le luce que riñan?—
Y ya, de coraje
cegando, le grita:
—¿Por qué has de ponerte tan cerril conmigo,
que no quisiá verte?... que te mataría?!...
. . . .
. . . .

En tóico lo suyo se esjarra la nube:
retumban los truenos, zumba la ventisca,
se amaga el ramaje
y el barranco se hincha...
. . . .

Callaïca, Antonia se esnúa y se acuesta,
sin decir ni siquiá palabrica...
Paco hace lo propio,
apagando la lus en seguía...

. . . .
. . . .

Vueltas y más vueltas...
el sueño está lejos y Antonia suspira...
Paco que la siente, ya en tono más suave
y un poquico triste le habla abora asina:
—¿Por qué ha de ser esto,
si ves tú mesmica
que motivos pa tales disgustos
no te doy ni chispa?
¿Por qué ha de ser esto?...
Cualquiera diría
que te causa pena
ver que gozo siquiá una miajica...
Es decir: que, si estoy trabajando,
tú vives tranquila,
más que pase en vela
tres noches seguías;

pero ná de amigos, ná de que descanse
ni que eche á un laïco penas y fatigas.
¿Y es eso quererme?
¡quererme! ¡mentira!...
Reventando Antonia de pesar, tragando
le hiel más amarga de töa su vida,
responde al remate:
—¿Pero yo qué te hecho pa que tú me digas
tales expresiones? Si yo de otro modo
pensara, me páece que peor sería.
Negar que padesco porque no me llevas
contigo, si sales, fuera una mentira...
¡me páece que á menos ya tiés el sacarme
de paseo, como antes hacías!...—

—¿Pero no comprendes—
Paco le replica—
que no pué ser eso de tener yo á menos
el salir contigo, como te imaginas?
¿Por qué has de volverte loca, cavilando,
y á mí me arreprietas y casi me obligas,
con estos disgustos, á que un caminico,
pa no volver nunca, tome el mejor día?—

«¡Pa no volver nunca!...» Sin consuelo Antonia,
llora solamente de que se lo diga,
y calando, de lágrimas que echa,
la cabecerica,
y ampará en lo escuro, como al confesarse
buscara el amparo de la mantellina,
lo que en el sagrario
de su pecho guardao tenía,
deja por su boca salir, como el hilo
puro y trasparente de una fuentecica:
—¿Por qué he de enojarme?
Si no te quisiera, no me enojaría...
Sabes que por eso son mis desazones...
¡por eso bien sabes que el vivir me quitas!...
Quiero tu compaña...
Páece que me olvídas,
cuando aquí en la casa
me dejas solica...
Quiero tu compaña... ¡na más que eso quiero!
¡mi orgullo sería,
como cuando novios, ir á tóicas partes
contigo juntica!...—

Y Paco la siente
como nunca soñara sentirla...
y, en lo escuro también, en lo escuro
que como una gloria pa ellos se ilumina,
la aprieta en sus brazos,
sin decirle siquiá palabrica,
llorando como ella,
suspirando como ella suspira...
¡los cuerpos junticos!...
¡¡las bocas junticas!!...

. . . .
. . . .

Ya pasó la nube y abonico llueve.
Pa dar sus cosechas y sus alegrías,
se entreabre la tierra y con ansia
se embebe el agüica.

LA SEQUÍA

Ni que á Dios se lo pidas,
ni por más que suspires ni que ruegues;
tómalo con pacencia y no te canses
que, ya lo vés, no llueve
ni una gotica de agua, tan siquiera,
que tanto mal consuele.
¡Páece que ya en el cielo,
al igual que en los hombres que no sienten
las penas de los pobres,
ni el brillo de una lágrima se arviertel

Y, si no quiés venirte de vacío,
no vayas á la fuente,
que tié la sierra las entrañas secas
lo mesmo que las tién angunas gentes...

De tóico, lo mejor es que no salgas,
por más que te esesperes,
que de tós los dolores
es el peor, mil veces,
el ver tó el mal que la sequía ha hëcho,
¡el ver tanta miseria y tanta muerte!...

Los campos, asoläos...
las tierras, traspillás, sin que les entre
la punta del aräo, ni que en ellas
agarre ni un granico de simiente...
las matas, retorcías
y los árboles, muertos... ¡náica verde!...
sin pastos y sin charcas ande beban,
los ganäos... ¡muriéndose las reses!...

Los caminos, con una vara e polvo
ande se hunden los carros dista el eje
y se arrastran las mulas carleändo
y, abrasäos y ahogándose, se meten
los pobres carreteros que respiran
la terruza caliente...

¡Tó perdío!... ¡Perdío de remate,
sin que Dios lo remedie!...

Te pués esengañar, que náica alantas;
no suspires, ni ruegues;
y, si no quiés venirte de vacío,
ya lo sabes, no vayas á la fuente,
que tié la sierra las entrañas secas
¡lo mesmo que las tién angunas gentes!

SANTA RITA, RITA...

I.

«Dame un hijico, Señor;»
—la probe de Juana icía—
dame un hijico, Señor,
pa contento de mi vida.
Y tanto y tanto rogaba
y con tanta fé pedía,
que, escuchándola el Señor,
le dió, al remate, una hijica.

II.

Y creció la nena,
ue era de lo hermoso que en el mundo había...
igual c' un dibujo,
de tan rebonica!...
A la probe Juana

privá la tenía...
La zagala corre,
la zagala blinca,
la zagala canta,
la zagala chilla...
¡qué aciones de vieja!
¡qué zalamerías!
¿Pos y las palabras?
¡Ay, lo que sabía!

III.

Y gozando cuanto hay qué,
felís del tó con su hijica,
se estaba tirá en el suelo
la probe Juana tó el día,
haciendo con la zagala
locuras por devertirla...
pasando las horas muertas
embobá y embebecía...
La zagala la caló,
y, encanándose de risa,
tó lo que se le antojaba

á su madre le pedía,
y su madre, pos ya ves,
le hubiera däo la vida.
Y era e ver á la zagala,
con ropa e mujer vestía,
arrastrando por el suelo
dista el pañuelo e Manila,
y era e ver cómo á su madre
la baba se le caía...
Pos aluego, «trae la ropa
que la arcemos, hija mía»,
¡Que si quieres! ¡Miá que darla!
A röar la mantellina
y los vestíos de sëa,
y tó lo que se ponía.
«Pero trae la ropa, nena.»
¡Que si quieres! Risa y risa,
y, chalando el tó á su madre,
cantaba esta retahila:

Santa Rita, Rita,
lo que se dá, no se quita.

Pos... y Juana la dejaba

y, en sus adrentos, icía:
«Dios mío, ya que m'has däo
pa mi contento esta hijica,
no me la quites, Señor...
Señor, Santa Rita, Rita...»

IV.

Pero como tó tié fin,
y antes que tó la alegría,
pa esesperación de Juana
se puso mala su hijica.
¡Ay, qué cuadro! ¡si hubiás visto!
¡el corazón se partía!
Muriéndose de su mal
aquella crïaturica,
y al mesmo tiempo su madre
que de pena se moría...
esvariändo las dos,
que era un dolor el sentirlas...
la probe Juana de angustia,
de calentura su hijica:
la zagala con los juegos
que con su madre tenía,

y saliendo en su trastorno
oon aquella retahila:

Santa Rita, Rita,
lo que se dá, no se quita.

Y la madre que á su ves,
al ver loca que su hijica
se le muere, y que el Señor
que se la dió se la quita,
sin que haiga pa ella consuelo,
y al son de la zagalica,
como iciéndoselo á Dios,
también repite al sentirla:

«¡Santa Rita, Rita,
lo quc se dá, no se quita!»

MUSTIA

Ya sé yo que no tiene motivo
neguno de pena:
se casó con aquél que iba töas
las noches á verla;
se querían los dos y se quieren
como hay en el mundo pocos que se quieran,
y es cosa de encanto la pas tan hermosa
que en su casa reina.
Si él madruga y trabaja y afinca,
no hace menos ella;
tienen hijos y el pan, á Dios gracias,
no les escasea;
como pobres, ni pueden quejarse,
ni nunca se quejan...
pero yo te digo que, con tó y con ello,
ver á Rosarico me causa tristeza.
¡Lástima e zagala!...

¡no es ya ni la sombra de lo que antes era!
¡Lástima de moza!
¡qué apañá!... te acuerdas?...
¡Más blanca, entavía, que la propia nieve!
¡maja como en día perene de fiesta!
¡alegre y riéndose á tóicas las horas!
¡airosa y lo mesmo que un junco de erechal...
¿Ande está aquel aire? ande están sus risas?
ande sus majezas?...
No tendrá la zagala motivo
nenguno de pena,
pué que viva á gusto...
pero dá tristeza
ver á Rosarico tóico el santo día
igual que una negra,
abora pal río,
dempués pa la ëra,
un zagal en brazos y otro de la mano,
siempre encorvaïca con la crus á cuestas,
siempre en el camino como una hormiguica,
siempre en la faena:
la ropa extrañica que, limpica y tóico,
ni es vistosa, ni maja, ni nueva;

los ojos hundíos, la cara pañosa,
y tan formalica, que páece que es séria,
que páece que es triste,
manque no lo sea...
¡Lástima de moza!... ¡lástima e zagala!...
ni por pienso es la sombra de aquella
más blanca, entavía, que la propia nieve,
maja como en día perene de fiesta,
alegre y riéndose á tóicas las horas,
¡airosa y lo mesmo que un junco de erecha!

EL AULLÍO DE LOS PERROS

Sin dejar á su nenico de los brazos,
pegar siquiá los ojos, ni tomar casi alimento,
te días con sus noches se ha pasao Carmencica
padeciendo...
¡consumía de llorar y de angustiarse
y escurría y en los güesos!
te días y sus noches con el nene malo en brazos,
que se pone más malico por momentos...
siete días con sus noches,
alzarse de la silla ni dejar el traqueteo,
porque nunca hubo una madre
que tuviera por su nene tanto celo...
siete días con sus noches...
¡siete siglos de tormento!

Há tres días dió la muerte

señalicas de que estaba ya al acecho:
¡como voces de agonía y encomedio de la noche,
se sintió en las oliveras el aullío de los perros!...
Se sintió remoto y triste y, al sentirlo, Carmencica
se espantó de pena y miedo...
—¡Sal y mátalos!—le dijo con rencor á su marío.
—¡Sal y mátalos! que es cierto
que, en matándolos, la muerte
de ande está se marcha huyendo! —

Y Clemente, su marío,
loco vá por el barranco, de dolor y rabia ciego...
loco vá con la escopeta disparando en los peñascos
ande vé unos bultos negros
que, al igual que almas en pena,
se le pierden en lo escuro y á lo lejos...
—¡Sal y mátalos, Clemente! ¡Sal y mátalos!—le di
Carmencica con angustia y desconsuelo,
cuando vé que entra en la casa
sin matarlos y sin ansia y sin aliento...
—¡Sal y mátalos, Clemente!... ¡si por tres noches aulla
pal nenico no hay remedio!—
Y otras dos noches seguías ha pasäo lo mesmico;

más cercano y lastimero
se ha sentío muchas veces
el aullío de los perros,
y Clemente, sin matarlos,
á su casa loco ha vuelto!

. . . .

Ya sin fuerzas pa llorar ni removerse...
sin alientos...
traspasá de angustia y pena
en la silla enclavaïca como Cristo en el madero,
¡en los brazos Carmencica
su nenico tiene muerto!

¡A... ¡NI EL OLORCICO!

El nene llenaba la casa y á tóicos
los tenía lelos;
enjamás lloraba:
¡qué pasta! ¡qué genio!
¡qué hermoso! ¡qué carnes!
¡un pomo de rosas paecía su cuerpo!

Pos un airecico de ná, fué bastante
pa dejarlo muerto,
y en el ataulico
el pomico de rosas metieron.

Dicen que la muerte
lo dejó lo mesmo
de color, de hermoso,
con la cara de ángel... ¡como sonriëndo!...

¡A mí me faltaron
las fuerzas pa verlo!...

Pasé por la puerta... á los alaríos
de la pobre madre, se erizaba el pelo...
Pasé por la puerta...
me dió el olorcico de la cera ardiendo...
¡me dió ese olorcico
raro de los muertos!

Y, anque lo enterraron,
entavía, dempués mucho tiempo,
al pasar por la puerta me daba
aquel olorcico de la cera ardiendo...
¡aquel olorcico del pomo de rosas
que en el ataulico pa siempre metieron!...
¡aquel olorcico que yo lo llevaba
metío en los sesos!

Pero tóico pasa: ya no güele á cera
y á la madre reirse la veo...
¡ya, ni el olorcico
del nene, tenemos!

¡QUE DIOS SE LO LLEVE!

Que mis palabricas
me perdone el cielo.
¡Probe viejecico!...
pa ver, como á töas las horas lo veo,
penar y queärse
poquico á poquico como un esqueleto,
¡que Dios se lo lleve
y escansen sus güesos!

Páece que la cama
se lo vá comiendo:
ni ya se alza de ella,
ni siquiá se remueve su cuerpo...
ni una palabrica sale de su boca,
ni sus ojos se vén nunca abiertos...

¡como un pajarico
va á queärse muerto!

Pa una cosa na más tié entavía
voluntá y aliento;
es una petera
que dá pena y miedo:
quié taparse la cara á ca istante,
como se la tapan al que ya está muerto
¡y, á ná que lo dejan, ya está tapaïco
con la sábana blanca de lienzo!

. . . .

Que mis palabricas
me perdone el cielo.
Pa ver cómo pena, que Dios se lo lleve...
que Dios se lo lleve y escansen sus güesos!

GUÁRDAME UN ROALICO (1)

(Á MI PADRE MUERTO)

¡Ya escansas!... ¡ya duermes,
pa siempre, tranquilo!...
Ya, pa tí, ni trebajos, ni penas...
Ya, pa tí, ni calinas, ni fríos...
Ya estás al amparo...
¡Dichoso el que pasa bien pronto el camino!
Ya estás ande llega lo mesmo el que corre
que el que vá espacico...

¡Ya escansas!... ¡Ya duermes,
pa siempre, tranquilo!...
Pa cuando mi cuerpo,
pa no levantarse, se caya rendío...
pa cuando, en mi horica, me llame la tierra,
¡guárdame un roalico!

(1) **Es costumbre, en esta región, el despedirse de los muertos con esta frase, echando, á la vez, un puñado de tierra en el hoyo.**

LAS BORREGUICAS BLANCAS

I.

¡Qué vueltas tan grandes
ι tan poco tiempo, dan angunas casas!...
Quién, á no saberlo, diría que el tío
Tomás el *Patriarca*,
ι hace ná, pal caso, más de mil cabezas
de ganao lanar manejaba!?
Pos ahí tiés el mundo:
ó se fué lo mesmo que sal en el agua!

Los hijos, perdíos,
daos á la vagancia;
el gastar sin reparo y, aluego,
réditos y trampas;
la sequía, la falta de pastos
y, pa más esgracia,

como no viene un mal nunca solo,
dista, rematando con tóico, la plaga
que arrambló del hato
con lo que queäba.

. . . .
. . . .

¡Náide lo creyera!...
¿Quién se lo pensara?...
En aquel corralón en que, enantes,
apiñá, por la noche, humeäba
aquella hermosura
de borregas blancas,
no hay rastro de sirre... ¡allí ya no duerme
la majá de ovejas, ni los perros ladran!

. . . .
. . . .

II.

Ya ves, Noche-buena:
pos... ni son de zambomba y guitarra...
ya no quëa gusto, ni humor... ¡ni posibles!

en aquella casa.

Sentaïco á la lumbre está el tío
Tomás, hecho un tronco, liäo en su manta,
hundía en el pecho
la cabeza blanca,
y páece que duerme...
¡no duerme el *Patriarca!*
Tié entornäos los ojos y sigue,
con töa su älma,
la alegre tarea de sus nietecicos
que están que no paran,
haciendo afanosos un belén de aquellos
que se estilan hacer por la Pascua.
Ya tién de un pinacho
la mitá e las ramas
y están recortando, pa llenarlo tóico,
borreguicas blancas... Borreguicas blancas,
de papel que sacaron los críos
de lo hondo del arca...
¡de papel en que, en tiempos mejores,
se envolvieron vestíos y alhajas!...
Borreguicas que vé el pobre abuelo,

en aquel duerme y vela en que se halla,
aumentar y crecer y apiñarse...
Le páece que vuelven aquellas que entraban
en tropel por la puerta, otras veces,
de balíos llenando la casa...
Le páece que vuelven, soñando que tienta
con sus deos temblones la lana...
soñando que se echan alreorcico suyo...
soñando que humean... soñando que balan...

. . . .

. . . .

Y siguen los nenes, recorta y recorta
borreguicas blancas...
¡y, soñando, soñando con ellas,
se duerme el *Patriarca!*...

NOCHE BUENA

I.

Malhaya el tiempo malo,
malhaya la pobreza,
¡malhaya el que este mundo se gobierne
de tan mala manera!

. . . .

Blancos de nieve están, como palomas,
los altos de la sierra;
de plata enguarnecías
páece que están las ceñas,
ande los chorros de agua
hechos encajes, al helarse, quëan;
de vidro son las fuentes...
de vidro son las ciecas...

paraliza el helor los correntales...
¡las aguas páece que se paran muertas!...

¡Dá temor tanto frío!
¡Pobre de aquel que sin calor se vea
y halle nieve en el cielo
y yelo en tóicas partes en la tierra!

. . . .

II.

Con la mar de trebajos
hizo Juan su casón en la laëra:
un abujero en onde
meterse tan siquiera;
un resguardo pal frío,
porque á más no alcanzaba su pobreza;
un rincón pa vivir... ó pa morirse,
¡que el hundirse un casón no es cosa nueva!...

Pos allí tiés á Juan acobardäo;
que no hay ná que los pobres tanto teman,
como estos días tristes

en que tóico, se asuela;
¡como estos días en que grana el hambre
y arrecoge la muerte su cosecha!...

Allí está el pobre Juan, que es de lo poco
bueno que ya se encuentra,
y con él su mujer, que es una santa,
y con ellos sus nenas:
dos angelicos de esos
que Dios al mundo pa penar los echa.

Allí los tiés á tós en la cocina;
allí los tiés... ¡pero sin chispa e leña!
Del humo, de otras veces,
allí se vé la señalica negra
y se vé el hogaril y el puñaïco
de ceniza que quea...
¡tó aquello que, sin rastro de rescordo,
más páece que cocina, una nevera!

¡Allí los tiés!... los cuatro
que acurrucäos y arrecíos tiemblan...

¡helándoles el frío ista los güesos
y helándoles el alma la tristeza!...

Y pué que más que el arcabol de un horno
aquel casón de calentico sea;
pero yo te aseguro
que, dentro de él, el corazón se yela,
¡y que se siente allí mucho más frío
que en los mesmicos altos de la sierra!...
. . . .
. . . .

III.

Suelen decir que el hambre
hace salir al lobo de su cueva;
yo pienso que hace más... ¡pienso que iguala
los pobres cordericos con las fieras!...
. . . .
. . . .

Por el casón de Juan, junto por junto
á la mesmica puerta,

han hecho una sendica
que vá al pueblo derecha,
y tós los del partío
la toman por verëa,
igual si van pal horno
que si ván pa la iglesia.
Asina tiés que en siendo
como hoy, que es Noche buena,
mil almas pué que pasen
por la sendica aquella,
por el casón de Juan... ¡junto por junto
á la mesmica puerta!
Y pasan las mujeres
con sus tablas de pan á la caëza...
con aquel pan de trigo
que granicos de anís por dentro lleva...
con las tortas de Pascua
que trascienden de buenas...

Y pasan los que vuelven del mercäo,
charla que charla... ca uno con su tela...
tós pensando en comer y en divertirse,
¡tós con cara contenta!

Y dentro del casón se vá colando
tó aquel rum rum de gente satisfecha
y aquel olor de pan... ¡ese olorcico
con que el hambre se espierta!...

. . . .

—«¿No hace tortas la madre?»—
l'ice al pobre de Juan una e sus nenas...
Y Juan... ni responderle...
ni mirarla siquiera...
¿Pa qué mirarla el pobre,
si no podría verla,
si siente que sus ojos,
llenándose de lágrimas, se ciegan?
¿Cómo ha de responderle,
si se ahöga de pena?

Y la otra criätura,
que está arrimá á la puerta,
poniendo esos ojazos tan espiertos
que pone la miseria,
dice en tonico dulce,
que amargo al alma llega,

ca ves que el olorcico de las tortas
en el casón se cuela:
—«¡Qué olor más bueno, padre!
¡Qué olor más bueno que echan!»

Y hace ca ves más frío...
no para de nevar allá en la sierra...
De vidro son las fuentes...
de vidro son las ciecas...
paralíza el helor los correntales...
las aguas páece que se paran muertas...
¡en el cielo tó nieve!...
¡yelo por tóicas partes en la tierra!...

IV.

—«No pué ser;—dice Juan—ya soy tan bueno,
que á gritos me reprende la conciencia...
Nuestros eran enantes
los montes con sus leñas,
y libres pa los pobres,
aquellos altos de pinás espesas...
libres con sus lentiscos y chaparras,

lo mesmo los colläos que las chentas...
y libres los barrancos con sus nebros...
¡libres con sus romeros las laëras!...

Y en estos días malos
en que al pobre le niegan
trebajo pa vivir quien tié caudales,
y el cielo su calor y el pan la tierra,
les queäba á los pobres
el consuelo e la sierra
con sus manás de lobos,
con sus mantos de nieve, con sus peñas!...

No pué ser; soy tan bueno
que á gritos me reprende la conciencia;
esos montes son míos
con sus pinás espesas...
¡y mis hijos tién hambre
y, estroceäos por el frío, tiemblan!

. . . .
. . . .
. . . .

V.

Pobre Juan, que olvidaba en su esvarío
que, aunque páece mentira, aquí en la tierra,
las leyes que hace Dios son leyes malas,
y las que hacen los hombres, leyes buenas...

Pa la misa de gallo vá la gente,
la media noche llega,
hace ca ves más frío,
no para de nevar allá en la sierra...

En la plaza del pueblo está la cárcel;
Juan está dentro de ella...
y su mujer y sus hijicas lloran
arrimás á la reja...

Alegres van los mozos en pandillas,
camino de la iglesia,
y al son de los guitarros y zambombas
y de las panderetas,
al pasar por en medio de la plaza,
esta coplica sueltan:

Los pastores y pastoras
todos ván juntos por leña
para calentar al niño
que nació la Noche buena. (1)

Y el pobre Juan desesperäo llora,
y lloran en la reja
su mujer y sus pobres angelicos
que tién las manos en los hierros puestas...
¡manos helás que son también de hierro,
de agarrotás y tiesas!

(1) Popular.

A OTRAS TIERRAS

Eres pobre y eres peña
que por los suelos te vés,
y que vás ande te rulan
los que te dán con el pié.

¿T'acuerdas de Paco *El Bueno*,
como l'icen por el mote?
Por el caminico abajo
vá con su familia el pobre,
tós con el hatico á cuestas,
á buscar tierras mejores
ande no morirse de hambre
anque el trabajo los doble.
. . . .
. . . .

¿And'irán á dar sus güesos?
¡Ni ellos mesmos saben onde!

Dicen que ván á la mar
y á pasarla anque se ahöguen,
porque en la güerta se ahögan
por tós estilos los pobres...
Quién ir ande el pan no falte
y ande la gente no sobre,
por esos mundos de Dios
á buscar tierras mejores...
¡Mejores tierras! ¡Ya ves!
Me pienso que no lo logren.
¿Ande hay ná como la güerta
siempre entapizá de flores?
¿Ande hay ná como este suelo,
cuajäo de bendiciones,
en el que, por cá granico,
mil granicos arrecoges?
Las tierras no son las malas...
¡La maldá la tién los hombres!...
Los d'arriba, porque llevan
acoräos á los pobres...
¡los d'abajo, por c'aguantan
que los otros los acoren!

Bendición

I.

Caen hachos encendíos, parte las peñas
el sol, que abrasa...
ni en los altos un soplo de viento corre
¡y un pavor de la tierra sale, que mata!...

Con la boca más seca que los traspoles,
en las eras el mozo, del trillo salta:
de roja y encendía, que tira á negro
tiene la cara,
y carleändo,
viene y se abruza, muerto de sé, á la cántara,

que tresmanando cuelga
bajo la parra...

La moza, que á la sombra de los nogales
animosa y alegre la ropa lava,
con los brazos esnúos y el seno abierto
luciendo una hermosura de carne blanca,
de puntillas al mozo llega abonico
y dándole en el brazo, le aboca el agua
que, cayéndole encima,
tóico lo cala...
Corre tras ella el mozo, la moza vuela...
gavilán y paloma... vá á darle caza...
en el cañar cercano,
por fin, la atrapa
y, por más que ella chilla,
¡le mordisquea y besa la carne blanca!

. . . .

Otra ves animosa,
y deshecha de risa, la moza lava...
Desde su trillo,

á poquico en las eras el mozo canta:

¡Qué bien lava mi nena,
qué ropa tiende!...
la vá ejando blanquica
como la nieve...
¡páece qne el agua,
al pasar por sus manos,
sale más clara!

II.

Llega debajo del parral, sin fuerzas,
el pobre viejecico de la cabeza cana,
y se deja caer penosamente
en el poyo á la puerta de la casa.
Con tóico el solanero
viene desde los *Llanos de la Páira...*
La moza, condoliéndose, se acerca
y él le dice: «¡Hija mía, dame una sé de ägua!»
Le dá la moza,
compasiva, la cántara,
y bebe el viejecico ansiosamente...
luego, asina, como un apóstol á la moza le habla:
¡El agua es tó, hija mía!... Vengo de los secanos,
ande las tierras traspillás se abrasan...

Cuando es que llueve, ó dicho á nuestro modo
con mejores palabras:
cuando á esas tierras el Señor les echa
su bendición, encantan!...
¡el propio paraïso
son entonces los *Llanos de la Páira!*...
¡hogaño, que hay sequía,
de pasar por allí, se parte el alma!

Las cebás se cogieron... á los trigos
entavía les falta...
de llover estos días, pué que á tiempo
la bendición llegara...
Pudiera ser que esta mesmica tarde,
tuviéramos el agua,
porque es buena señal cuando las nubes
á los picachos del *Caja!* se agarran...
Dios te lo pagará, dame, hija mía,
¡dame otra ves la cántara!

Qué penosa es la sé y qué consuelo
tan hermoso es el agua!...

¡El agua es la alegría!...
¡el agua es tó: la vida y la esperanza!...
Desde el alto en que estamos,
mira la huerta que la vista encanta:
¡la cruzan como venas los brazales
en ande corre como sangre el agua!...

Ayer unos zagales en la cieca,
como hacen las diabluras sin pensarlas,
iban quijero arriba
y töas las hileras las soltaban...
Se vían los caminos
anegándose en agua...
aquella bendición que se perdía...
¡los hubiá confundío, porque me dió una lástima!...
¡¡me paeció que la huerta
töa se desangraba!!...
¡Ay, huerta de mi vida,
si la sangre preciosa le faltara!...

III.

Ya apaga la tierra su sequía... ¡llueve,

gracias al Señor!...
En la casa, la moza y el mozo,
juntos se cobijan riëndo los dos...
los pájaros pían y buscan sus níos...
granan en los campos los trigos en flor...
¡Agua de los cielos, vida de los pobres!...
¡santa bendición!

GRACIA DE DIOS

Miá aquella zagala que ya pide novio
y allá en el molino
tuícas las mañanas, en tanto que almuerza,
trisca con los mozos, que están derretíos...
Hoy, cuando juäba, el pan de las manos,
en la gresca, caérsele he visto:
se ha apagao su risa; se ha quedao suspensa,
como si su padre, que es un viejecico,
fuera el que en el ínten
se hubiera caido...
Luego, formalica,
su pan ha cogío,
besándolo á un tiempo... los mozos, en esto,
la han dejao tranquila, y á la ves, han dicho:
«¡Ay, quién, por su suerte
pan hubiera sío!»

Ya vés, al remate,
lo que yo te digo:

el pan no se tira,
porque mata el Señor, hijo mío;
lo tienes de sobra y otros pasan hambre...
déjalo en la leja pa algún pobretico.
¡El pan no se tira,
porque está bendito!
Se coge y se besa...
al besarlo, dices *«¡Amén!»*, hijo mío;
pal caso, haste cuenta que, en Dios puesta el alma
rezas abonico:
«El pan nuestro de cada día, dánosle hoy
y perdónanos, Señor!»
. . . .

El pan está santo;
oye esto, hijo mío:
El padre, en el campo trabajando, riega
con sudor el trigo...
hiñe el pan la madre
y hace en él una crus al heñirlo...
Por *San Marcos*, espiga la siembra
y bendicen los campos floríos...
El pan en sus manos
el Señor bendijo...

el pan es la vida...
¡es la gracia de Dios, hijo mío!

¿Que no quiés pan solo?...
¡Pan que no nos falte, yo al Señor le pido!
Páece que suspiran al decir los padres
«¡el pan de mis hijos!»
Pa dárselo á un pobre, se besa... lo besa
el pobre al tomarlo, tan agradecío...
Cuando al suelo se cae, lo cogen
y lo besan tuícos,
como cosa santa que tiene misterio
en que algo se encierra de humano y divino...
¡Se coge y se besa
como un piazo vivo
del alma y la carne,
que el golpe, al caerse, lo hubiera sentío!
. . . .

El pan no se tira... si no tienes gana,
se pone en la leja pa algún pobretico;
no lo tires nunca,
¡que el pan es la gracia de Dios, hijo mío!

La canción triste

De aquel hombre extraño
que esta mañanica se arremaneció,
la gente en un corro
se apiña alreor.

Páece que de tierras lejanas el probe
dista aquí llegó;
tié la barba blanca,
los ojos azules y dulce la vos...
¡los ojos azules y hundíos, que miran
que dá compasión!

De tóico lo que habla,
ni una palabrica siquiá se entendió;
pero entorna los ojos y, triste,
canta una canción...

¡más triste!... ¡más triste!...
¡como nunca de triste se oyó!

Mienta cosas cantando, que náide
por aquello que ice sabe lo que son:
unas palabricas llenas d'amargura
y otras palabricas llenas de dulzor...
pero por el dejo tan triste, ¡tan triste!
llega al corazón,
y es verdá que nenguno lo entiende,
¡pero lloran tós!

Páece que habla mentando su tierra
y quereres que allí se dejó...
páece que habla d'hijos y que habla de nietos
y de algo que al cielo se llevara Dios...
y se esjarra su pecho en quejíos
ca ves que se vuelve pa ande sale el sol,
y se vé que se mojan sus ojos
¡y se siente que tiembla su vos!

Mocicos y viejos

sienten la canción
del tonico triste,
como nunca de triste se oyó,
y es verdá que nenguno la entiende,
¡pero lloran tós!

DESHECHICA

—Podía usté, máere,
llevarme á la fiesta...
—Mujer, ya veremos...
¡Jesús, qué petera!
Te duermes de noche con el estribillo,
y por la mañana con él te despiertas...
no sé qué te pasa, pero á buen seguro
que en tós sus cabales no está tu caëza...
Enantes cantabas lo mesmo que un pájaro
que no tiene penas,
y á tó te reías igualicamente
que quien en naïca de este mundo piensa...
Abora, zagala,
ya no eres la mesma:
ya no te se siente y estás pensativa...
tú no eres, zagala, sombra de lo que eras...

¡Ya no te se siente, si no es pa decirme:
«*Podía usté, máere, llevarme á la fiesta!...*»
Sin que lo esperaras
ni me lo pidieras,
el año pasao
te llevé á la fiesta:
te daba lo mesmo ir como quedarte
yibas tan contenta...
Reparé que estabas
triste y pesarosa después á la vuelta...
¡no quisiá llevarte, por temor, zagala,
de que luego más triste volvieras!...
—Lléveme usté, máere,
¡que iré yo solica, si usté no me lleva!...
El año pasao, sin parar dicirme
cosas y mirarme, por tóica la fiesta
nos seguía un mozo... Lléveme usté, máere...
¡más triste que estoy, no pué ser que vuelva!

NAÏCA

I.

La zagala estaba
töa encortaïca,
sin alzar los ojos,
la cara encendía,
trenzando los flecos de su pañuelico
con las manecicas.
Con los ojos puestos
en la zagalica,
abonico el mozo
su querer l'icía
con unas palabras... ¡qué buenas! ¡qué dulces!...
¡ay, qué palabricas!...
Daba gusto verlos,
¡qué pareja hacían!
Él, arriscaïco,
sin parar d'icirla...

Ella, con sus labios siempre cerraïcos
sin icir naïca...

II.

Al pié de la Virgen
hincáos de ruillas,
dempués vide al mozo
y á la zagalica...
los vide junticos y echarles las cruces
pa töa la vida.
Si él, por lo arrogante,
privaba la vista,
no sé por lo que ella
mejor me paecía:
si por lo compuesta, si por lo modosa,
si por lo bonica...
Daba gusto verlos,
¡qué pareja hacían!
Él, arriscaïco,
sin parar d'icirla...
Ella, con sus labios siempre cerraïcos
sin icir naïca...

III.

¡Vide el ataulico
con la zagalica!...
Al laïco el mozo
lloraba y gemía,
diciéndole lleno de angustia unas cosas
que el alma partían.
Loco por la pena, le toca, temblando,
las manos, la cara, ¡tan blancas! ¡tan frías!...
y desesperao, llamándola á voces,
le dice: «¡Nenica!... ¡Nenica!... ¡Nenica!»
Dolor daba verlos,
¡qué pareja hacían!...
Él, siempre llorando,
sin parar d'icirla...
Ella, con sus labios siempre cerraïcos,
¡sin icir naïca!

¡POBRETICO!

No espegas los labios... ni siquiá te quejas...
nunca como abora de apocao te he visto...
¡por lo que con ella te encierras y vives,
la melancolía páece tu cariño!...

Sé lo que te pasa,
igual que si fuera tu sentir el mío:
que nenguna moza del pueblo te quiere,
que no hay quien te mire ni te haga un roalico,
que eres un extraño pa tós, que no sabes
lo que es un amigo...
Te esprecian porque eres un pobre inclusero...
¡y tan pobretico!...
á más que no tienes sobre qué caerte,
¡ni padre, ni madre, tan siquiá has tenío!...

Sin sombra de náide te vés, y ya piensas

que tós en el mundo semos lo mesmico...
No te esansies tanto... Repara que hay alguien
que pena contigo...
Yo seré, si quieres, tu madre, tu hermana...
andas falto de amor y de cuidio...

No tós, en el mundo,
semos lo mesmico...
Si hay quien no te quiere, por ser pobre y solo,
¡yo, de verte triste, te he tomao cariño!

LOS TRES NENES

Me asomaba á verlos
pasar por mi puerta:
tres nenes hermosos
quiban á la escuela...
los tres pequeñicos, los tres casi iguales...
¡tres caras bonicas como tres estrellas!

¡Iban tan limpicos!... A la madre, siempre,
la veía en ellos, sin saber quién era:
me la imaginaba
como el pan de buena...
me la imaginaba, por lo curiosica,
¡como el agua pura que nace en las peñas!...
Iban tan limpicos,
que yo me decía:—De seguro que ella
los viste y se mira, como en tres espejos,
en sus tres hijicos... ¡como si lo viera!—

En algunos días
no ví por mi puerta
pasar á los nenes
y, sintiendo pena,
pregunté por ellos y me contestaron:
—¡Lástima de hijicos!... no ván á la escuela
porque está su madre malica en la cama,
que Dios se la lleva!

. . . .
. . . .

Al poquico tiempo pasaron los nenes,
otra ves junticos, los tres por mi puerta...
¡llevaban al cuello
la cintica negra!
sin que la llevaran,
su esgracia se viera:
iban dejaïcos... sin aquel apaño
propio de la madre... sin la gracia aquella!...
¡Lástima de hijicos!...
¡se me heló, de verlos, la sangre en las venas!

¡NÁIDE!

Sé que no me quiere; no es esa mi pena;
si fuera esa sola, pudiá yo alegrarme.
Mi pena no es de esas que esjarran el pecho
y que suelen, á veces, curarse;
no es de esas herías abiertas de pronto
y que manan sangre...
Mi pena no es honda,
mi pena no es grande...
pero es una pena
que con su tristeza no me eja que escanse...
¡Es una amargura desconsolaïca
que llevo en la sombra, que llevo en el aire!...

Sé que no me quiere; no es esa mi pena;
mi pena es sequía que no hay quien apague:
yo he puesto mis ojos en töas ¡en töas!
¡y nenguna ha querío mirarme!...
No es ella solica la que no me quiere:
ni ella, ni nenguna... ¡no me quiere náide!

En la ñora

Poquicas comparanzas
hallara pa mi vida, como aquella:
Una ñorica hicieron los zagales
en el mesmo quijero de la cieca,
y á un pajarico de esos,
alegría y encanto de la huerta,
á estilo de una mula
lo engancharon en ella
y, arreándole, hacían,
al pobre animalico, darle vueltas.

Me daba compasión el pajarico
y me paeció la suya mi tristeza,
cautivo de los hombres y por ellos
condolío y sin fuerzas...
Me daba compasión... Mirando al pobre,

me imaginaba yo de qué manera
tan dulce cantaría el pajarico
libre entre los naranjos de la huerta...
Como el pájaro triste
me vide yo, con pena,
forcegeando por alzar el vuelo...
prisionero en cadenas...
¡Me vide yo mesmico, pobre esclavo,
dando á la ñora de mi vida vueltas!

¡Tóico!

Morenica tenía la cara,
negricos los ojos...
me espreció por pobre,
me tenía en poco...
Pa saber lo que yo la quería
¡yo solico, solo!
Pa ella, yo, naïca...
¡y ella, pa mí, tóico!

. . . .
. . . .

Morenica tenía la cara,
negricos los ojos...
Abora es un pobre puñäo de güesos
que está enterraïco dentro de aquel hoyo...
naïca pal caso... naïca pal mundo...
¡manque es, pa mí, tóico!

Cansera

—¿Pa qué quiés que vaya? Pa ver cuatro espig
arrollás y pegás á la tierra;
pa ver los sarmientos ruïnes y mustios
y esnúas las cepas,
sin un grano de uva,
ni tampoco, siquiá, sombra de ella...
pa ver el barranco,
pa ver la laëra,
sin una matuja... ¡pa ver que se embisten,
de pelás, las peñas!...
Anda tú, si quieres,
que á mí no me quëa
ni un soplo de aliento,
ni una onza de fuerza,
ni ganas de verme,

ni de que me mienten, siquiá, la cosecha...
Anda tú, si quieres, que yo pué que nunca
pise más la senda,
ni pué que la pase, si no es que entre cuatro
ya muerto me llevan...
Anda tú, si quieres...
No he d'ir, por mi gusto, si en crus me lo ruegas,
por esa sendica por ande se fueron,
pa no volver nunca, tantas cosas buenas...
esperanzas, quereres, suöres...
¡tó se fué por ella!...
Por esa sendica se marchó aquel hijo
que murió en la guerra...
Por esa sendica se fué la alegría...
¡por esa sendica vinieron las penas!...
No te canses, que no me remuevo;
anda tú, si quieres, y éjame que duerma,
¡á ver si es pa siempre!... ¡Si no me espertara!...
¡Tengo una cansera!...

ÍNDICE

nuevas composiciones que se aumentan en esta edición van señaladas con asterisco.

En el hogar

Del Dolor

Rebeldes

Mis amores

Alma popular

CANTARES

Pági

CANCIONES DE NIÑOS

res murcianos

